

R. 559906X

902.3 BIN

R. 1600069397

LEWIS R. BINFORD

# EN BUSCA DEL PASADO

Descifrando el registro arqueológico

Colaboración editorial de  
JOHN F. CHERRY Y ROBIN TORRENCE

Traducción castellana de  
PEPA GASULL

0792

EDITORIAL CRÍTICA  
Grupo editorial Grijalbo  
BARCELONA

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

1.ª edición: marzo de 1988

2.ª edición: abril de 1991

Título original:

IN PURSUIT OF THE PAST.

DECODING THE ARCHAEOLOGICAL RECORD

Thames and Hudson, Londres

Cubierta: Enric Satué

© 1983: Lewis R. Binford

© 1983: prólogo, Colin Renfrew

© 1988 de la traducción castellana para España y América:

Editorial Crítica, S. A., Aragón, 385, 08013 Barcelona

ISBN: 84-7423-342-9

Depósito legal: B. 10.418-1991

Impreso en España

1991. — HUROPE, S. A., Recaredo, 2, 08005 Barcelona

*Este libro está dedicado a la memoria de François Bordes. En recuerdo de las muchas horas en que bromeamos, discutimos y disfrutamos cada uno con las opiniones del otro. Nuestro campo ha perdido a uno de sus colaboradores más destacados y yo a un gran amigo. Lamento profundamente no poder oír la réplica de Bordes a este libro.*

# 1. DESCIFRANDO EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO

## LA CIENCIA DE LA ARQUEOLOGÍA

Hace algún tiempo, en el autobús, un señor de edad me preguntó qué hacía. Yo le dije que era arqueólogo. Él replicó: «Eso debe ser maravilloso, porque lo único que se necesita para tener éxito es suerte». Tuve que convencerle de que su punto de vista sobre la arqueología no era el mío. Él tenía la idea de que el arqueólogo «desentierra el pasado», que el arqueólogo con éxito es el que descubre algo que no se había visto antes, que todos los arqueólogos emplean sus vidas yendo de un lado a otro con el fin de realizar descubrimientos espectaculares. Es ésta una concepción de nuestra ciencia quizás apropiada para el siglo XIX, pero que no se ajusta a la naturaleza de la arqueología tal como se practica hoy en día, al menos en los términos en los que yo la concibo. En este capítulo quiero explicar por qué creo que los arqueólogos son algo más que simples descubridores.

Como muchas personas, el caballero del autobús estaba bastante equivocado al creer que el arqueólogo «descubre el pasado». El registro arqueológico está aquí, con nosotros, en el presente. Está allí, enterrado, con muchas posibilidades de ser descubierto al construirse una nueva carretera; es una parte importante de nuestro mundo contemporáneo y las observaciones que hacemos sobre él están aquí y ahora, son nuestras contemporáneas. No son observaciones directas que sobreviven del pasado (por ejemplo, el caso de un historiador que maneja información de un diario del siglo XV escrito por el autor en esa época). Los hechos observados del registro arqueológico son actuales y por sí mismos no nos informan acerca del pasado. El registro arqueológico no se compone de símbolos, palabras o conceptos, sino de restos materiales y distribuciones de materia. El único modo de poder entender su sentido —o dicho de otra forma, la manera en que podemos exponer el registro arqueológico en palabras— es averiguando cómo llegaron a existir esos materiales, cómo se han modificado y cómo adquirieron las características que vemos hoy. Esta comprensión depende de una gran acumulación de conocimientos que relacionan las actividades humanas (es decir, la *dinámica*) con las consecuencias de estas actividades que pueden ser observables en los vestigios materiales (es decir, la *estática*). En realidad, se podría pensar en los hechos arqueológicos como en una especie de

decir human

notable toht > inf. it m

lenguaje no traducido, algo que necesitamos «descifrar» para ir de las simples afirmaciones sobre la materia y su clasificación a aseveraciones de interés behaviorístico sobre el pasado.

Así pues, el desafío que la arqueología plantea consiste en la transcripción, de manera literal, de la información estática contenida en los restos materiales observables para reconstruir la dinámica de la vida en el pasado y estudiar las condiciones que han hecho posible que estos materiales hayan sobrevivido y llegado hasta nosotros. Este desafío, que sienten muchos arqueólogos, es enorme y nada fácil de afrontar, porque exige de nosotros una mejor comprensión de nuestras propias interacciones con el mundo material. Después de todo, raramente prestamos atención a la manera en que nuestro comportamiento puede modificar nuestro contexto material y dejar huella sobre lo que sucede en nuestra vida cotidiana; simplemente, no contemplamos el mundo desde esta perspectiva. Sin embargo, el arqueólogo debe prepararse para hacerlo así. Debe llegar a interesarse por asuntos bastante vulgares: ¿Cómo dispone la gente de su basura? ¿Cómo deciden que un instrumento está gastado y si necesitan comprar uno nuevo? ¿Cuándo consideran que algo ya no es útil y debe ser sustituido o reutilizado con otros fines? La información sobre estas decisiones, decisiones que modifican la forma y ordenación de los objetos materiales, es fundamental para los arqueólogos que esperan ser capaces de «descifrar» y «leer» el registro arqueológico en términos de aquellos aspectos del pasado que les interesan.

¿Cómo podemos enfrentarnos a este desafío? ¿Podemos empezar a lograr nuestros objetivos simplemente excavando más yacimientos y descubriendo nuevas cosas como suponía el hombre del autobús? Mi respuesta debe ser un rotundo «no». Si (como sospecho) la mayor parte de la gente encuentra esta respuesta sorprendente, es porque imagina que los arqueólogos sólo excavan yacimientos; no saben nada acerca de los trabajos de investigación que deben llevarse a cabo para ayudar a descifrarlos. ¿Qué sugerencias pueden hacerse? ¿Los métodos de la historia o de las ciencias naturales o de cualquier otra disciplina son apropiados para los problemas que plantea la arqueología?

La primera idea que rechazaríamos es la de que los arqueólogos son simplemente historiadores especiales que trabajan con desventaja: es decir, historiadores que no tienen registros escritos. Debe reconocerse la diferencia fundamental que existe en el tipo de datos utilizados por las dos disciplinas. Los historiadores, sea cual sea su interés específico en el pasado, trabajan de una forma u otra con los registros escritos: crónicas, cartas, diarios, o cualquier otro tipo de registro literario del pasado que haya sido realizado intencionalmente por una persona para transmitir información. Sin embargo, como todos sabemos, las cartas pueden embellecer la realidad; en la práctica, los escritores de diarios escriben, a menudo, para un futuro lector desconocido; todos los registros burocráticos son muy susceptibles de alteración debido a intereses personales. El hecho de que la gente no siempre es honesta enfrenta inevitablemente al historiador con el problema de comprender los motivos que pueden haber movido a los individuos para llevar a cabo un registro escrito del pasado. En cambio los arqueólogos, al menos a un cierto nivel, raramente se enfrentan con esta particular dificultad. Por ejemplo, supongamos que durante la excavación de un yacimiento se encuentra un hogar próximo a un área llena de desechos: sería ex-

6 parálisis de la fatiga

traño realmente imaginar que alguien en el pasado hubiese deformado deliberadamente este pequeño fragmento del registro arqueológico para sus propósitos particulares o que hubiese modificado lo que había arrojado como un medio de comunicación con alguien del futuro. Con ello no quiero decir, naturalmente, que el hombre no use las cosas materiales para comunicarse. Las ropas o las joyas que llevamos reflejan nuestro *status* u otros aspectos propios; si un hombre es policía o bombero nos lo indica el uniforme que lleva, pues éste proporciona una información muy específica sobre su trabajo. Pero, aunque las cosas materiales generalmente comuniquen información codificada, raramente son codificadas con propósitos de engaño. El arqueólogo trabaja con un tipo de material muy diferente al del historiador, al menos desde el punto de vista de los sistemas simbólicos y de comunicación que el hombre utiliza.

Algunos historiadores han propuesto que el mejor método para informarse acerca del pasado es la empatía,<sup>1</sup> es decir, imaginar simplemente qué acciones o circunstancias llevarían a las condiciones observadas. Por ejemplo, puedo encontrar un hogar rodeado de piedras, con carbón en el centro y huesos rotos y piedras a un lado. En este caso me digo: «yo soy un hombre. Si estuviese sentado junto a un hogar, ¿qué podría haber hecho para que las cosas se queden como las veo ahora?». En estas condiciones podría ser capaz de plantear una serie de supuestos acerca de qué ocurrió en el pasado. Pero elaborar estos supuestos es sólo el primer paso y precisa de una mente imaginativa y del conocimiento acumulativo de la relación entre el comportamiento humano y los objetos materiales. Mucho más importante es cómo evaluar estas ideas. ¿Cómo sabemos que no existieron otras circunstancias que tuvieron lugar en el pasado y pudieron asimismo haber producido los modelos que observamos en el registro arqueológico? Sin la metodología adecuada para evaluar las ideas, sólo tendremos las manos libres para generar montones de historias sobre el pasado, pero careceremos de medios para conocer su exactitud.

¿No será acaso el mejor medio para enfrentarnos al desafío, seguir los pasos de los que nos precedieron, tal y como sugieren algunos arqueólogos, es decir, adoptar por ejemplo los métodos de las ciencias sociales? La sugerencia es seductora. Pero deberíamos recordar que las ciencias sociales se desarrollaron para tratar la dinámica social. Los arqueólogos, como ya he enfatizado, no observan hechos sociales; observan hechos materiales, todos ellos contemporáneos, y, por tanto, los procedimientos de las ciencias sociales en la práctica son inapropiados para la arqueología. La arqueología debe enfrentarse con la naturaleza de los datos que emplea y con la singularidad del desafío: cómo acceder desde el presente al pasado. Lo que se necesita es una ciencia del registro arqueológico que enfoque los problemas especiales que surgen al tratar de utilizar este registro para conocer el pasado.

Si no somos realmente historiadores ni científicos sociales, ¿qué podemos decir acerca de los métodos de las ciencias naturales? Esta es una sugerencia bastante más adecuada, porque entre los científicos naturales no se espera que los hechos que se observan «hablen por sí mismos». Los físicos, químicos, biólogos, etc., no imaginan que las relaciones observadas tengan un sentido que sea evidente por sí mismo. Están constantemente preocupados en su sentido a tales observaciones y posteriormente evaluar hasta qué punto, en la práctica

(Finley)





es útil la interpretación dada. Seguramente, ésta es la posición en la que se encuentra el arqueólogo: interpretar los hechos arqueológicos (actuales) que observa y luego tratar de evaluar hasta qué punto su imagen del pasado se ajusta a la realidad. Es por esta razón que siempre he afirmado que la arqueología debería adoptar los métodos de las ciencias naturales.<sup>2</sup> Son las únicas técnicas que conozco que pueden ayudar al arqueólogo en su especial y peculiar dilema: disponer sólo de observaciones actuales sobre materiales cuya génesis es inasequible a través de la observación.

¿Qué implicaciones tiene este hecho en los procedimientos que seguimos al excavar un yacimiento? ¿Necesitamos preocuparnos sobre el significado de los restos arqueológicos antes de excavarlos? Si es así, ¿influirá esto en los resultados de la excavación? Ciertamente, el arqueólogo como descubridor debe estar preocupado por estas cuestiones. Naturalmente, no sabríamos nada acerca del pasado si nuestras energías estuvieran enteramente dedicadas a desarrollar una perfecta metodología de investigación y fracasáramos en el registro de los hechos arqueológicos del pasado. Por otro lado, tampoco estaríamos más cerca de conocer el pasado si tuviésemos un registro arqueológico completo y ningún modo de darle sentido. Obviamente, los dos aspectos de la investigación arqueológica deben desarrollarse conjuntamente, pero esto es más fácil decirlo que hacerlo. Podemos excavar en exceso sin contar con la metodología necesaria que nos permita interpretar las cosas que observamos; o podemos llevar a cabo una excesiva investigación metodológica y encontrarnos que al excavar un yacimiento las cosas que necesitamos observar justamente no están allí. A menudo se oye a los arqueólogos decir: «X es un teórico, o Y es un hombre de campo», o criticar que «fulano de tal excava muchos yacimientos correctamente pero no los interpreta muy bien». El mensaje para la arqueología se basa en la necesidad de un crecimiento equilibrado entre el desarrollo de las técnicas que nos permiten hacer inferencias exactas acerca del pasado y la realización de observaciones arqueológicas que nos proporcionan materiales de interpretación. No creo que se pueda excavar un yacimiento correctamente a menos que sepamos también qué potencial pueden tener los datos excavados para lograr inferencias sobre el pasado. Por ejemplo, si yo no conociese las técnicas de datación por radiocarbono,<sup>3</sup> no tendría sentido que conservara el carbón de una excavación; sólo cuando sé que el análisis de muestras de carbón sin contaminar puede dar una medida independiente del tiempo transcurrido, me doy cuenta de la necesidad de recoger este material y de registrarlo cuidadosamente. En resumen, las buenas técnicas de excavación dependen del conocimiento de los sistemas potenciales de hacer inferencias acerca del pasado. Pero las propias técnicas de excavación son las que continuamente nos llevan a un mayor y variado número de formas de investigación metodológica, porque siempre encontramos cosas que no entendemos y que nos interesan, cosas que exigen una mayor investigación antes de que podamos utilizarlas para hacer inferencias sobre el pasado.

Por tanto, la arqueología es una disciplina interactiva que no puede crecer sin encontrar un equilibrio entre los intereses teóricos y los prácticos. Los arqueólogos tienen que estar en permanente autocritica: por esto el campo es tan vivo y los arqueólogos siempre están discutiendo sobre quién está en lo correcto

en ciertos temas. La autocritica conduce al progreso y es por sí misma un desafío que el arqueólogo quizá sólo comparte con el paleontólogo y algún otro científico cuya preocupación última sea hacer inferencias sobre el pasado en base a datos actuales. La arqueología no es un campo que pueda estudiar el pasado directamente, ni puede limitarse sólo al descubrimiento, como sugería el hombre del autobús. Por el contrario, es un campo enteramente dependiente de las inferencias sobre el pasado a partir de cosas encontradas en la actualidad. Los datos arqueológicos, desgraciadamente, no son evidentes por sí mismos. ¡Mucho más fácil sería nuestro trabajo si lo fueran!

#### ANALIZAR EL PRESENTE SIRVE AL PASADO

Todos estamos familiarizados con el cliché de que estudiamos el pasado para conocer el presente. Quizá no lo estemos tanto con la idea de estudiar el presente para entender el pasado. Al menos, mucha gente parece no comprender muy bien el hecho de que los arqueólogos vayan a vivir con los aborígenes australianos<sup>4</sup> o que sigan a los bosquimanos !Kung en sus cacerías.<sup>5</sup> Éstas no son exactamente el tipo de actividades que se suponen propias del arqueólogo. Pero, desgraciadamente, muchos de nosotros estamos ocupados casi por completo en estas actividades, al menos durante alguna fase de nuestra carrera. En efecto, incluso en los Estados Unidos, en la moderna ciudad de Tucson, Arizona, existe un proyecto dirigido a estudiar las prácticas de producción de basuras de los actuales habitantes de la ciudad;<sup>6</sup> ¡los arqueólogos paseando con los basureros! El hecho de que tales prácticas se lleven a cabo, creo que es un síntoma de que el campo de la arqueología se está ampliando y haciendo cada vez más sofisticado. Como resultado, la arqueología debería estar en condiciones de ofrecer al mundo unas nociones de nuestro pasado más claras y estimulantes que las que nunca antes había sido capaz de proporcionar.

El registro arqueológico, como ya he mencionado, es un fenómeno contemporáneo y las observaciones que hacemos sobre él no son afirmaciones «históricas». Necesitamos yacimientos que conserven elementos del pasado; pero, de igual manera, tenemos necesidad de instrumentos teóricos que den sentido a esos elementos cuando se encuentran. Identificarlos exactamente y reconocer su contexto en el pasado depende de un tipo de investigación que no puede ser llevada a cabo a través del registro arqueológico únicamente. Es decir, si intentamos investigar la relación existente entre la estática y la dinámica, debemos ser capaces de observar ambos aspectos simultáneamente; y el único lugar donde podemos observar la dinámica es en el mundo actual, aquí y ahora.

Voy a dar un ejemplo. Un tipo de hallazgos muy común que efectúan los arqueólogos son los instrumentos líticos. Para obtener un mejor conocimiento del contexto en el que los hombres hacían, usaban y disponían de instrumentos líticos, sería lógicamente muy útil observar pueblos que los usen. Éste fue el motivo que me llevó al desierto central de Australia hace varios años, con el fin de realizar trabajos de campo entre un grupo de gente que conocía este tipo de instrumentos y que todavía los usaban periódicamente para diversos propósitos. Esperaba ser capaz de relacionar la información sobre el comportamiento

dos que

MP

intenc

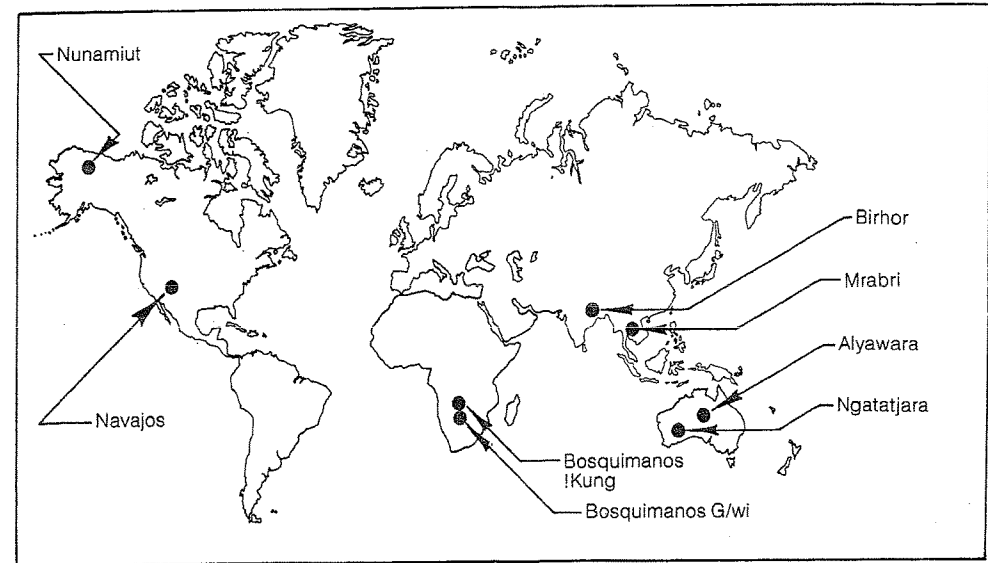
grupo de gente

de estas gentes (la dinámica) con las consecuencias de este comportamiento visto a través de la distribución, diseño y modificación de los instrumentos de piedra (la estática). Parte de este trabajo se describe brevemente en el capítulo 7. Mi objetivo era estudiar la estática y la dinámica en un contexto actual. Si llegásemos a comprenderlas en todos sus matices, contaríamos con una especie de piedra Rosetta: un sistema para «descifrar» lo estático, pasando de los instrumentos líticos encontrados en un yacimiento arqueológico a la vida que llevaban las gentes que los dejaron allí.

Los nexos entre lo que encontramos y las condiciones que dieron lugar a su producción sólo pueden estudiarse a partir de pueblos actuales (fig. 1). Yo he trabajado sobre este problema con los nunamiut, un grupo de esquimales, cazadores de caribú en Alaska,<sup>7</sup> y con los navajos, que son pastores de ovejas en el Sudoeste americano;<sup>8</sup> y tengo varios estudiantes trabajando entre los bosquimanos !Kung en el Sur de África. Todos estos trabajos de campo están planteados con la finalidad de poder estudiar de manera directa los nexos entre las cosas que encontramos como arqueólogos y los diversos comportamientos que dieron como resultado la producción, modificación y disposición eventual de estas cosas.<sup>9</sup>

La arqueología experimental<sup>10</sup> es otra área de investigación en la que el presente es usado para servir al pasado, con el objeto de proporcionar observaciones para la exacta interpretación del registro arqueológico. Una gran parte de este método de trabajo fue iniciado en Gran Bretaña. Comprende la recreación experimental de sucesos o procesos que sabemos deben haber ocurrido en el pasado, para observar cuál habría sido el resultado arqueológico. Por ejemplo, si una casa se quema<sup>11</sup> y la erosión de sus restos tiene lugar durante un largo período, ¿cuál sería el resultado que verían los arqueólogos? ¿De qué manera se habrían modificado la estructura original y su contenido? Son problemas que podemos abordar a través de la experimentación. La investigación, en este sentido, nos permite evaluar hasta qué punto podemos aceptar lo que vemos como directamente referible al pasado, o como algo deformado de maneras diversas por los procesos intermedios. Otra de las ventajas de la experimentación es la posibilidad de reproducir las técnicas de los artesanos antiguos, es decir, aprender a hacer instrumentos de piedra,<sup>12</sup> cerámica y otro productos empleados en las tecnologías prehistóricas y aplicar los nuevos conocimientos a situaciones diferentes, de forma que nos permitan solucionar problemas: este tipo de trabajo puede contribuir a un mayor entendimiento del registro arqueológico. Creo que estamos en condiciones de afirmar que los arqueólogos empezarán a emplear estos métodos experimentales, con mayor frecuencia de lo que lo han hecho en el pasado, cuando empiecen a ser conscientes de que el mero hecho de encontrar un objeto carece prácticamente de valor si no se le puede revestir de contenido.

Los documentos históricos constituyen otra fuente importante de información, que sólo recientemente ha empezado a ser utilizada por los arqueólogos. El objeto de la investigación «etnoarqueológica» se centra en la búsqueda de datos significativos sobre la formación del registro arqueológico. El arqueólogo que trabaja en un asentamiento y observa las diferentes actividades que llevan a cabo sus ocupantes cree que podrá identificar ciertos modelos arqueológicos



1. Distribución de algunos pueblos primitivos actuales mencionados en el texto.

una vez conocidas las actividades que los produjeron. Ahora bien, simplemente estar allí y mirar no es la única manera de obtener esta información, pues existe también una cantidad importante de documentos escritos que describen las acciones del hombre del pasado. A menudo, el estudio de los documentos históricos nos sirve, no sólo para identificar los lugares de ocupación antiguos, sino también para informarnos de lo que allí sucedía, qué nivel de especialización artesanal existía, por ejemplo, o detalles referentes a la organización social del asentamiento. Una vez conocidos estos aspectos sobre la dinámica del asentamiento, estamos en condiciones de excavar el yacimiento y relacionar los hallazgos con las noticias que poseemos sobre las actividades y procesos que tuvieron lugar hace tiempo. Este uso de la historia como una forma de control experimental está todavía en sus inicios, aunque esperamos que en un futuro se produzcan grandes progresos en esta dirección.<sup>13</sup> El número de personas que todavía hacen instrumentos de piedra para la caza y siguen un modo de vida nómada disminuye cada día; por tanto, las futuras generaciones de arqueólogos tendrán escasas oportunidades de estudiar a las gentes que usan este tipo de instrumentos. Pero la existencia de documentos históricos que contienen observaciones hechas por individuos actuales sobre la dinámica de los yacimientos en el pasado permite excavarlos y, en base a los relatos existentes sobre dichos lugares, intentar relacionar lo que encontramos en el terreno con las informaciones históricas.

De todos modos, la palabra escrita no es el único documento histórico que existe; afortunadamente, durante los últimos cien años hemos sido capaces de realizar fotografías. Muchas de ellas fueron tomadas a principios de siglo, cuando todavía existían numerosos pueblos que vivían al margen del desarrollo tec-

nológico. ¿De qué manera podemos emplear tales fotografías para que nos proporcionen una información arqueológica útil? Mi experiencia me sugiere que no es tarea fácil. Por ejemplo, es necesario conocer una serie de detalles, tales como la distancia focal de los lentes de la cámara, si queremos convertir una fotografía oblicua (es decir, tomada por una cámara sostenida a mano y mirando al paisaje) en un mapa que, de todos modos, no será análogo a los que un arqueólogo realizaría al excavar un yacimiento. Una vez estos problemas técnicos estén resueltos, y estoy seguro de que se logrará, estaremos en condiciones de aprovechar de una manera mucho más rentable los cientos de miles de fotografías etnográficas tomadas en un pasado relativamente reciente. Las fotografías tienen una inmediatez maravillosa: podemos ver una persona del pasado sentada frente a nosotros y conocer lo que estaba haciendo en aquel momento. Consecuentemente, se pueden poner en conexión las relaciones espaciales de la gente con los hogares, de las casas con la gente, de los hogares con las casas, en un contexto behaviorístico que normalmente es difícil de establecer, incluso con la ayuda de la palabra escrita. Con las fotografías se consigue tener, simultáneamente, una fugaz visión del comportamiento en el pasado y una especie de «mapa», una enorme ventaja que los arqueólogos seguramente capitalizarán en el futuro.

Tenemos, por tanto, tres importantes campos de investigación a desarrollar: el estudio de los pueblos contemporáneos, la creación de situaciones experimentales que nos permitan controlar las causas a fin de estudiar los efectos, y el uso de documentos históricos de diferentes clases, todos ellos campos de investigación que la arqueología contemporánea está empezando a desarrollar de forma significativa. A medida que estos aspectos van adquiriendo importancia, la imagen popular del arqueólogo, calado con un casco, descubriendo una tumba, será sustituida por la de un individuo ecléctico, interesado en casi todos los dominios de la actividad humana que conducen a resultados que pueden quedar reflejados en el registro arqueológico.

#### LOS GRANDES INTERROGANTES DE LA ARQUEOLOGÍA

¿Qué es lo que queremos conocer del pasado? Es siempre difícil determinar la viabilidad de una sugerencia, si de antemano no sabemos lo que pretendemos conseguir. Este postulado es tan aplicable a la arqueología como a cualquier otra disciplina; lo que pretendemos conocer acerca del pasado incide de forma determinante en el método con que los arqueólogos llevan a cabo las excavaciones e investigan el registro arqueológico. Si no tienen las ideas claras al respecto, les será difícil encontrar la forma de aproximarse a los datos arqueológicos o saber qué tipo de investigación han de llevar a cabo para interpretarlos. Por tanto, nuestras ideas acerca del pasado afectan a la investigación arqueológica y al desarrollo de la arqueología en general. Puede ser de utilidad discutir brevemente sobre nuestros conocimientos sobre el pasado, pero sobre todo es interesante y necesario discutir sobre lo que nos *gustaría* saber partiendo del registro arqueológico: ¿es posible por medio de la investigación arqueológica contestar algunos de los Grandes Interrogantes?

Si pretendemos adoptar una aproximación arqueológica típica, ¡empecemos por el principio! Creo que es extremadamente importante poseer algún tipo de información acerca de los rasgos fundamentales de la conducta de nuestros antepasados más antiguos. Tenemos sus huesos, naturalmente, es decir, los fósiles de los hombres más remotos, algunos de ellos de una antigüedad que oscila entre 3 y 6 millones de años. Pero, ¿cuándo empezó el *comportamiento* típico, el único significativo para usted y para mí, como miembros que somos de la misma especie? La respuesta es simplemente que no lo sabemos. Conocemos cuándo se produjeron los cambios en la capacidad craneana, en el tamaño de nuestro cuerpo y en la forma de nuestra pelvis; sin embargo, todavía ignoramos en qué momento el hombre comenzó a usar el lenguaje, cuándo empezó a vivir en pequeñas familias monógamas o a compartir el alimento entre adultos: y son éstas las características que, de hecho, nos distinguen de la mayor parte de los animales. ¿Qué antigüedad tiene el comportamiento que todos consideramos como típicamente humano? ¿Cuáles fueron realmente nuestros antepasados más antiguos? Creo que éstos son unos de los temas centrales de la investigación arqueológica.

Hay una cuestión de actualidad que mantiene en controversia a los arqueólogos: el hombre de hace 2 millones de años, ¿cazaba ya para alimentarse?, ¿disponía de un campamento base?, ¿compartía la vivienda y los alimentos dentro del grupo?<sup>14</sup> Estas preguntas adquieren significado cuando se contemplan en el contexto del comportamiento animal en general: los primates (excluyendo al hombre), por ejemplo, tienden a dormir en los árboles y no en el suelo, y comen en el mismo lugar en que han obtenido el alimento y no donde duermen, como hace el hombre. ¿Cuándo empezó el sistema de vida terrestre, la actividad cazadora y el reparto del alimento? ¿Fue la caza determinante en la evolución del lenguaje o lo fue otra conducta social? ¿Qué motivó estos cambios y cómo deberíamos explicarlos? Sólo cuando hayamos establecido *lo que* realmente sucedió en el pasado podremos empezar a preguntarnos *por qué* sucedió. Y solamente la arqueología, creo, está en condiciones de proporcionarnos información sobre tales interrogantes. El estudio biológico comparativo del registro de los fósiles humanos no puede por sí solo contestar a nuestras preguntas. Las respuestas serán la consecuencia de la integración de una amplia variedad de datos arqueológicos que se han conservado: no únicamente la información sobre la anatomía de nuestros antepasados sino también, por ejemplo, del lugar donde fueron hallados sus esqueletos fosilizados y su relación con los instrumentos de piedra y los subproductos de sus comidas. Con todo, hay que tener en cuenta que los argumentos emitidos hasta ahora, no han sido frecuentemente muy sólidos.

Por ejemplo, la mayor parte de los libros de texto arqueológicos aseguran que el hombre antiguo era cazador de animales. Este argumento se basa en los hallazgos de yacimientos como la garganta de Olduvai (fig. 4), situado en el África oriental: en este lugar, además de los fósiles de homínidos e instrumentos de piedra antiguos, también han sido encontrados gran cantidad de huesos de animales; al estar estos huesos asociados a instrumentos de piedra, es posible deducir que se trata de los restos de las comidas del hombre antiguo, pero esto no es, necesariamente, la interpretación correcta. Los yacimientos donde encon-



tramos estos instrumentos de piedra tan antiguos son depósitos geológicos creados por agentes naturales, no por el hombre: éste simplemente estuvo presente en el contexto ambiental durante el período de tiempo en que los procesos naturales que formaron los yacimientos estaban en pleno desarrollo, y no hay razón para suponer que todos los hallazgos aparecidos en tales yacimientos se puedan relacionar. En otro yacimiento del África oriental han aparecido unas huellas de homínidos conservadas en la roca a las que se les atribuye una antigüedad de unos 3 millones de años.<sup>15</sup> Pero éstas no eran las únicas huellas; también fueron identificadas huellas de elefante, jirafa, pintada e incluso de pequeños gusanos. Sería bastante absurdo llegar a la conclusión de que la asociación de huellas de homínidos y de elefante implica que el hombre antiguo era pastor de elefantes. Sin embargo, es precisamente el tipo de lógica usada por los arqueólogos que, a partir del hallazgo de instrumentos de piedra y huesos de jirafa en un mismo depósito, presuponen que el hombre mató a la mencionada jirafa. De hecho, ésta quizá murió por causas naturales y los instrumentos de piedra fueran utilizados y abandonados en el yacimiento cientos de años después, siendo utilizados, tal vez, para cortar productos vegetales. Si los arqueólogos quieren comprender el pasado correctamente, tendrán que solucionar el problema de separar los diversos procesos y comportamientos que llevaron a la formación de un depósito; estos temas los discuto con más detalle en los capítulos 2 y 3.

Otra controversia interesante que plantea la arqueología gira en torno a la pregunta de si todas las características que consideramos puramente humanas se iniciaron al mismo tiempo o bien eran *emergentes*, en el sentido de que surgieron en contextos diferentes. ¿Puede considerarse la evolución de la, por así decirlo, verdadera esencia del hombre como una especie de «salto cuantitativo» o más bien se trata de un proceso de crecimiento progresivo? De nuevo, la respuesta es, simplemente, que no lo sabemos. Se ha dicho, por ejemplo, que la adopción por parte del hombre de la postura erguida, sobre dos piernas, constituye un salto cuantitativo porque libera las manos; el uso de las manos hizo posible la fabricación de instrumentos; los instrumentos propiciaron el lenguaje; y el lenguaje preparó el camino a muchos cambios en la organización social, tales como el reparto del alimento y la adopción de actitudes altruistas. Ésta es una vía de evolución sobre la que tengo bastantes dudas. Personalmente, creo que no deberíamos subestimar la necesidad de planificación que tuvieron los antiguos cazadores para poder solucionar, por ejemplo, el problema del abastecimiento de alimento durante la estación del año en que las plantas no crecen. Quizá fuera en el contexto de la caza donde la acumulación de información y su procesado empezaron a jugar un papel más importante para nuestra evolución. Mi planteamiento, sin embargo, es que el desafío que nos plantea la investigación del pasado consiste en buscar caminos que nos permitan descubrir si tales orientaciones son correctas o no.

Uno de los interrogantes más importantes que podemos examinar a través de la investigación arqueológica es el que hace referencia al momento en que surgieron comportamientos característicos que creemos nos distinguen de otros animales y de qué manera podemos entender su desarrollo. Contamos también con un segundo grupo de problemas, relacionado con el anterior, que constituyen, y es fácil hallar la razón, un tema de fascinación y especulación para mucha

gente, además de los arqueólogos. Nos referimos al origen de la agricultura y a las condiciones que llevaron al hombre a adoptar unas formas de vida mucho más sedentarias que las correspondientes a su pasado como cazador y recolector. ¿Por qué el hombre dejó de trasladarse, se estableció y empezó a intensificar su producción de alimentos en espacios cada vez más pequeños? Esto es, después de todo, lo que significa realmente la agricultura. ¿Por qué este fenómeno se produjo en muchos lugares diferentes del Viejo y Nuevo Mundo? y ¿cuál es la razón de que estos cambios se dieran en regiones tan distintas dentro de lo que, desde un punto de vista arqueológico, es un período de tiempo tan limitado como unos 2.000 años? En el capítulo 8, hago algunas sugerencias sobre la dirección a seguir si queremos hallar respuestas a estos interrogantes. Si fuéramos capaces de acceder a algunas de estas cuestiones, creo que estaríamos en condiciones de empezar a comprender la influencia que nuestra adaptación ejerció sobre nuestro sistema de vida y también sobre nuestro nicho particular dentro del mundo animal. Digo esto porque la adopción de la agricultura y el sedentarismo implican una serie de cambios muy característicos: representa una readaptación importante por parte de una especie, sin que se observen en contrapartida excesivos cambios biológicos. Sobre esta segunda y crucial serie de Grandes Interrogantes de la investigación arqueológica prácticamente carecemos de información histórica escrita.

El tercer grupo de problemas también produce, en general, una gran fascinación: esta vez nos referimos a los orígenes de la civilización. Los sistemas políticos bajo los que vivimos la mayor parte de nosotros y la complejidad de la vida urbana que casi todos llevamos están totalmente alejados del sistema de vida nómada basado en la caza y la recolección que privó en el contexto en el que tuvieron lugar nuestros cambios biológicos. ¿Cuáles fueron las causas que motivaron este nuevo estilo de vida? ¿Qué razones existieron para que las sociedades basadas en la agricultura evolucionaran hacia tipos de organización políticos y burocráticos cada vez más complejos? ¿Qué causas produjeron el enorme incremento de la especialización, tanto a nivel de la artesanía como al de la organización social o del trabajo, que caracteriza a una ciudad, sea ésta moderna o antigua?

Nos hallamos ante una problemática en la que la arqueología empieza a relacionarse con la historia, la filosofía política y muchas otras de las ciencias sociales, y ello gracias a que contamos todavía con algunos pueblos situados en partes remotas del mundo moderno que aún no se han visto afectados por la revolución industrial y, por tanto, sus procesos están en pleno desarrollo: el arqueólogo puede aportar sus datos y compartirlos con los que derivan de otras ciencias sociales. Fue interesante observar que, en cada una de las tres conferencias internacionales a las que asistí durante 1981, el tema central de discusión fue la aparición de los sistemas políticos complejos, el posible papel desempeñado por el comercio, y en qué medida los monopolios sobre la producción afectan el nivel de desarrollo político (en el capítulo 9 planteo algunos de mis puntos de vista sobre el tema). En la actualidad, es interesante observar que estas discusiones interesan casi exclusivamente a los *arqueólogos*, pero en el pasado estas cuestiones eran planteadas por historiadores, filósofos políticos y otros estudiosos afines: la arqueología está comenzando a participar en el debate en tér-

minos de igualdad con las disciplinas de investigación que poseen una metodología más histórica.

La arqueología se inicia, por tanto, en el pasado remoto, en el mismo comienzo de nuestra historia biológica, un período en el que nuestro desconocimiento sobre el comportamiento humano es casi total, y prosigue a lo largo de toda la evolución hasta la complejidad del mundo moderno. ¡Tal es el campo de acción de la arqueología! Pero, ¿ofrecen los arqueólogos perspectivas específicamente *arqueológicas* que las diferencien de otros campos al tratar, por ejemplo, los orígenes del sedentarismo o la aparición de los sistemas políticos complejos? Creo que la respuesta debe inevitablemente ser «sí». Los arqueólogos inician su investigación con los objetos materiales y es natural que adopten puntos de vista materialistas; a menudo, avanzan argumentos de naturaleza pragmática en contextos donde son mucho más corrientes los argumentos de tipo psicológico, y creo que pueden ser útiles aunque sólo sea porque proporcionan una base concreta a ciertos debates de largo alcance.

Las respuestas a los fascinantes Grandes Interrogantes que he mencionado anteriormente y que discutiré más adelante dependen de la interacción entre la observación, por un lado, y la investigación para dar sentido a las observaciones, por el otro. Esto genera un impulso y este impulso está creciendo, como ocurre con la disciplina arqueológica en su conjunto: existen muchos más arqueólogos en la actualidad que hace cincuenta años. Por consiguiente, muchas áreas de la investigación han dejado de ser simples utopías arqueológicas y se han convertido en problemas reales que pueden ser afrontados inteligentemente, y también solucionarse; en lugar de vagas generalidades sobre el pasado, esperamos obtener información fiable. Sin embargo, nuestros Grandes Interrogantes no se resolverán trabajando en nuestro país o provincia y a pequeña escala, sino que requieren una investigación que comprenda amplios períodos de tiempo y extensas áreas geográficas. La comunidad de investigación arqueológica es cada vez más internacional y la bibliografía sobre el tema que nos ocupa ha crecido hasta abarcar muchas lenguas. La investigación realmente excitante *está* progresando y las soluciones a nuestros principales problemas no las podemos considerar lejanas, sino que, en algunos casos, están ya a nuestro alcance.

## Primera parte

### ¿CÓMO ERA?

dentro de ciertos límites». <sup>2</sup> Simplificando, podríamos decir que los yacimientos deben ser más similares cuanto más cerca estén en el tiempo y en el espacio. En el caso de que el mundo real difiera de estas expectativas, se generan innumerables «hipótesis auxiliares» para acomodar las observaciones a la teoría.

Así, la táctica seguida por los arqueólogos tradicionales es la de ofrecer argumentos adicionales que, «si son verdad», llevarían a una correspondencia entre la teoría y la realidad. Popper <sup>3</sup> ha dudado de que esta estrategia «inmunice» a una teoría de la necesidad de ser comprobada. A los arqueólogos se les ha encargado poner en práctica tal estrategia: sus intentos por inmunizar sus suposiciones anteriores han dado como resultado sus reconstrucciones del pasado. Si, por ejemplo, fracasan al observar similitudes a través de las secuencias de acumulación, su teoría de transmisión cultural es «protegida» de estos datos por medio de la aceptación de una migración de nuevas gentes en el área. Esta migración hipotética, a su vez, se convierte en una parte inamovible de la «verdadera» reconstrucción del pasado que los arqueólogos suponen que están buscando: «una buena adaptación de las condiciones hará que casi cualquier hipótesis esté de acuerdo con los fenómenos. Esto satisfará a la imaginación, pero no hace avanzar nuestro conocimiento». <sup>4</sup>

Los arqueólogos son particularmente proclives a este tipo de trampa filosófica y metodológica, puesto que todas las afirmaciones acerca del pasado deben ser inferidas y los métodos que tienden a justificarlas no pueden, en consecuencia, ser comprobados mediante la experimentación. Dicho de otra manera, nunca podemos utilizar el pasado inferido para comprobar las suposiciones que hacemos al generar tales inferencias. No es sorprendente, por tanto, que la mayor parte de los arqueólogos acepten sin cuestionarlos sus métodos empleados para hacer inferencias y no discutan la validez de tales métodos. Sólo en escasas ocasiones podemos conseguir suficiente perspectiva para «captar el mensaje» de que nuestros métodos por inferencia pueden ser falsos. Ahora bien, cuando esto sucede estamos capacitados para empezar la búsqueda metodológica que nos lleve a una mejor comprensión de las condiciones dinámicas que produjeron los modelos arqueológicos que hemos documentado. Una vez podamos responder a la pregunta «¿Qué significa?», estaremos en condiciones de empezar una investigación estimulante dirigida a conocer «cómo era».

## 4. EL DESAFÍO DEL MUSTERIENSE

Los hombres de negocios y los políticos, a veces, dan a sus oponentes el título despreciativo de «Neandertal». Para la mayoría de nosotros, el nombre evoca la imagen de un individuo fuerte, algo peludo, con la frente huidiza, rasgos grandes y una piel colgando alrededor de la cintura. Esta criatura es presentada en un mundo salvaje, con la mirada perdida, emplazada en la entrada de una cueva y rodeada de restos de animales consumidos. La imagen pública del hombre Neandertal es la de un animal basto, bruto, sin cultura, que responde a los impulsos humanos más elementales, tales como la comida, el sexo y el bienestar. En contraste, los libros de texto arqueológicos tienden a otorgar a los Neandertales un papel innovador en la historia humana. A menudo, han sido considerados como los primeros de nuestros antepasados en usar pigmentos, <sup>1</sup> enterrar a sus muertos <sup>2</sup> y, quizás, en practicar algún tipo de ritual centrado en cuevas de osos. <sup>3</sup> En la época en que tendíamos a ver en el pasado la epopeya de la aparición del hombre y su paso del reino de las bestias al dominio de lo humano, los Neandertales eran representados como las primeras criaturas que mostraron un incipiente interés por la estética (es decir, por el arte y la religión), algo muy alejado de las preocupaciones básicas características de nuestros antepasados animales. En la bibliografía más reciente, en particular la que han producido nuestros colegas pertenecientes a las ciencias biológicas, los Neandertales son considerados como una variante racial del hombre plenamente moderno; se acepta con bastante frecuencia que, en términos behaviorísticos, eran similares a nosotros, pues los indicios de algunos comportamientos típicamente humanos, como el lenguaje, se supone que tuvieron lugar antes de su aparición. Desde esta perspectiva, las especulaciones sobre nuestra historia evolutiva se centran normalmente en eras anteriores al Paleolítico Medio de los Neandertales.

Aunque es cierto que ha habido diferentes puntos de vista sobre la conducta de los Neandertales (un problema de «¿cómo era?»), de hecho no será esta diversidad de opinión, que, por otra parte, estimuló la controversia y la investigación, el tema que discutiré en este capítulo. Aquí pretendo considerar el problema del Musteriense (el nombre arqueológico del período asociado al hombre Neandertal, que presenta una antigüedad que oscila entre 125.000 y 30.000 años), un problema que surge de preocupaciones estrictamente arqueológicas y metodológicas. Nos hallamos ante un tipo de discusión diferente de la expuesta en la Primera parte. Por ejemplo, las controversias que he examinado en los capítulos 2 y 3 respecto a si el hombre primitivo era cazador y si vivía en cam-

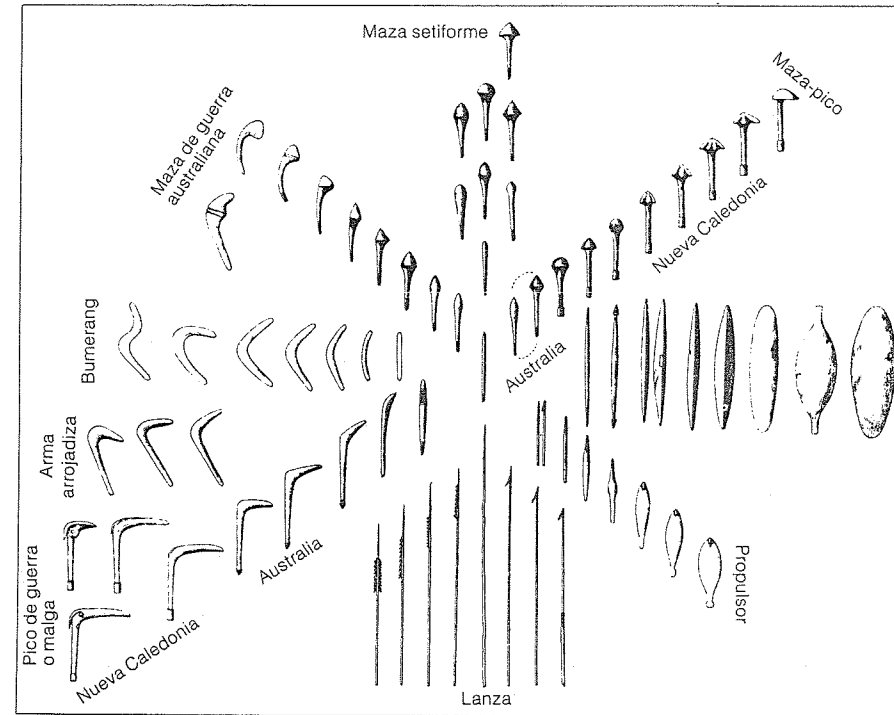


pamentos base y compartía el alimento, concierne a los contenidos de los yacimientos arqueológicos a los que hacemos referencia y a la cuestión de si eran exclusivamente atribuibles a la acción de los homínidos primitivos. Si este obstáculo pudiese ser superado, la preocupación metodológica respecto a estos temas sería mínima. El desafío que plantea el estudio del hombre primitivo es bastante simple: ¿Cómo conoceremos el pasado? El debate que se centra alrededor del hombre Neandertal tiene raíces históricas, ya que se trata de un paradigma de la investigación arqueológica *per se*. Además, la discusión se ha basado en aspectos diversos. Al tratar del hombre primitivo, la discusión se centraba en la interpretación behaviorística de las asociaciones registradas entre muchos tipos de objetos aparecidos en yacimientos distintos; la controversia del Musteriense, sin embargo, se centra en la interpretación que se debe dar a la variabilidad observada en un solo tipo de ítem aparecido en muchos yacimientos. Además, surge porque los arqueólogos consideraron como característico del Paleolítico Medio un modelo, cada vez más complejo, de unidades taxonómicas.

#### EL PERÍODO DE LAS ANTIGÜEDADES Y EL MONUMENTO

Desde los inicios de la arqueología existen dos cuestiones que siguen siendo fundamentales: primera, ¿cómo describimos en términos formales la variabilidad de las cosas que perduran del pasado? y, segunda, ¿cómo se distribuye cronológica y geográficamente la variabilidad observada? En un principio, se recogían muchas cosas (hablando en términos relativos), pero el contexto de los hallazgos no estaba bien documentado. Los arqueólogos podían clasificar y reconocer similitudes y diferencias entre los artefactos y las construcciones, es decir, se organizaban los restos que eran claramente atribuibles a la mano del hombre. Estos elementos eran conocidos como «antigüedades y monumentos»: un hacha de mano, una punta de flecha de bronce, Stonehenge, la espectacular tumba de corredor de Newgrange en Irlanda, etc. A medida que los arqueólogos fueron trabajando para descubrir los modelos de distribución de los diversos tipos de hallazgos fueron observando que algunas propiedades de estos materiales proporcionaban datos indicativos, mientras que otras, parecían mostrar una adscripción menos reconocible. Por ejemplo, en el antiguo y elemental trabajo de C. J. Thomsen, realizado en Dinamarca, se vio claro que el tipo de materia prima empleada en la fabricación de los instrumentos indicaba una diferencia cronológica; de ahí surgieron las Edades de la Piedra, del Bronce y del Hierro.<sup>4</sup> En la investigación paleolítica empezó a observarse que el diseño de los instrumentos fabricados con un mismo tipo de materia prima tenía sentido tanto desde el punto de vista cronológico como geográfico. Las hachas de mano parecían encontrarse sólo en ciertos tipos de depósitos geológicos y en asociación con ciertos tipos de fauna. Por otro lado, las piezas retocadas, como las recuperadas en Solutré, Francia, se encontraban en contextos geológicos y faunísticos muy diferentes.

Los atributos que parecían representar aspectos cronológicos y/o geográficos fueron aislados como indicativos de épocas y áreas. El modelo de esta forma de aproximación fue sin duda un éxito alcanzado por la geología y la paleontología,



33. Reconstrucción propuesta por el general Pitt-Rivers sobre el proceso evolutivo, desde un simple palo hasta tipos de útiles más complejos: una visión del pasado característica del siglo XIX y principios del XX. (Reproducido, con autorización, de Myres, 1906, pl. 111.)

logía, a través de cuyas disciplinas podía demostrarse que los fósiles eran indicativos de edades y eras diferentes de la historia de la Tierra. La creencia de que el estudio taxonómico implicaba el descubrimiento de un orden natural en los datos arqueológicos estaba relacionada con la idea de que el pasado del hombre se caracterizaba por el progreso. Donde mejor aparece reflejada la idea de progreso es, quizás, en los escritos del general Pitt-Rivers, uno de los «padres» de la arqueología, al menos en los países de habla inglesa:

Nuestra tarea es seguir ... la sucesión de ideas a través de las cuales se ha desarrollado la mente humana, desde lo simple a lo complejo, desde lo homogéneo a lo heterogéneo; seguir paso a paso ... la ley de la continuidad por la que la mente ha pasado de los estados ... simples de conciencia a la asociación de ideas, y así a las generalizaciones más amplias.<sup>5</sup>

En un principio, la mayor parte de los arqueólogos creían que la secuencia del desarrollo del hombre hacia la civilización era una secuencia —que iba de

lo simple a lo complejo— lógica, progresiva y evolutiva. Era la consecuencia de una sucesión lógica en la que una porción de conocimiento condiciona la siguiente, y así sucesivamente. El general Pitt-Rivers compendia esta aproximación.<sup>6</sup> En la figura 33, por ejemplo, podemos observar el origen de una variedad del *phila* industrial en un simple palo sin retocar. Bajo una serie de modificaciones iniciales podemos seguir una progresión que lleva hasta el escudo australiano, mientras que bajo otra serie de condiciones iniciales una segunda secuencia lleva a la maza de guerra, etc. Partiendo de este punto de vista, la humanidad fue considerada como una progresión a través de una serie de estadios de progreso interdependientes. Puesto que la secuencia era considerada dependiente de un orden seriado, toda la humanidad había pasado a través de la misma serie de etapas. La variabilidad existente en el mundo moderno se justificaba como una consecuencia de un desarrollo desigual de los distintos estadios de progreso, de manera que algunos pueblos contemporáneos se habían estabilizado en etapas que ya habían sido superadas por otros pueblos en un periodo anterior. Este punto de vista sobre la evolución cultural justificaba la costumbre de dar contenido a la prehistoria extrapolando los datos que ofrecían las descripciones de las sociedades primitivas contemporáneas. Por ejemplo, para reproducir el modelo de vida del hombre Neandertal se usaba frecuentemente como modelo los aborígenes australianos. Cito a continuación un fragmento de un pequeño libro maravilloso, escrito desde una perspectiva evolucionista basada en el concepto de progreso (*Everyday Life in the Old Stone Age*), publicado en 1922:

Debemos buscar algunos pueblos primitivos que vivan bajo condiciones similares y estén en la misma etapa de civilización que los Musterienses, y ver si podemos trazar algunas comparaciones útiles: los aborígenes de Australia son un pueblo que reúne estas características.<sup>7</sup>

Dentro del clima intelectual que defendía la idea de progreso había otros puntos de vista importantes, que algunas veces se mantenían independientes y que en otras ocasiones se mezclaban de maneras diversas, dando lugar a una especie de vitalismo generalizado. El concepto de proceso que emerge consideraba la evolución del hombre como el resultado de la realización de su potencial, entendiéndose éste como una cualidad esencial, una auténtica «chispa» que saltaba y se desarrollaba de modo algo diferente en función de los distintos contextos biológicos o físicos. Por ejemplo, la aceptación por parte de Henry Fairfield Osborn y otros de la (falsa) mandíbula<sup>8</sup> hallada en Piltdown, Inglaterra, en 1908, como evidencia de que nuestros antepasados más antiguos poseían un cerebro mayor que el *Pithecanthropus* (en aquel momento se pensaba que éste era más reciente) les llevó a la siguiente conclusión:

Si el *Pithecanthropus* es verdaderamente de la Edad de la Piedra Media, como ahora parece, debe considerarse como un tipo primitivo superviviente del hombre de Dawn, aislado en los bosques de Java ... La supervivencia de un tipo de hombre primitivo excluido de la competición por seres más vigorosos no es un caso único, porque todavía encontramos hombres muy primitivos que viven en lugares de la Tierra remotos y aislados, como es el caso de los indígenas tasmanios.<sup>9</sup>

Siguiendo este enfoque, la conexión del evolucionismo con una clase de racismo tampoco era infrecuente; y además, para explicar los diferentes logros del hombre, se incorporaban otras ideas elitistas. Por ejemplo, la «teoría del gran hombre» (que considera el progreso como consecuencia de los comportamientos de individuos especialmente dotados) era común en el pasado y todavía es muy aceptada en la arqueología, como se desprende de los comentarios hechos por François Bordes en una época tan reciente como 1969:

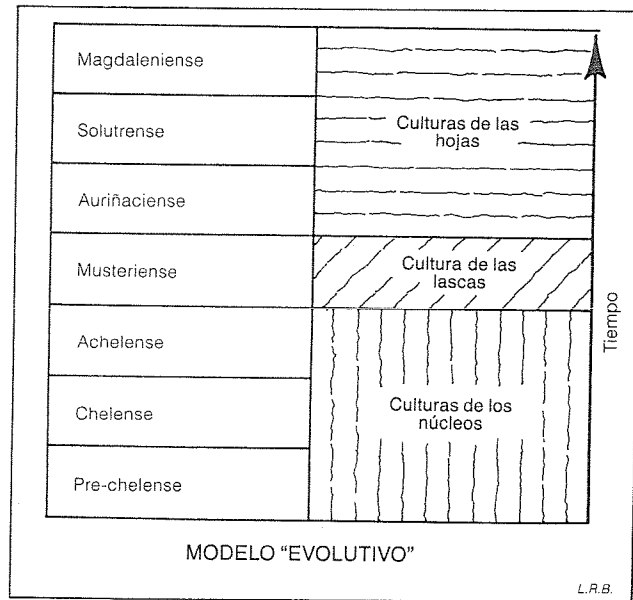
... no debe confundirse la inteligencia y el intelecto creativo. Este último es raro, incluso en la actualidad, y parece ser que a partir de la historia de diversas civilizaciones puede deducirse que la proporción de los intelectos creativos, si son constantes las condiciones culturales y las presiones del medio ambiente, depende del número total de individuos. Por tanto, es posible que en grupos paleolíticos no muy numerosos hayan transcurrido generaciones sin que aparecieran intelectos creativos. El progreso, por tanto, ha sido lento, incluso aunque las poblaciones puedan haber sido inteligentes y haber hecho buen uso de los datos ya adquiridos.<sup>10</sup>

Esta visión es aceptada, además, por Grahame Clark que en 1979 escribió: «el curso de la historia ha sido menos modificado por los errores populares que por la forma de pensar original de los hombre preeminentes».<sup>11</sup>

En los albores de la arqueología prehistórica eran pocos los que cuestionaban el punto de vista progresivo del pasado humano, aunque pudieran diferir en la elección de la teoría concreta empleada para explicar los hechos. Lógicamente y teniendo en cuenta tal perspectiva, el objetivo de la arqueología era el descubrimiento de la secuencia real del cambio progresivo. En 1893, Otis Mason, dirigiéndose a los padres fundadores de la arqueología norteamericana, dijo: «La investigación más provechosa (de la arqueología) para comprender la historia de la civilización es la búsqueda del origen de las ideas que hicieron época».<sup>12</sup> N. C. Nelson, medio siglo más tarde, postulaba unos objetivos y una comprensión de los fines arqueológicos bastante semejantes: «... nuestra ciencia está llamada a demostrar el momento y lugar de origen de todas las invenciones más importantes y a trazar su expansión por el mundo».<sup>13</sup>

En el primer cuarto del siglo XX, los arqueólogos paleolíticos consideraban que se habían alcanzado muchos de estos objetivos. La Edad de la Piedra Antigua se concebía en etapas. El período más antiguo, el del «impulso», representado por yacimientos al aire libre ubicados a lo largo de las cuencas de los ríos, se caracterizaba por pesados instrumentos sobre núcleo, las hachas de mano que habían sido descubiertas por Boucher de Perthes y que nos indicaban la gran antigüedad del hombre. La siguiente etapa del desarrollo cultural era el período llamado Musteriense o era de los «hombres de las cuevas», tipificado por instrumentos hechos sobre lascas y generalmente con retoques en un solo lado. Al Musteriense le seguían los períodos Auriñaciense, Solutrense y Magdaleniense (fig. 34), cuando los hombres vivían en cuevas y al aire libre, fabricaban instrumentos de piedra en forma de hojas y, además, usaban el hueso, el asta y el marfil, practicaban el arte y rituales definidos.<sup>14</sup>



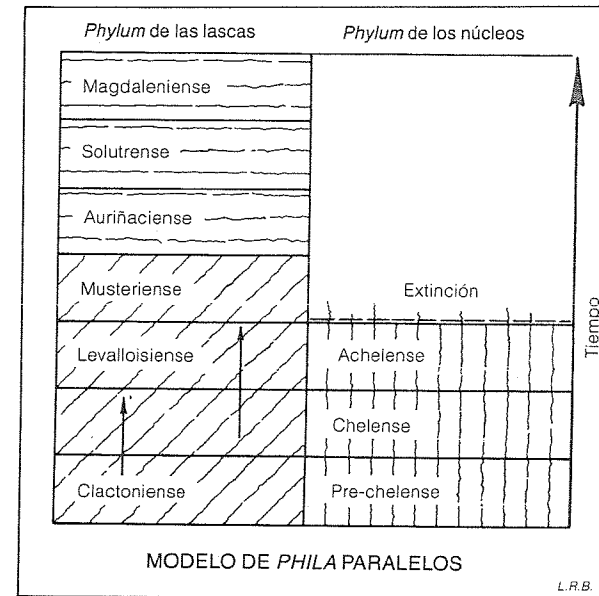


34. Modelo de evolución cultural tal como la concebían los prehistoriadores del siglo XIX y principios del XX. A la izquierda, aparecen los nombres de los períodos, y a la derecha los tipos de útiles más importantes en correlación con los períodos.

#### EL PERÍODO DE LOS «ARTEFACTOS» Y DE LOS «CONJUNTOS»<sup>15</sup>

Si la arqueología del Paleolítico Inferior se caracteriza por su preocupación por dilucidar en qué medida las antigüedades y monumentos son reflejo de los logros conseguidos por la humanidad, el siguiente período —de los «artefactos y conjuntos»— provocó un creciente interés por la clasificación de los artefactos y la descripción de los conjuntos, definidos como la suma de artefactos asociados que se suponía eran contemporáneos. El carácter de los conjuntos dependería de su pertenencia a grupos étnicos identificables. El espíritu de esta orientación fue acertadamente resumido por Gordon Childe en 1929, en la famosa introducción a su libro *The Danube in Prehistory*:

Encontramos ciertos restos —vasos, herramientas, adornos, lugares de enterramiento, estructuras de casas— que aparecen constantemente asociados. Al total de rasgos regularmente asociados lo llamaremos «grupo cultural» o simplemente «cultura». Asumimos que esta reunión de rasgos es la expresión material de lo que hoy llamaríamos un «pueblo».<sup>16</sup>



35. Modelo de *phyla paralelos* popularizado por los prehistoriadores a partir aproximadamente de 1930. Se pensó que los distintos grupos culturales, representados por tipos de útiles de piedra diferentes, podían ser en algunos casos contemporáneos y no sucesivos, según una secuencia evolutiva estricta, del tipo observado en la figura 34.

Evidentemente, la idea de la historia étnica no era nueva y había sido debatida, al menos desde principios de siglo, en contextos posteriores a la Edad de la Piedra Antigua.<sup>17</sup> En Europa existían diversas posturas teóricas respecto al papel de las *razas puras*, en oposición a lo que hoy llamaríamos *vigor híbrido*, en constante progreso. Había también diferencias de opinión respecto a la capacidad de la inventiva del hombre. Algunos estudiosos pensaban que el hombre era extremadamente conservador y que las innovaciones eran raras; otros, por el contrario, consideraban que si el hombre reaccionaba de manera similar ante los mismos estímulos podía esperarse que muchas invenciones fueran realizadas independientemente en momentos y lugares distintos. En general, aquellos que creían en la raza pura como soporte del progreso cultural veían al hombre como un ser no innovador y, por tanto, esperaban que las tradiciones culturales fueran muy estables y duraderas. Por otro lado, aquellos que tenían un punto de vista más liberal, consideraban al hombre como un ser relativamente creativo y creían que la cultura estaba sujeta a cambios, tanto desde el interior como a través de la difusión de ideas procedentes del mundo exterior; por tanto, defendían que era difícil considerar la evolución cultural como un fenómeno lineal.

Estos argumentos, juntamente con la aparición de diversas escuelas históri-

cas de interpretación, tuvieron poca incidencia en la investigación paleolítica porque el estudio de la Edad de la Piedra Antigua parecía demostrar que el progreso estaba en relación con las distintas etapas del crecimiento cultural. En otras palabras, se creía que los materiales empíricos podían confirmar las antiguas ideas evolutivas: los argumentos en contra de la evolución parece ser que fueron irrelevantes para los estudiosos del Paleolítico. Esta situación cambió, sin embargo, cuando a principios de los años treinta el abate Breuil<sup>18</sup> expresó la opinión de que a lo largo del extenso período de la Edad de la Piedra Antigua existieron simultáneamente *phila* paralelos (o en términos modernos, mayor número de tradiciones culturales). El impacto de las ideas de Breuil queda bien reflejado en una afirmación hecha en 1938 por Dorothy Garrod:

En el sistema antiguo, las culturas del Paleolítico aparecían como una sucesión lineal con divisiones horizontales claras, como ocurre en una sección geológica. Para los pioneros de la prehistoria estas culturas se desarrollaron lógicamente una a partir de la otra, en un movimiento ordenado ascendente, y se asumía que representaban etapas universales en la historia del progreso humano. En la actualidad, la prehistoria ha sufrido el destino de la mayoría de las partes integrantes del ordenado universo del siglo XIX. Nuevos conocimientos han dado una vuelta al calidoscopio y las piezas están todavía cayendo ante nuestros ojos asombrados. El esquema principal del nuevo modelo está empezando a aparecer. Podemos distinguir en la Edad de la Piedra Antigua tres elementos culturales de gran importancia. Se manifiestan en las llamadas industrias de las hachas de mano, industrias de lascas, industrias de hojas, y sabemos que las dos primeras, ya desde las épocas más remotas, siempre fueron contemporáneas, y estamos empezando a darnos cuenta de que los orígenes de la tercera pueden buscarse mucho más lejos de lo que habíamos sospechado. Sólo se necesita un momento de reflexión para ver que nos hallamos ante las antiguas divisiones del Paleolítico Inferior, Medio y Superior, pero con un nuevo eje director; debemos, con todo, ser cuidadosos y no hacer estas divisiones demasiado rígidas. De hecho, estas corrientes culturales no corren de manera paralela e independiente; una visión semejante de la historia humana sería absurdamente artificial. Se están constantemente encontrando y se influyen entre sí, e incluso, algunas veces, van juntas y producen una nueva facies.<sup>19</sup>

Este testimonio dado por uno de los historiadores británicos más eminentes demuestra claramente cuán revolucionarias eran las ideas de Breuil. Es interesante observar que, mientras duró la oposición a esta reinterpretación radical de nuestro pasado, los «*phila* culturales paralelos» (fig. 35) se convirtieron con bastante rapidez en el punto de vista ortodoxo. Además, Breuil elaboró su noción del pasado al sugerir que las tradiciones culturales independientes mostraban algunas distribuciones que contrastaban con la época y el medio ambiente:

...encontramos industrias bifaces alternando con industrias de lascas. Las lascas se dan antes y después de los momentos álgidos de frío y las bifaces en los períodos interglaciales. Parece razonable deducir que esta alternancia se debe a los movimientos de los grupos humanos que a medida que las condiciones glaciales avanzaban seguían a los animales que cazaban hacia el sur y el oeste.<sup>20</sup>

No tardó mucho en surgir una ecuación entre estas tradiciones opuestas y la creencia, entonces corriente, de que coexistieron formas diferentes de hombres antiguos:

Durante la primera parte de los tiempos Pleistocenos ... ocupaban el área dos razas diferentes. Primero aparecen industrias pertenecientes a una cultura de instrumentos de lascas (Cromeriense), más tarde, en el oeste, la cultura Chello-ache-lense, que proviene de África y pertenece a la civilización de instrumentos de núcleo, tomó la alternativa ... con la llegada del último máximo glacial los hacedores del *coup-de-poing* se retiraron de la escena y las culturas pertenecientes a la civilización de los instrumentos de lasca ocuparon todo el área.<sup>21</sup>

El punto de vista de que había una «tradicción de instrumentos sobre lasca» fabricados por formas *neoantrópicas* (de los homínidos ancestrales al hombre moderno) contemporánea a una tradición de instrumentos sobre núcleo producida por una forma *paleoantrópica* (que no formaba parte de nuestros antepasados inmediatos) era popular en los años treinta y cuarenta y aún se discutía ampliamente en los años cincuenta.<sup>22</sup>

En 1936, D. Peyrony amplió el razonamiento sobre los *phila* al Paleolítico Superior. Decía que lo que previamente se había considerado como Auriñaciense en el esquema de Mortillet debía ser visto como dos tradiciones culturales diferentes, el Auriñaciense propiamente dicho y el Perigordense.<sup>23</sup> Su argumentación fue ampliamente aceptada y sigue siendo la base para gran parte de la clasificación de los artefactos del Paleolítico Superior francés.<sup>24</sup>

#### EL ÁRBOL DE LA VIDA

Dar un nuevo enfoque más científico implica normalmente un cambio en los métodos y en las aproximaciones utilizados en la clasificación u ordenación de las observaciones. A este respecto, podemos decir que en el caso de los estudios paleolíticos, el trabajo de François Bordes (fig. 36) ha sido importante.<sup>25</sup> Este investigador desarrolló tanto un sistema —el más ampliamente adoptado— para clasificar instrumentos de piedra, como las técnicas para describir cuantitativamente los conjuntos. Sus resúmenes cuantitativos sobre las formas de los instrumentos de piedra encontrados juntos en niveles excavados se convirtieron en unidades básicas de comparación, y de su obra surgieron las sistematizaciones basadas en los conjuntos del registro arqueológico. Además, Bordes defendió que las *técnicas* empleadas en la fabricación de los instrumentos de piedra deberían tratarse independientemente de las *formas* reales de los instrumentos. El último atributo se manifestaba en rasgos tales como las relaciones entre la orientación de las lascas originales, las formas de los bordes retocados y su orientación respecto a la forma de la lasca sobre la que se habían fabricado los útiles. Al contrario de lo que se tenía en cuenta al estudiar los trazos en la herramienta consecuencia de su fabricación, las técnicas empleadas en la producción de las lascas estaban, según Bordes, condicionadas por el carácter de las materias primas disponibles en los diferentes lugares y, por tanto, eran de poca utilidad para reconstruir la historia cultural, para detectar la aparición de pueblos distintos o



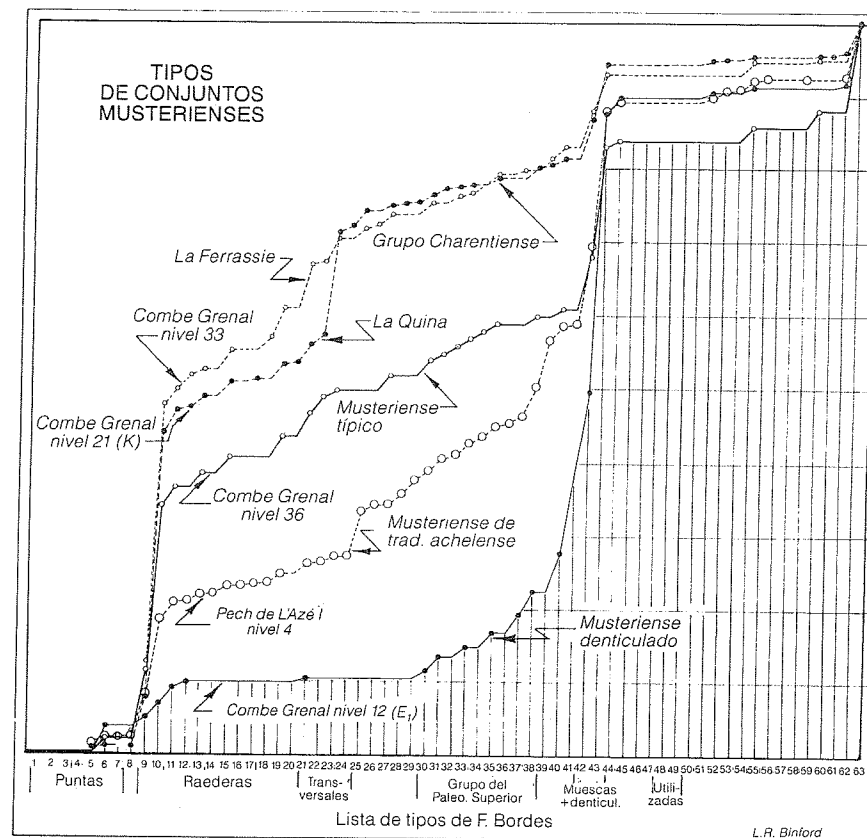
36. François Bordes durante su estancia en Australia, en 1974.

para estudiar la interacción social entre los grupos culturales diferenciados.<sup>26</sup>

Basándose en estos postulados, Bordes empezó por estudiar materiales excavados previamente e inició también una serie de excavaciones de largo alcance<sup>27</sup> que iban a cambiar considerablemente nuestros puntos de vista acerca del pasado. Teniendo como referencia su lista de tipos, clasificó todos los instrumentos recuperados en un mismo nivel arqueológico identificable. A partir de aquí, las frecuencias de los diferentes tipos de instrumentos podían resumirse mediante la confección de una gráfica acumulativa.<sup>28</sup> Al comparar las formas de las gráficas de los yacimientos del período Musteriense del Paleolítico Medio, Bordes distinguió lo que parecía ser una norma repetitiva (fig. 37): existían cuatro formas básicas representadas repetidamente y sólo unos pocos casos que podían considerarse ambiguos o intermedios. Los cuatro tipos del Musteriense reconocidos por Bordes pueden resumirse como sigue:

1. *Musteriense de tradición achelense*. El conjunto es generalmente reconocido por la presencia de hachas de mano, una cantidad moderada de raspadores laterales, muchos denticulados y muescas, y un número considerable de cuchillos de dorso rebajado. La forma característica de la gráfica es una curva baja.

2. *Musteriense típico*. Este tipo generalmente forma una gráfica en diagonal (debido a que la mayor parte de los tipos de instrumentos se presentan en proporciones aproximadamente iguales). Difiere del Musteriense de tradición



37. Gráfico en el que aparecen definidos los tipos de conjuntos musterienenses de Bordes. Los tipos de útiles aparecen enumerados en el eje horizontal. Un diagrama de los porcentajes acumulativos de cada tipo de útil hallado en un conjunto coincide generalmente con una de las cuatro categorías de formas más importantes. A partir de estos datos se entabló una controversia acerca del significado de estas cuatro curvas diferenciadas.

achelense principalmente en la escasez de hachas de mano y en una menor frecuencia de cuchillos de dorso rebajado y de otros tipos de instrumentos análogos a los ejemplares comunes del Paleolítico Superior.

3. *Musteriense con denticulados*. La distribución de este tipo normalmente comprende una gráfica baja y cóncava, debido a la escasez de raspadores y a la abundancia de muescas y denticulados. Las hachas de mano son raras o no aparecen; los raspadores son de factura deficiente; y los cuchillos de dorso rebajado son raros.

4. *Grupo charentiense*. El último grupo queda expresado mediante una gráfica alta y convexa. Dominan los raspadores, son poco frecuentes los denticulados y las muescas, mientras que las hachas de mano y los cuchillos de dorso rebajado son raros o están ausentes. Bordes reconoce dos subtipos en este grupo charentiense: a) el subtipo *La Quina*, en el que los raspadores son típicamente transversales y la técnica Levallois es rara o está ausente; y b) el subtipo *La Ferrassie*, caracterizado por la presencia de raspadores producidos sobre los bordes de las lascas y también por la frecuencia de la técnica Levallois.

En la terminología corriente, denominaría a los primeros estudios de Bordes como «trabajo de reconocimiento de modelos», porque, en ellos, el investigador definió y clarificó de manera ordenada las propiedades de las cosas que podía observar sistemáticamente. Hizo muchas observaciones sobre el registro arqueológico y reconoció una estructura en los datos.

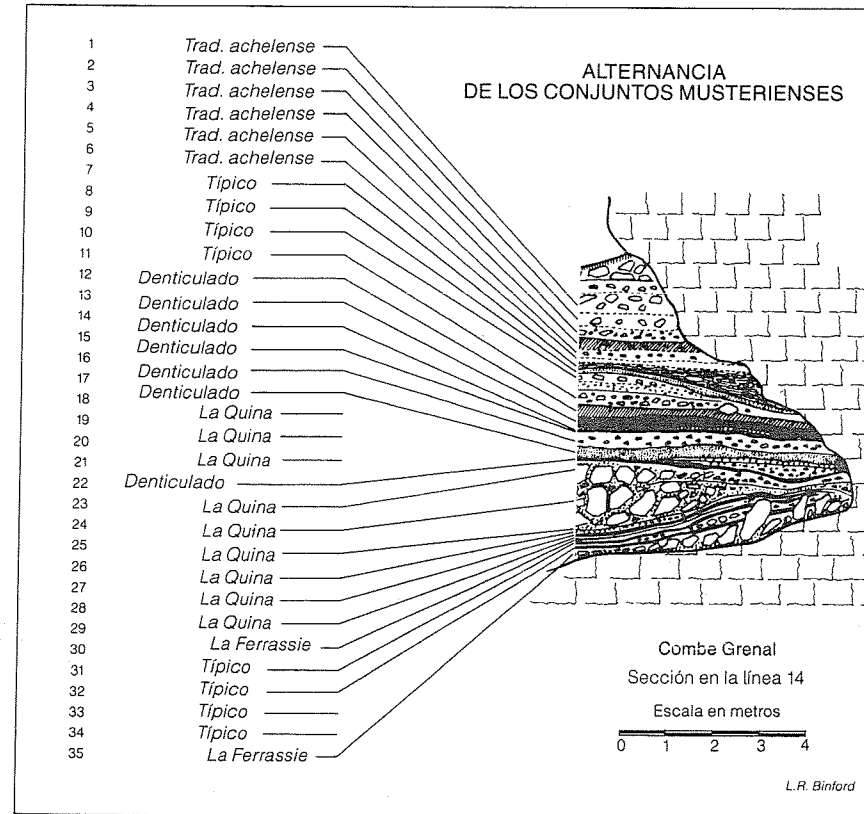
Lo que sorprendió a algunos arqueólogos fue la naturaleza de la normativa que empezaba a surgir de la aplicación de *La Méthode Bordes*.<sup>29</sup> Una observación previa (verificada y clarificada por la aplicación de los métodos de Bordes) permitía concluir que la secuencia estratigráfica de cambios en las formas de los conjuntos de instrumentos de piedra no era necesariamente direccional, ni parecía indicar esquemas de cambio graduales. Esto ya había sido observado para el Musteriense por Peyrony,<sup>30</sup> pero fue demostrado sin lugar a dudas por Bordes, en particular a través de sus excavaciones en el ahora famoso yacimiento de Combe Grenal.<sup>31</sup> Mediante la aplicación de sus técnicas, Bordes demostró a partir de los datos la existencia de tres aspectos diferenciales (fig. 38):

1. *Industrias alternativas*. En una secuencia estratigráfica extensa, con niveles de lechos sucesivos, un tipo de Musteriense (por ejemplo, el Típico) puede ser seguido en el tiempo por el Denticulado y posteriormente, en el nivel posterior, aparecer de nuevo un conjunto Musteriense Típico. En este modelo, cada uno de los tipos de conjuntos musterienenses mantienen su propia identidad a lo largo del tiempo, pero se alternan entre sí de maneras varias a través de secuencias particulares.

2. «*Phila*» paralelos. Al considerar la región como un todo, se observa que los diferentes tipos de Musteriense conservan su identidad a través de largos períodos de tiempo y coexisten como culturas reconocibles.<sup>32</sup> De ahí se desprende que cuando están ausentes en las secuencias de un yacimiento pueden aparecer representados en los modelos observados en algún otro yacimiento contemporáneo.

3. *Culturas persistentes*. La normativa descubierta por Bordes podía además ser descrita como indicativa de culturas persistentes, es decir, formas de organización behaviorística que presentan un registro arqueológico relativamente sin cambios a través de largos períodos de tiempo. Estos tipos de conjuntos diferentes tampoco se ven afectados por el contacto con otras culturas igualmente distintas, presentes en la misma área.

La visión del pasado que surgió de la utilización de los métodos de Bordes apoyaba la idea, propuesta por Peyrony y argumentada por el abate Breuil, que



38. Sección arqueológica del yacimiento musterienense de Combe Grenal, Francia, que pone de manifiesto la existencia de conjuntos alternativos.

defendía la existencia de diferentes líneas culturales que se remontaban a épocas muy lejanas.<sup>33</sup> Estas líneas o *phila* mantenían su integridad formal como hacen las especies biológicas y, por tanto, no eran capaces de mezclarse fácilmente con «especies» diferentes. La distribución de estas especies culturales avanzaba, retrocedía y volvía a aparecer en el espacio geográfico, quedando reflejada en los depósitos arqueológicos en forma de conjuntos que podían alternar con otros y, a través del tiempo, circular por la misma región. El concepto de los conjuntos como representantes de especies culturales ha sido considerado recientemente como el punto de vista *orgánico* del pasado:

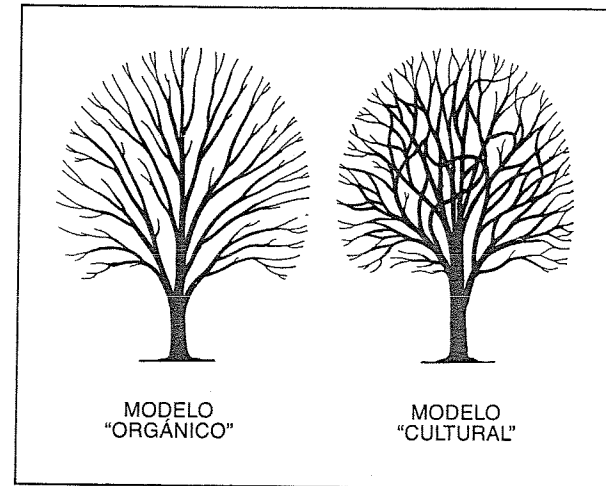
La historia cultural puede ser entendida y explicada en términos esencialmente *orgánicos*. Este concepto implica específicamente dos suposiciones no explícitas.

La primera hace referencia a la existencia de un paralelismo directo entre los mundos cultural y orgánico, de tal forma que podemos esperar encontrar una correlación entre la estratigrafía arqueológica y la natural. La segunda se refiere a que cualquier complejo cultural —como ocurre con cualquier complejo paleontológico— puede expresarse de forma más o menos constante. Esto último significa que las entidades culturales reconocidas en la sistemática arqueológica deben considerarse como categorías naturales que, como ocurre con las especies orgánicas, son inherentemente discontinuas y no modifican su forma de un contexto al siguiente. Ello implica que una tradición específica dará lugar a un único tipo característico de industria en el registro arqueológico, cualquiera que sea el período específico espacio-temporal.<sup>34</sup>

Las innovaciones de Bordes, a pesar de los logros importantes conseguidos al aplicar su método, por ejemplo, la estructuración del registro arqueológico con un nivel de exactitud nunca alcanzado hasta entonces, se han incorporado a una visión antigua del pasado y de la cultura en consonancia con el modelo biológico: el árbol de la vida, como lo ha llamado acertadamente A. L. Kroeber.

#### EL PRESENTE: UN CONFLICTO DE OPINIONES

La fragilidad del esquema desarrollado y puesto en práctica por Bordes (que implica refinadas técnicas de observación y descripción) nos indujo, a otros investigadores y a mí, a considerar que la visión del pasado defendida por nuestros colegas franceses (a la que estaban acomodando el registro arqueológico) entraba en conflicto con el concepto general de cultura desarrollado por los estudiosos americanistas en sus estudios sobre los pueblos primitivos actuales del Nuevo Mundo. Esta diferencia fue descrita por los investigadores americanos como un contraste entre el *punto de vista orgánico*, ilustrado por el árbol de la vida, y el *punto de vista cultural*, representado por el árbol de la cultura (fig. 39). El punto de vista cultural había sido establecido por los investigadores que estudiaban la distribución espacial de los rasgos y complejos existentes entre grupos étnicos y sociales conocidos, presentes en vastas regiones de América del Norte. Estas investigaciones permitieron, por ejemplo, establecer una estrecha correlación entre la distribución de formas culturales distintas y los tipos de medio ambientes,<sup>35</sup> pero los arqueólogos que trabajaban con los materiales estudiados según los métodos de Bordes negaban que de sus datos pudieran proponerse tales correlaciones.<sup>36</sup> Además, los antropólogos americanos habían tenido dificultades en diferenciar los límites regionales de los grupos sociales o étnicos.<sup>37</sup> La variabilidad existente entre tales unidades socialmente definidas no era constante y ello hacía prácticamente imposible el reconocimiento de grupos étnicamente distintos. Por el contrario, aquellos que mantenían el punto de vista orgánico consideraban la diferenciación étnica como una característica de los pueblos del pasado. En resumen, existía una oposición directa entre la visión de las culturas que subyacía en las técnicas del análisis arqueológico empleado por Bordes y la que se derivaba de las observaciones basadas en las distribuciones de los artefactos producidos por grupos étnicos actuales.



39. Comparación de las visiones del pasado según el punto de vista *orgánico* y *cultural*, en términos del «Árbol de la Vida». (Basado en Kroeber, 1948, fig. 18.)

Ante esta problemática se imponía una pregunta: ¿las condiciones existentes en la actualidad difieren tanto de las del pasado, o es que enfocamos la visión de este pasado de forma inadecuada? Era de vital importancia saber qué interpretación se había dado a las observaciones hechas en el registro arqueológico al utilizar los procedimientos de Bordes. Resumiendo, ¿qué es lo que la taxonomía de Bordes estaba midiendo realmente y qué es lo que se pretendía indicar al comparar la composición de los conjuntos de los diferentes yacimientos? En 1966, junto con Sally Binford, sugerí las condiciones que —de darse en el pasado— podían haber conducido a algunas de las regularidades observadas por Bordes.<sup>38</sup> En aquella época, nuestro trabajo se centraba en determinar la manera en la que el registro arqueológico se había formado, superando las contradicciones en su interpretación e identificando sus formas variables y su dinámica. Estos temas serán ampliados en el próximo capítulo.

La historia de la investigación, en el caso del Musteriense, es muy diferente a la de las controversias suscitadas sobre los orígenes del hombre primitivo (cap. 2) ya que, ante esta segunda problemática, la investigación fue rápidamente orientada hacia la interpretación del registro arqueológico en función de las condiciones que lo habían producido. El problema musteriense no era un problema de método, puesto que las técnicas empleadas por Bordes contaban con el beneplácito de la mayoría, que las consideraba muy sofisticadas y, por tanto, con los atributos suficientes para ser conceptuadas como *la* metodología. Los modelos establecidos a partir de la utilización de las técnicas de Bordes se con-

sideraban empíricos y, por consiguiente, no sometidos a cuestión. Los métodos que podían ser usados en apoyo de una interpretación del pasado no llegaron a cuestionarse, pues su correcta aplicación dependía de los datos disponibles. Había culturas persistentes e industrias alternantes: ¿cómo podía esto refutarse? A medida que el archivo arqueológico iba consiguiendo un nivel de documentación más complejo y riguroso, se hacía patente también el conflicto cada vez mayor existente entre la normativa y el problema de la naturaleza de la variabilidad cultural. Sólo cuando, a través de los procedimientos descriptivos desarrollados por Bordes, se hizo «hablar» al registro arqueológico, se evidenció el conflicto, previamente oculto, existente entre el concepto de cultura que orientaba los métodos de Bordes, por un lado, y los conceptos derivados de las descripciones de la cultura material de los indios americanos, por el otro. El reconocimiento de la existencia de diferencias fundamentales en las suposiciones acerca del registro arqueológico, así como respecto a la cultura misma, fue impulsado por la aparición del problema musterense.

La discusión acerca del hombre primitivo se ha visto rodeada de una cierta teatralidad, que ha propiciado multitud de argumentaciones y para algunos ha sido la ocasión de «irse por las ramas»; sin embargo, la investigación sobre el problema musterense ha transcurrido por cauces relativamente tranquilos. Con todo, es muy probable que este último problema afecte de forma considerable a la arqueología en general, porque la controversia musterense nos ha llevado a tener que cuestionar las ideas básicas, aquellas relacionadas con la verdadera naturaleza de la cultura.

## 5. UNA ODISEA ARQUEOLÓGICA

### DESCUBRIENDO EL PASADO

Aquellos que iniciamos nuestros estudios de arqueología a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta fuimos educados de una manera bastante convencional. La mayoría de nuestros profesores empleaban su tiempo intentando resolver problemas cronológicos mediante el estudio de las variaciones en las formas de los artefactos y en las diversas maneras de ordenación secuencial del material, generalmente sin ayuda de la información estratigráfica correspondiente. De este modo, la mínima enseñanza arqueológica que recibimos, tanto yo como otros estudiantes de mi edad, implicaba el hecho de aprender a comparar conjuntos de objetos y distribuirlos en series, con la esperanza de que tales series reflejarían de alguna manera el paso del tiempo. Se hacía hincapié en la seriación (sobre la estratigrafía), porque estaba ampliamente extendida —al menos en el Este de Norteamérica— la creencia de que los depósitos con estratigrafía eran escasos o ni siquiera existían.<sup>1</sup> La metodología arqueológica se ocupaba casi exclusivamente de problemas de cronología.

La causa del cambio de estos esquemas, que nos condujo a algunos de nosotros a no conformarnos con lo establecido, fue la invención y aplicación de la datación por radiocarbono. Pensábamos que el C14 resolvería, de una vez por todas, gran parte de los problemas cronológicos a los que nuestros profesores habían dedicado tanto esfuerzo. Y si estos problemas podían, en parte, resolverse, sería posible entonces utilizar los restos arqueológicos desde un aspecto más económico.<sup>2</sup> Es decir, si los estudios arqueológicos sobre los instrumentos de piedra, la cerámica u otros artefactos habían servido únicamente para resolver problemas cronológicos que ahora podían dilucidarse mediante el simple análisis de restos de carbón, ¿qué debía hacerse con todos los artefactos?: debía poderse extraer *otro* tipo de información.<sup>3</sup> La nueva vía, abierta mediante la datación por radiocarbono, no era el único camino; también eran importantes otras técnicas de datación (tales como la dendrocronología), el renovado interés por la geología y el reconocimiento de que en América del Norte *existían* algunos yacimientos con buenas estratigrafías. Nuestra respuesta a todos estos cambios fue el empezar a buscar la manera de conseguir nueva información acerca del pasado y sobre otros temas, además de la cronología.

Mirando retrospectivamente, creo que gran parte del trabajo llevado a cabo en aquellos días estaba guiado por una estrategia mayoritariamente inductiva. Nuestro razonamiento era que si queríamos conocer el pasado de forma distinta

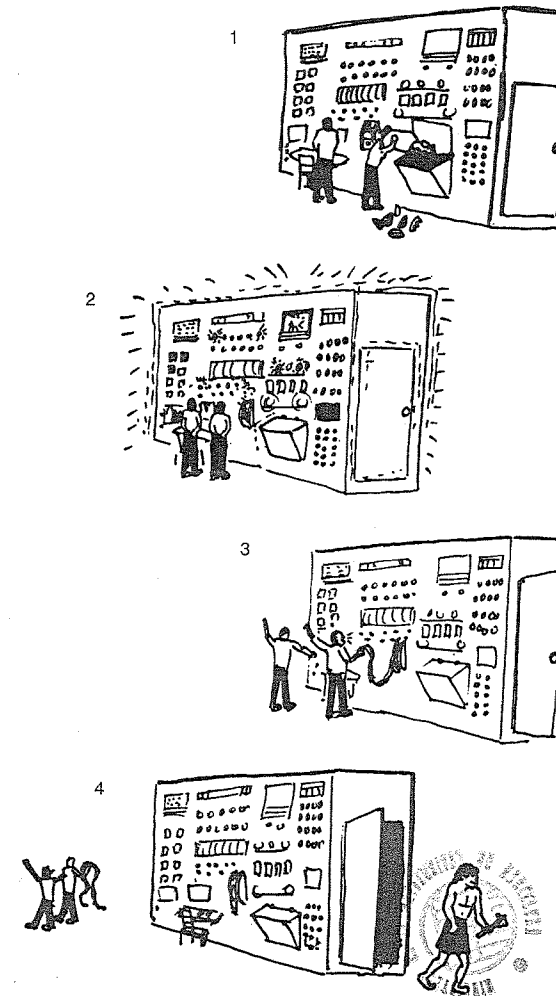
debíamos poner en práctica nuevas maneras de observación: tal como ha demostrado la invención del microscopio, si se consigue una nueva forma de ver se podrán observar numerosos hechos y, en principio, estos nuevos hechos nos remitirán a nuevos tipos de fenómenos. Ésta era nuestra idea y así empecé a trabajar, por ejemplo, en las prácticas mortuorias.<sup>4</sup> A su vez, y aunque ello parezca ahora chocante, por entonces escaseaba el trabajo experimental llevado a cabo con utensilios de piedra por americanos: John Witthoft era el único arqueólogo americano de la generación anterior a la mía que había realizado algún tipo de experimentación sobre la manufactura de los útiles de piedra.<sup>5</sup> Comencé a intentar considerar las asociaciones líticas en términos de secuencias restringidas, examinando los artefactos a lo largo de toda su trayectoria, desde la materia prima hasta la producción de utensilios acabados.<sup>6</sup> Estimulado por el trabajo de Witthoft procuré poner en práctica las técnicas de análisis de restos líticos.<sup>7</sup> Tales intentos no eran sino una búsqueda de nuevas formas de observación, de maneras de aislar nuevos tipos de datos a partir del mismo material. Por aquel entonces nunca pensábamos en preguntar «¿cómo dar sentido a lo que vemos?»; observábamos únicamente para ver cosas nuevas. Creíamos que de alguna manera «conoceríamos» sus significados.

Fue en este contexto cuando comencé a escribir sobre el muestreo en arqueología<sup>8</sup> y acerca de las aplicaciones posibles de la probabilidad y la estadística en la excavación y en los análisis de los materiales arqueológicos. Pero, tal como se puso de manifiesto, me vi envuelto en dos tipos de problemas nuevos mucho más importantes. El primero de ellos era el tema de los orígenes de la agricultura,<sup>9</sup> un viejo problema que los arqueólogos hacía tiempo que discutían. Se trataba esencialmente de una cuestión de interpretación: ¿cómo y por qué ocurrió? En el capítulo 8 trataré este tipo de problema y daré mi opinión sobre cómo podría resolverse.

El otro problema giraba en torno a postulados diferentes: concernía al significado que debía darse a la variabilidad en el registro arqueológico y, específicamente, a la variabilidad aislada en las industrias del Musteriense europeo por François Bordes (cap. 4). Éste era un tema que se hizo familiar a principios de los años sesenta y lo traté en profundidad antes de decidirme a publicarlo, pues consideraba que era un tipo de problema totalmente nuevo. El debate *no* era acerca de la naturaleza del registro arqueológico. La mayoría de nosotros conocíamos los datos arqueológicos, los yacimientos y lo que en ellos se había encontrado; confiábamos en Bordes y no discrepábamos de su tipología. Lo que nos cuestionábamos era algo distinto: el *significado* del modelo que residía en el registro arqueológico. Con anterioridad al surgimiento del problema musterienense, este tipo de dificultad no había sido afrontado con toda equidad (o al menos en mis estudios sobre enterramientos, piedras talladas, etc.). En la actualidad, puedo ver que la mayoría de argumentaciones que aprendí como estudiante versaban sobre la interpretación convencional de los hallazgos arqueológicos. Alguien podía decir, por ejemplo: «He encontrado un yacimiento en X y un yacimiento en Y, ambos de la misma época, por tanto debe existir otro en un punto intermedio, en Z»; entonces otra persona podía replicar: «No, no creo que exista otro en Z». Casi todas las conversaciones y discusiones en las que participé eran de este tipo, interesadas en el *carácter* del registro arqueológico.

El tema musterienense, al menos tal como yo lo concebía, consistía en algo muy distinto.

Así, y a pesar de que había reconocido esta distinción, intenté todavía encontrar una solución al problema a través del descubrimiento de técnicas. Sabía que nuevas excavaciones no resolverían el problema y, por otra parte, consideraba posible obtener una solución analizando de manera diferente el material existente. Así, empecé a investigar lo que ahora denomino «técnicas de reconocimiento de modelos», utilizando para ello técnicas multivariadas (fig. 40) que nos ayudaban a aislar y reconocer modelos que de una manera y otra eran inherentes a los datos del registro arqueológico.<sup>10</sup> Estaba satisfecho con la estrategia empleada en el reconocimiento de modelos que empezamos a aplicar a principios de los años sesenta, no únicamente a los hallazgos musterienenses sino también a muchas otras áreas: Bob Whallon, Henry Wright y otros utilizaban e in-



40. Respuesta inicial de Bordes al argumento *funcional* para explicar la variabilidad de los conjuntos en el Musteriense. El proceder seguido por los Binford es simple: ¡verter los útiles de piedra en un extremo del ordenador y el hombre Neandertal saldrá por el otro! (Caricatura realizada por Pierre Laurent que apareció en la contraportada de una publicación de Sonneville-Bordes, 1966.)

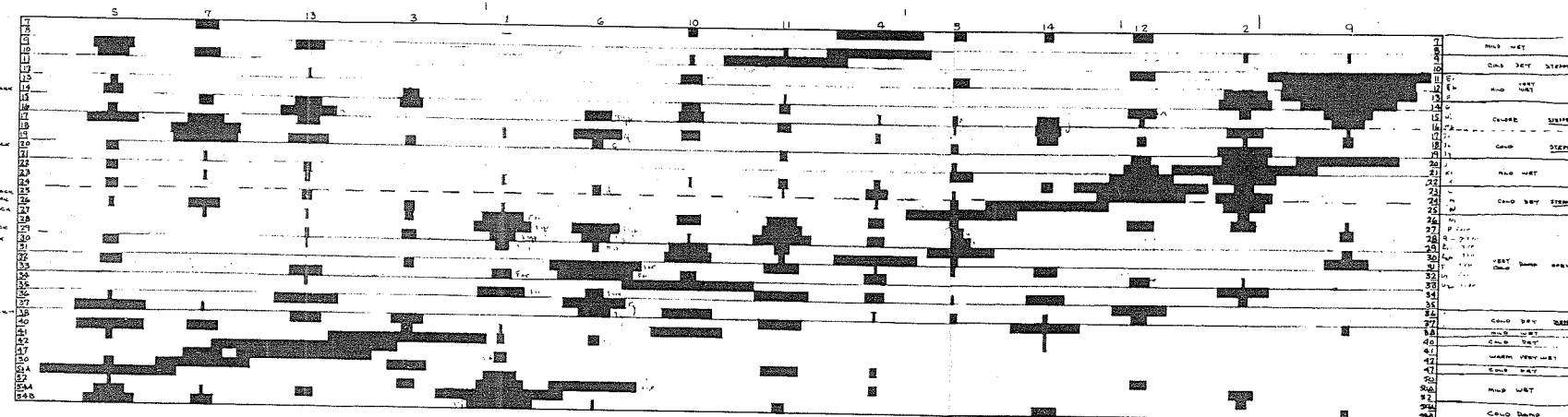
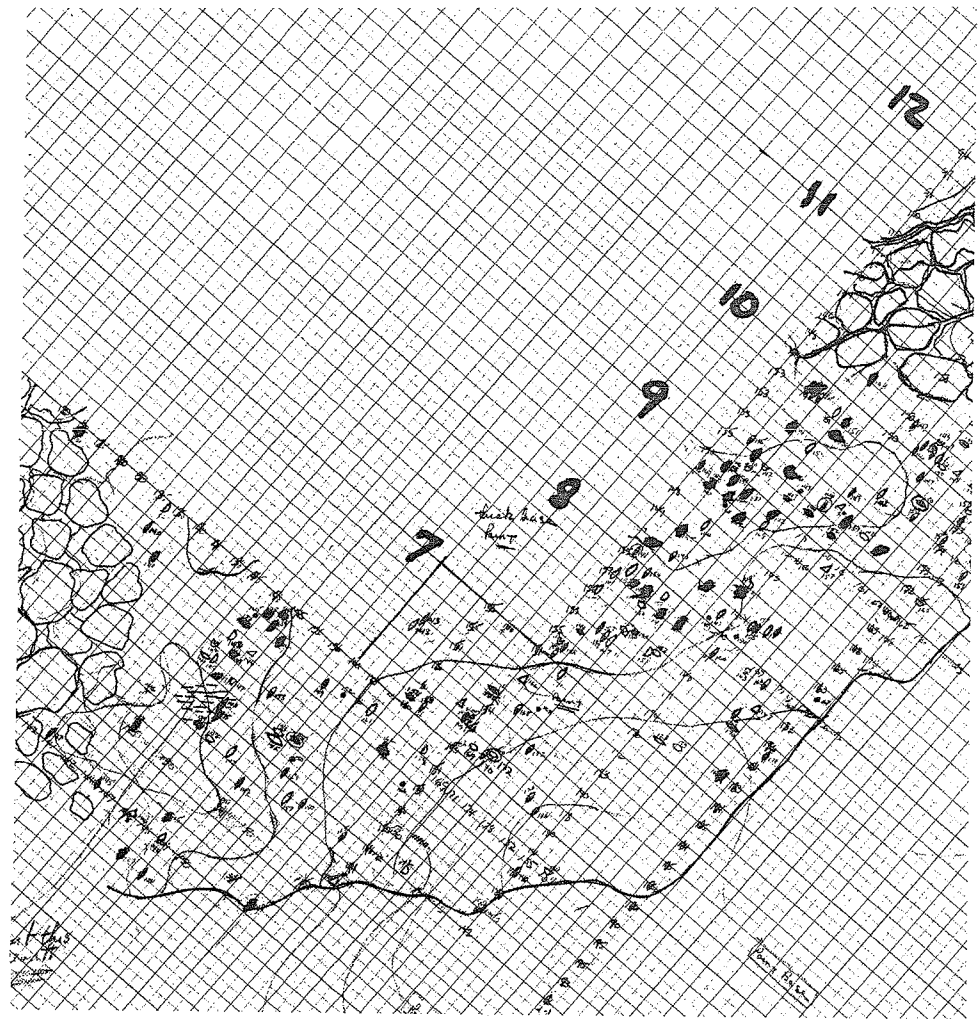


vestigaban estas aproximaciones en una amplia variedad de material arqueológico.<sup>11</sup> Pero el problema principal no desapareció, sino que se hizo más acuciente.

#### LOS DATOS NO HABLAN POR SÍ SOLOS

En 1967 recibí fondos<sup>12</sup> para trasladarme a Europa durante un año con la finalidad de trabajar más estrechamente con Bordes, en Burdeos. Mi programa de investigación era el siguiente: si no podíamos estudiar directamente las piedras talladas, quizá podríamos, en cambio, estudiar, en suelos arqueológicos excavados,<sup>13</sup> los restos faunísticos y las distribuciones horizontales tanto de la fauna como de las piedras talladas. En tal caso sería posible relacionar la variabilidad de los objetos líticos con otras características de los yacimientos arqueológicos en cuestión, características que hasta entonces no habían sido estudiadas sistemáticamente. Mi razonamiento era que diferentes tipos de actividad debían haberse combinado de formas distintas para producir estas asociaciones y, por tanto, existiría por lo menos cierto tipo de correlación entre algunas actividades y determinados subproductos de los restos de consumo de alimentos (por ejemplo, huesos de animales); igualmente, debía existir algún tipo de relación entre los diversos utensilios relacionados con la obtención, elaboración y consumo de animales. En Francia trabajé durante un año en la identificación de todos los útiles de piedra y huesos de animales, procediendo a su registro y teniendo en cuenta la parte anatómica y el modelo de fractura (figs. 41 y 42).

A partir de aquí se produjo el primero de una serie de desengaños. En los casos en que los yacimientos habían sido excavados, cada utensilio de piedra se había computado mediante el empleo de coordenadas espaciales tridimensionales, de manera que podían ser registrados horizontal y verticalmente para reconstruir su distribución en las superficies de tierra del pasado; los huesos, en cambio, habían sido recogidos por niveles. Y aunque la cualidad de los datos era considerable, no era suficiente como para permitirme analizar todas las informaciones con el mismo mecanismo. Era, pues, posible establecer correlaciones entre el total de conjuntos faunísticos y el total de conjuntos líticos, aunque



41, 42. Ejemplos de las hojas de trabajo empleadas en 1968, Francia, en el estudio del yacimiento de Combe Grenal. La 41 nos muestra un fragmento de la planta del nivel M. La 42 representa el gráfico que resume el análisis factorial de los conjuntos de útiles de Combe Grenal en relación con las medidas independientes del cambio ambiental.



no sucedía lo mismo con la distribución de los huesos y las piedras en cada uno de los niveles excavados. Pese a ello, llevé a cabo sucesivos estudios de correlación, en tal número que necesité un enorme baúl de acero para transportar todos mis papeles a los Estados Unidos. Puedo hablar de correlaciones entre cualquier par de utensilios-tipo del Musteriense, entre utensilios y huesos, entre huesos y líneas de circulación de agua en cuevas, es decir, prácticamente entre cualquier tipo de datos. Evidentemente descubrí muchos datos nuevos en los que nadie había reparado anteriormente, pero ninguno de ellos hablaba por sí solo, como tampoco lo hacían los datos iniciales. Al producir más y más datos y al detectar más y más modelos, había ampliado únicamente el alcance del problema sin conseguir soluciones. Ninguna de las correlaciones proporcionó suficiente información como para indicarnos la razón de su existencia: simplemente estaban allí, en el registro arqueológico, como modelos complejos de asociación estática.

Es importante constatar que a partir de tal *cantidad* —no *escasez*— de información empecé a vislumbrar que las aproximaciones llevadas a cabo presentaban serias dificultades de explicación. Ninguna de ellas bastaba para indicarme el tipo de asociación más adecuado que debía realizar con cualquiera de aquellos datos. Mi baúl metálico era tan grande y pesado que decidí volver a casa en barco y, durante el viaje de 5 días desde Le Havre a Nueva York, tuve la oportunidad de realizar algunas reflexiones desconsoladoras. Todo el proyecto era obviamente un fracaso total. ¿En qué había fallado?, ¿qué había dejado de hacer?, ¿sería quizá simplemente que los arqueólogos no pueden aprender nada acerca del pasado?, ¿dónde me había equivocado?

Todavía conservo en casa un pequeño cuaderno de notas en el que escribí una serie de deducciones lógicas de mis pensamientos a partir de algunos conceptos fundamentales: una especie de *autorreflexión*. (Muchos de estos pensamientos han sido incorporados en el capítulo I.) El primer encabezamiento reza: «¿qué es el registro arqueológico?». Debajo escribí: «el registro arqueológico es estático», y a continuación una serie de apuntes en el sentido de que (excluyendo los gusanos) no hay nada dinámico en el registro arqueológico. En realidad, lo que nos interesa del pasado es la dinámica, es decir, qué hacía la gente, cómo vivían y si competían o colaboraban. Éste es el problema básico y fundamental, no exclusivo del período Musteriense, sino endémico de la arqueología: ¿cómo podemos realizar inferencias dinámicas a partir de datos estáticos? Más abajo se puede leer en mis apuntes: «el registro arqueológico es contemporáneo; existe en la actualidad y cualquier observación que realice acerca de él es una observación del presente». Pero, sin embargo, lo que nos interesa como arqueólogos es el *pasado*. Todo ello me sugiere que los arqueólogos nos encontramos entre los seres más optimistas del mundo. Excepto en caso de que conozcamos las articulaciones necesarias y determinantes que se dan entre causas dinámicas y consecuencias estáticas, ¿cómo podemos justificar una inferencia realizada de unas a otras? El aspecto dinámico del pasado hace tiempo que desapareció.

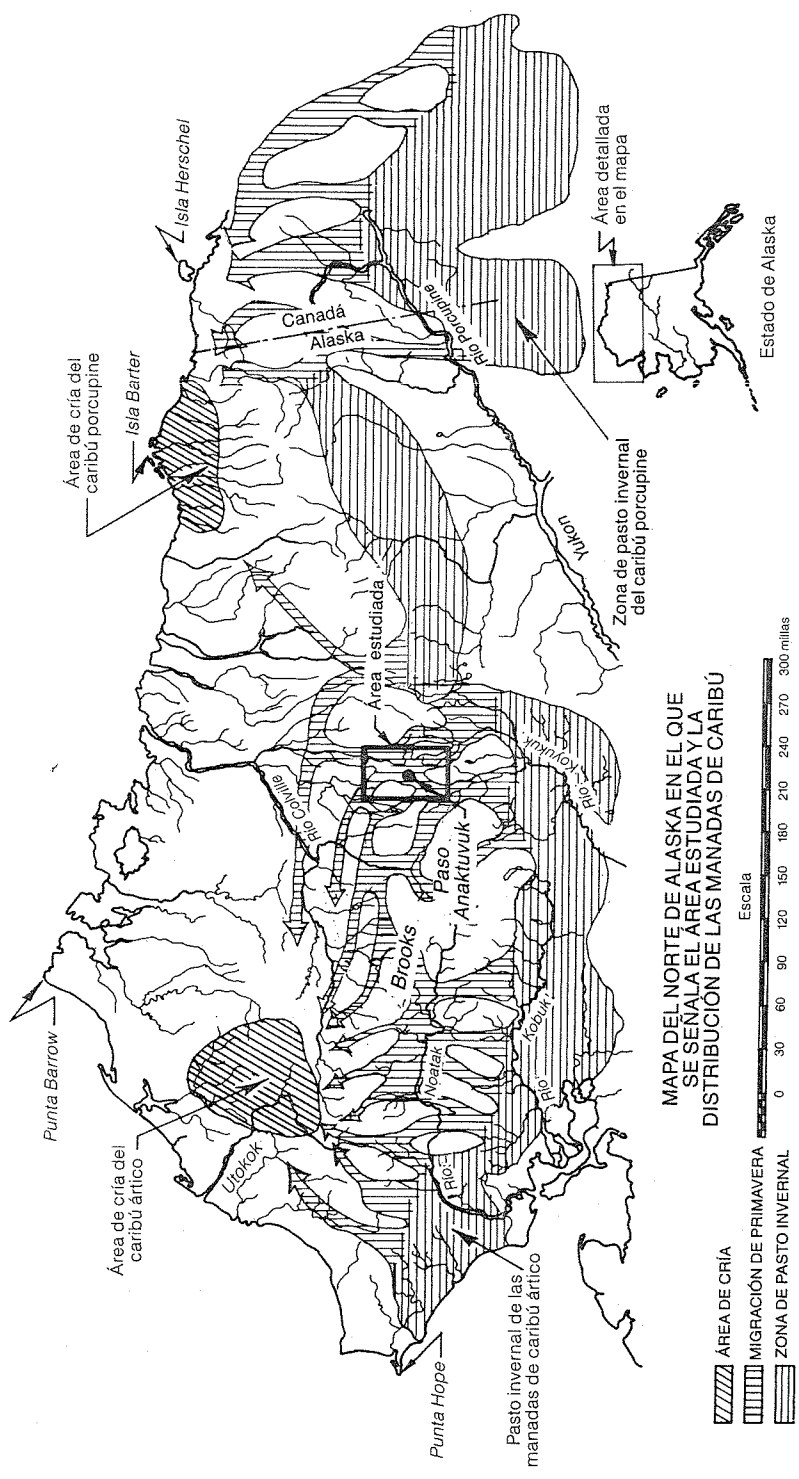


43. Una joven esquimal nunamiut con su abrigo con capucha (bordeada ésta con una piel de carcajú) y un manto coloreado por encima; Paso Anaktuvuk, Alaska, 1971.

#### ¿OFRECE EL MUNDO CONTEMPORÁNEO UNA SOLUCIÓN?

Antes de desembarcar en la ciudad de Nueva York, en vísperas del Año Nuevo de 1969, ya tenía algunas de las respuestas a estos problemas, al menos en mi pensamiento. Preparé un plan de investigación para desplazarme al Ártico en la primavera de 1969, con la finalidad de convivir con un grupo de esquimales cazadores. Las razones de este viaje eran algo más concretas y tenía muchas probabilidades de que se tratara de una experiencia muy positiva. Si alguna vez era capaz de realizar inferencias correctas de los datos arqueológicos, estaba convencido de que previamente debía entender la dinámica de los sistemas actuales y estudiar sus consecuencias estáticas.

Los esquimales eran mi oportunidad por diversas y buenas razones. En primer lugar, en Burdeos había estudiado los huesos de reno hallados en los yacimientos musterrienses hasta tal extremo que creí que nunca más desearía volver a encontrarme ante ellos, pero ahora tenía la oportunidad de estudiar un grupo humano vivo que todavía cazaba aquel animal objeto de mis investigaciones



L.R. Binford

44. Mapa del norte de Alaska en el que aparece indicada la ubicación del Paso Anaktuvuk y la distribución de las manadas de caribúes.



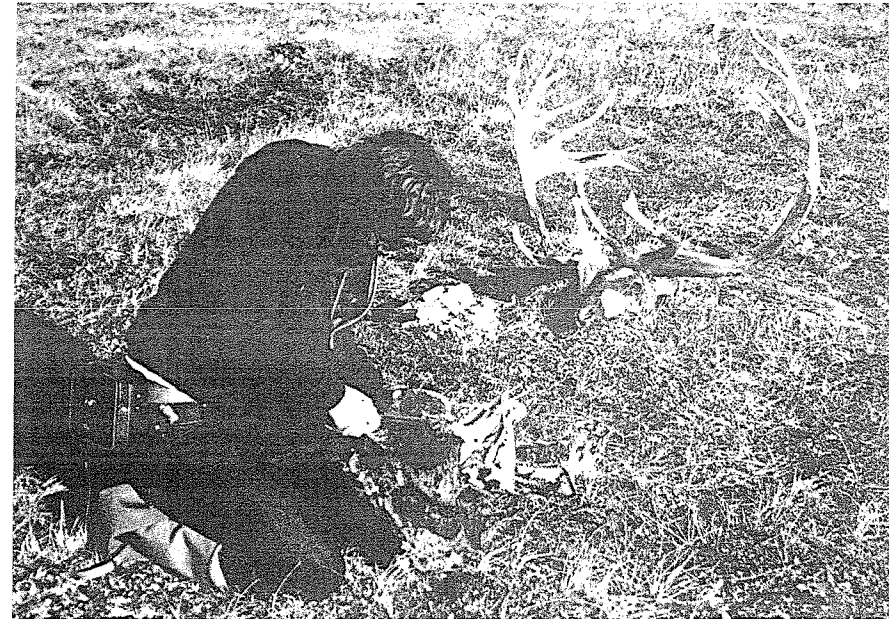
45. Zacharias Hugo desollando un caribú en el Paso Anaktuvuk durante la migración de primavera. (Foto cedida por Robert Rausch.)

46. Panorámica desde el norte del poblado esquimal del Paso Anaktuvuk (en dirección sureste) del valle Anaktuvuk. Alaska, primavera de 1971.



(figs. 43 a 46). En segundo lugar, era posible estudiar un grupo que dependía casi enteramente de la caza, algo que no es fácil encontrar en la actualidad. En tercer lugar, su medio ambiente era ártico y, por tanto, semejante al existente en los yacimientos franceses que había tenido oportunidad de conocer (en ellos se hallaron algunos pólenes arbóreos que indicaban un paisaje de bosque). En resumen, había llegado a la inevitable conclusión de que la única posibilidad de desarrollar métodos arqueológicos de inferencia era a través del estudio de pueblos contemporáneos vivos, o mediante la práctica de la arqueología en situaciones cuyo componente dinámico estaba documentado históricamente. Consideraba que la «etnoarqueología», la «arqueología experimental» y los «yacimientos arqueológicos históricos» eran la única oportunidad que teníamos para desarrollar y perfeccionar los métodos de inferencia que trataban de los conjuntos de artefactos hechos por el hombre. Después de todo, el trabajo llevado a cabo en la física experimental había dado como resultado las técnicas de datación por radiocarbono, técnicas que no pueden considerarse arqueológicas en sentido estricto, pero que son de gran utilidad para los arqueólogos. Por otra parte, estas

47. Equipo participante en la campaña de 1969 en el lago Tulugak, Alaska. De izquierda a derecha: Richard Workman, Charles Amsden, Don Campbell y Lewis Binford.



48. Dan Witter recogiendo huesos de un escondrijo esquimal de carne durante la campaña de 1972.

tres aproximaciones podían resultar útiles para desarrollar un cuerpo de inferencias aplicables a la arqueología, aunque éste no era nuestro propósito inicial.

Pasé varias temporadas, en el período de tiempo comprendido entre 1969 y 1973 (figs. 47 y 48), practicando etnoarqueología en el Ártico (caps. 6 y 7), muchos de cuyos resultados están publicados en mi libro *Nunamiut Ethnoarchaeology*.<sup>14</sup> Gran parte de esta investigación se centraba en la explotación animal y en los análisis faunísticos, pero quería también dedicarme de nuevo y de manera más directa a los problemas derivados de la interpretación de conjuntos líticos. Así, en 1974, me dirigí a Australia<sup>15</sup> para trabajar con algunos grupos aborígenes que todavía fabricaban útiles de piedra (cap. 7). Una consecuencia de este trabajo fue el despertar de mi antiguo interés por los orígenes de la agricultura (cap. 8). La experiencia de campo con cazadores y recolectores actuales me convenció de que, si queremos conseguir modelos y explicaciones válidos acerca de los orígenes de la agricultura, debemos conocer con precisión el grado de variabilidad ecológico, económico y social existente en la organización de los pueblos cazadores y recolectores; después de todo, dependía de este grado de variabilidad que operaran algunos tipos de fuerzas selectivas dando lugar a nuevos tipos de producción que incluían la agricultura y la domesticación de animales. Ello me llevó, en 1971, a iniciar un proyecto de largo alcance con la finalidad de acumular información etnohistórica y etnológica comparativa acerca del mundo de los cazadores y recolec-

tores, centrándome en cómo incidían los factores ambientales en su organización.

Tres han sido, por tanto, los temas centrales de mi investigación a lo largo de los años sesenta: primero, el estudio metodológico de los conjuntos de huesos de animales (cap. 2); segundo, la organización espacial de los restos de actividad y la estructura de los yacimientos arqueológicos (caps. 3, 6 y 7); y tercero, estudios comparativos globales de cazadores y recolectores. Los tres temas se relacionan directamente con los dos problemas mencionados anteriormente: los orígenes de la agricultura y el problema de la variabilidad en el Musteriense. El interés por los períodos antiguos es consecuencia de mis estudios faunísticos.

#### EL ABSURDO Y LA NUEVA ARQUEOLOGÍA

Aquellos que están familiarizados con la literatura arqueológica de los últimos quince años habrán observado, sin duda, algo raro en la cronología del programa de investigación que acabo de enunciar. Uno de los hitos en el desarrollo de la llamada «Nueva Arqueología» fue la publicación en 1968 del volumen de ensayos titulado *New perspectives in Archaeology*. Dicha obra causó cierto impacto y generó, a principios de los años setenta, gran número de discusiones. La mayoría de ideas y estudios de mis colegas y discípulos, insertos en este volumen, se remontan a principios de los años sesenta, a un momento anterior a la realización de mi viaje a Francia para estudiar el Musteriense. La publicación del libro coincidió aproximadamente con el momento de máximo alejamiento de mi trabajo en lo que respecta a una investigación orientada metodológicamente: tan pronto como éste apareció di un giro de 90° y enfoqué mi investigación en otra dirección. Mientras realizaba trabajos de campo, o analizaba los resultados, intenté evitar muchas de las ideas imperantes en la literatura arqueológica de los años setenta. Me mantuve al margen y observé con atención algunos de los temas y razonamientos que yo mismo o mis colegas habíamos introducido desordenadamente y que, en ocasiones, habían seguido direcciones que nunca creí que pudieran tomar.<sup>16</sup> Por tanto, quizá sea apropiado considerar brevemente cómo contemplaba la relación existente entre mi programa de investigación y la evolución seguida por la Nueva Arqueología, en Estados Unidos, durante los años setenta.

Empecé a tratar la lógica de la filosofía de la ciencia en relación con la investigación arqueológica en un artículo publicado el año 1967.<sup>17</sup> Por aquella época, intentaba simplemente establecer una opinión negativa, un argumento *contrario* a determinados puntos de vista acerca de la interpretación del registro arqueológico que eran corrientes por aquel entonces. Mi supuesto era que cuando uno considera un cuerpo de datos arqueológicos y dice: «esto es lo que significa en términos históricos», está haciendo una inferencia. La única estrategia apropiada, y que consideraba viable para evaluar una idea previa, consistía en deducir sus consecuencias aplicándolas a otras condiciones empíricas que pudieran darse en el mundo. Se presuponía, por tanto, que existían ya algunas ideas acerca del pasado.

El problema estribaba en que ciertos arqueólogos siguieron esta línea de razonamiento mediante una pequeña incursión en la literatura del positivismo ló-

gico, proclamando después que todos debíamos investigar siguiendo principios deductivos. ¡No entiendo ni entenderé nunca esta sugerencia! Creo que el modo en que investigamos estriba en observar datos, reconocer modelos, tener intuiciones o ideas brillantes, o simplemente revivir viejas nociones ya gastadas pero que sobrevivieron durante años; pero, vengan de donde vengan las ideas, intentamos dar sentido a lo que vemos. Para ello debemos utilizar una lógica que se centre en las implicaciones de nuestras ideas en el mundo real. Éste es el importante papel del razonamiento deductivo. Debe hacerse hincapié, sin embargo, en que ello no significa que se trate de la forma primera de obtener ideas, ni que deba usarse una forma deductiva, en lo que se refiere a observaciones *per se*, en lugar de llevar a cabo una evaluación de las ideas. Como ejemplo de la confusión existente en este sentido, citaré un plan de investigación que tuve ocasión de evaluar, por encargo de la National Science Foundation, a principios de los años setenta. Los autores del plan postulaban que realizaban su investigación arqueológica siguiendo el «método lógico-deductivo». Intentaban examinar un valle fluvial determinado. Su hipótesis era que existían campamentos a lo largo de los diques y a partir de este hecho deducían que deberían encontrarse artefactos en dichos diques. El trabajo de campo propuesto pretendía probar esta hipótesis. Evidentemente, ello era una completa tontería, ya que se trata de una proposición relativa al carácter del registro arqueológico que, de ser correcta, únicamente nos informará acerca del criterio acertado de su autor.<sup>18</sup> Por poner un ejemplo, supongamos que lanzo la hipótesis de que este libro tiene una anchura de 15 cm y una vez comprobado con una regla se demuestra que, efectivamente, mide 15 cm. El hecho de que tenga razón no supone ningún tipo de implicaciones intelectuales, únicamente evidencia mi habilidad para reconocer la anchura de los libros. El razonamiento deductivo sólo es importante si se emplea para evaluar algunas implicaciones intelectuales derivadas o deducidas de un cuerpo de ideas, de un razonamiento. Las proposiciones empíricas, citadas en los ejemplos que acabo de proponer, nunca contienen tales implicaciones.

Éste es un aspecto de la Nueva Arqueología que permanece algo confuso y creo que la forma en que fue presentado y argumentado, en la mayoría de la bibliografía arqueológica americana, ha sido contraproducente. Sería el último en negar la importancia del razonamiento deductivo, y aunque probablemente tenga que asumir parte de la culpa por los pobres argumentos sobre la deducción y la contrastación de hipótesis que privaban tanto en los años setenta, me gustaría creer que no soy del todo responsable.

También requieren algunos comentarios los aspectos sociológicos de la arqueología americana, confusos y algo desagradables a causa de los trastornos acaecidos en los años sesenta. Supongo que también debo aceptar mi parte de responsabilidad al respecto ya que —según comentó una vez Albert Spaulding— soy el nuevo arqueólogo más viejo de la ciudad. A principios de los años sesenta me apunté algunos tantos en los debates mantenidos con mis colegas y compañeros arqueólogos. Fueron nuestros «oponentes», y no nosotros, los que acuñaron el término de «Nueva Arqueología». Robert Braidwood llegó incluso a considerarla una religión. El resultado fue que muchos arqueólogos jóvenes, influidos por algunos éxitos de los años sesenta, creyeron que debían definir un tipo



de arqueología todavía nueva: arqueología del comportamiento, arqueología social, astroarqueología, etc. Mucho tiempo y energía se han gastado en los últimos años argumentando acerca de estos nuevos «campos». Personalmente, he intentado evitar tales debates, ya que no contienen propuestas serias dentro de una disciplina científica, sino que más bien representan una forma de postura sociológica dentro de la organización de la arqueología americana. En realidad, han sumido a la literatura arqueológica en una confusión, especialmente por parte de aquellos que no están implicados en la arqueología de América. Éste es un aspecto de la Nueva Arqueología del que me gustaría distanciarme.

#### PUNTUALIZACIONES FINALES

Éste es, en pocas palabras, el camino que ha seguido mi investigación durante las dos últimas décadas, un camino a menudo divergente del recorrido por la Nueva Arqueología. Refleja aquello que, en mi opinión, debería ser prioritario en cuanto al desarrollo del campo de la arqueología. Creo firmemente que para hacer inferencias se precisa una metodología sólida y, por el momento, carecemos básicamente de ella. La arqueología no ha sido una ciencia: creció con una serie de convenciones utilizadas, en un momento u otro, por la mayoría de arqueólogos para «interpretar» sus hallazgos. Muchas de estas convenciones no han sido jamás verificadas y desconocemos, simplemente, si son válidas y eficaces. Pero disponemos de otros métodos a nuestro alcance que nos permitirán, sin duda, realizar afirmaciones mucho más precisas e interesantes acerca del pasado. Tal investigación metodológica es obviamente crucial, aunque no debemos olvidar los problemas más relevantes de la arqueología, tales como todo lo relativo a sus orígenes, la manera de explicar la variabilidad cultural o bien la causa que produce diferencias en los fenómenos étnicos y estilísticos. Todos estos aspectos deben desarrollarse conjuntamente, ya que la investigación metodológica no puede ser llevada a cabo de forma aislada, sino más bien dentro del contexto general de una problemática que esperamos solucionar a largo plazo. Estas últimas puntualizaciones han servido, en mi caso, para explicar los orígenes de la agricultura y la variabilidad en el Musteriense. Durante los últimos 20 años he estado implicado en múltiples y diversas facetas de la arqueología, aunque en realidad a lo largo de mi carrera no he trabajado en otros problemas.

## 6. CAZADORES EN UN TERRITORIO

#### UNA VISIÓN ESTÁTICA DE UN TERRITORIO DINÁMICO

Los yacimientos excavados son el sustento de los arqueólogos. Su visión del pasado se circunscribe necesariamente a estos puntos discretos y aislados del paisaje. Se trata de una visión fija, aunque el comportamiento en el pasado —especialmente el de los cazadores y recolectores— fuera extremadamente móvil. Cada yacimiento presenta una visión parcial y limitada del total de las actividades y depende de su posición dentro de un sistema de comportamiento regional. Es posible imaginar, por ejemplo, que los diferentes conjuntos de útiles de piedra del Musteriense descritos por Bordes (cap. 4) son simplemente pequeños segmentos de la vida de un grupo cazador y recolector. Pero existe la posible complicación de que si el modelo de actividades llevadas a cabo durante el Musteriense varió substancialmente en los diferentes momentos y lugares, los niveles consecutivos de cada yacimiento representarían unos «fotogramas» del pasado poco diferenciados.

Estas ideas sencillas, junto con mi concepción acerca del comportamiento de los hombres durante el Paleolítico, formaron las bases de mi oposición a la interpretación de Bordes sobre los modelos a observar en los conjuntos musterienses. Bordes creía que las diferencias existentes entre ellos reflejaban las identidades étnicas de los diversos grupos que los habían fabricado. Mi teoría, en cambio, gira en torno a la idea de que en cada yacimiento, el uso del espacio y tecnología desarrollados por el hombre musteriense son una respuesta específica a unas circunstancias concretas. En otras palabras, vislumbraba un sistema cultural en el que tuvieron lugar diferentes actividades en espacios distintos. Además, creía que la tecnología empleada en la elaboración de utensilios era lo suficientemente flexible como para poder enfrentarse a variaciones locales en la demanda y, por tanto, en caso de necesidad, las mismas actividades podrían desarrollarse en diversos lugares empleando para ello útiles distintos.

En la época en que realizaba estas investigaciones existían ya nociones de variabilidad arqueológica en este sentido, y los relatos etnográficos acerca de cómo usaban su medio los cazadores y recolectores me sugirieron que mi punto de vista era por lo menos correcto; pero no existían investigaciones detalladas sobre las relaciones establecidas entre la manera en que eran utilizados los espacios (es decir, los yacimientos) y el grado de adaptación del sistema, entendido como un todo. De igual modo, las variaciones en el papel desempeñado por la tecnología en respuesta a las circunstancias específicas del yacimiento no habían

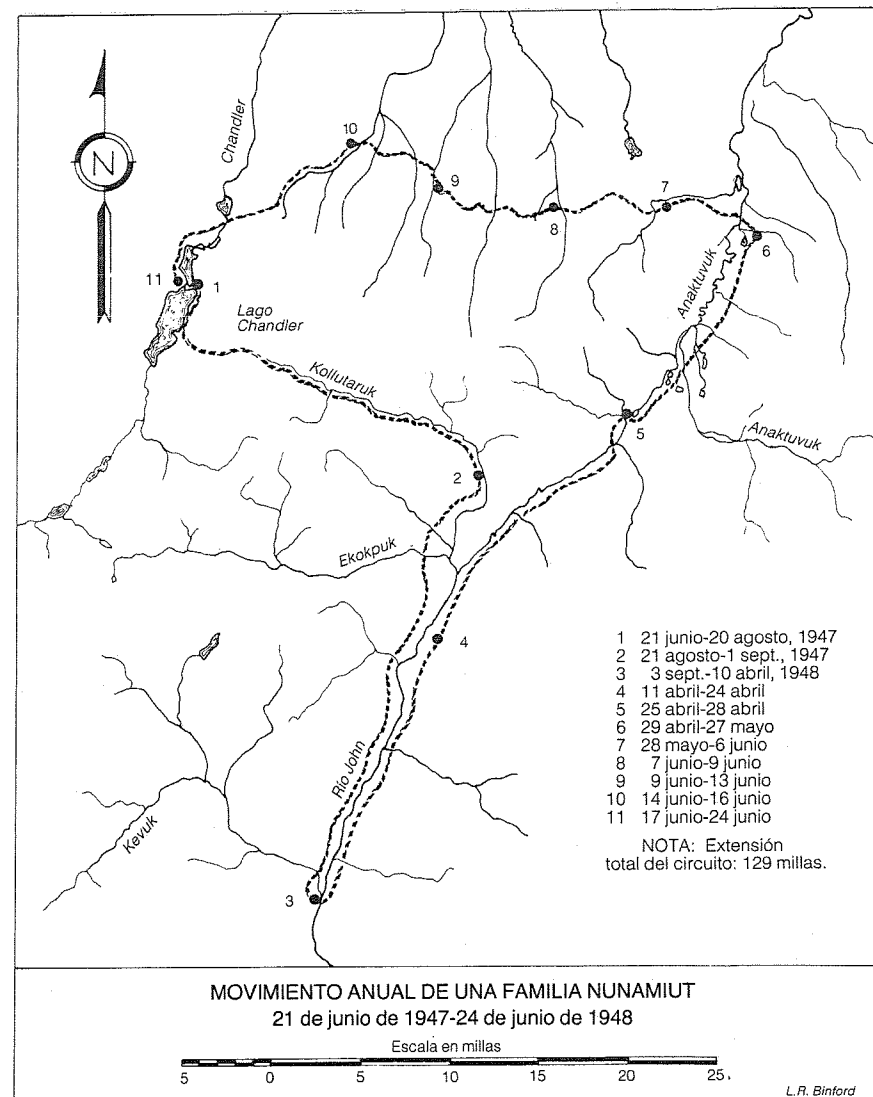
sido estudiadas. Mi viaje a Alaska fue, en gran parte, realizado con la idea de observar a los esquimales nunamiut y poder conseguir estos datos (véase cap. 5). Durante mi investigación etnoarqueológica en dicho lugar intenté observar, desde una perspectiva arqueológica, la dinámica del modelo de asentamiento a través de su movimiento cíclico en función de las estaciones. A pesar de que esta investigación confirmó mis ideas más generales sobre la formación de los yacimientos, mis observaciones indicaron claramente que los arqueólogos carecen normalmente de métodos apropiados para detectar los modelos del uso del espacio, enormemente complicados, empleados por cazadores y recolectores tales como los nunamiut.

Con el fin de ilustrar la naturaleza de estos problemas interpretativos, describiré algunos de los yacimientos que registré durante mi investigación llevada a cabo entre los esquimales nunamiut, en Anaktuvuk, Alaska (fig. 44). Empezaré con el uso del espacio y los modelos de asentamiento a escala regional, para proseguir describiendo cómo ciertos niveles de comportamiento deben entenderse en términos de grupos de yacimientos o en términos de actividades en lugares concretos. Los ejemplos que siguen demostrarán algunos de los orígenes de la variabilidad que caracteriza la arqueología de los pueblos nómadas.

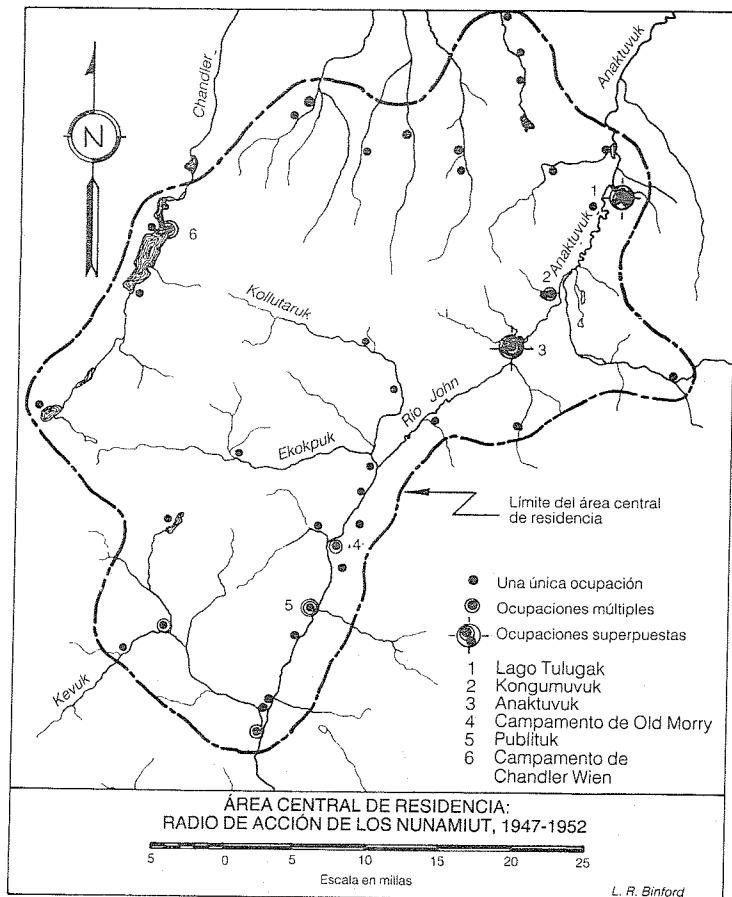
#### LA ESCALA DEL USO DEL ESPACIO

El uso del espacio a gran escala por parte de los nunamiut demuestra que los arqueólogos deben recalibrar la perspectiva que poseen de los cazadores y recolectores en función de una unidad de excavación de 0,5 m<sup>2</sup> y trasladarla a un área de más de 300.000 km<sup>2</sup>. Si descontamos ciertos casos excepcionales, que se dan en las zonas ecuatoriales, esta área de enormes dimensiones representa la amplitud del dominio del medio ambiente por parte de un grupo típico de cazadores-recolectores, compuesto quizá por sólo treinta o cuarenta personas. La banda raras veces explota todo el espacio en un momento dado, pero necesita disponer de toda la región para contar con un surtido de opciones seguro. Con el fin de comprender cómo una banda reducida de personas se servía de un espacio tan grande, creo que puede ser útil un examen inicial de la unidad espacial utilizada por un grupo durante una estación, demostrando a continuación cómo las variaciones observadas en dicha unidad durante un largo período de tiempo están relacionadas con la explotación de una región de grandes dimensiones.

Podemos tomar como centro de operaciones el área en la que un grupo de esquimales nunamiut establecía asentamientos, o campamentos base, a lo largo del ciclo estacional de un año (fig. 49). Esta *área central de residencia* abarca normalmente una extensión de aproximadamente 5.400 km<sup>2</sup>, aunque la tierra que explotan, a base de expediciones fuera del campamento principal, puede cubrir un área de 25.000 km<sup>2</sup>. Debe resaltarse que los esquimales no son atípicos en lo que respecta al uso del espacio: el área central de residencia utilizada por una familia bosquimana G/wi (fig. 1) durante un período de once meses evidencia que también otros grupos cazadores-recolectores explotaban vastas regiones.<sup>1</sup>



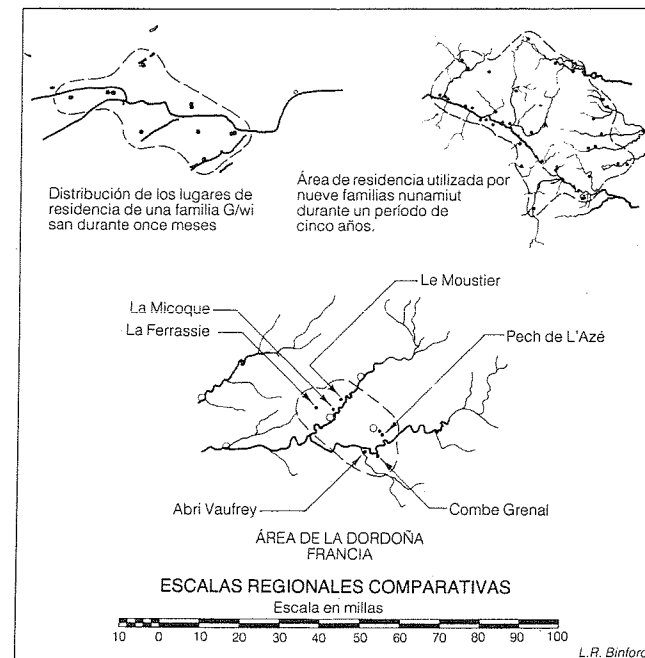
49. Ubicación de los yacimientos ocupados por una familia nunamiut a lo largo del ciclo anual 1947-1948.



Si consideramos representativo el caso de los nunamiut, resulta que la arqueología creada por una pequeña banda que se mueve a través de su territorio, de la manera descrita, puede ser extremadamente compleja. La ubicación de los yacimientos de residencia, creados por cinco familias de esquimales durante un período de cinco años, queda reflejada en la figura 50. El primer dato a resaltar es el tamaño del núcleo residencial ocupado por un grupo de gente tan pequeño. Es sorprendente que estas cinco familias nunamiut cubrieran un espacio semejante al de la Dordoña, en Francia (fig. 51), lugar donde se localizan los yacimientos clásicos del Musteriense. Una vez aceptado el hecho de que los grupos de cazadores y recolectores operan normalmente en espacios a gran escala, es difícil sostener la tesis de Bordes (cap. 4) de que las diferencias en la composición de los útiles de piedra depositados en diversos niveles de estos yacimientos son el reflejo de la presencia de cuatro grupos culturales distintos. El

50 (página anterior). Ubicación de los lugares de residencia ocupados por cinco familias nunamiut durante un período de cinco años. La distribución de estos yacimientos equivale al *área central de residencia* de este grupo esquimal durante este período.

51. Comparación entre el tamaño de las áreas centrales de residencia de los esquimales nunamiut y de los bosquimanos G/wi San y el área donde han sido localizados los yacimientos arqueológicos del Musteriense «clásico», en la región de la Dordoña, Francia (véase cap. 4).



problema radica en que los arqueólogos han planteado su investigación sobre los yacimientos paleolíticos desde una visión sedentaria del mundo. Debido a que los pueblos cazadores y recolectores que intentamos estudiar no respondían probablemente a esta visión, creo que lo correcto es intentar acercar nuestra perspectiva a la realidad.

En la figura 50 puede observarse otro detalle importante. No solamente advertimos que el número de yacimientos es considerablemente mayor que los usados por una familia a lo largo de un año, sino también que la arqueología del lugar se complica básicamente porque ciertos espacios del territorio fueron ocupados repetidamente, año tras año, mientras que en otros no sucedió lo mismo. El modelo de reutilización en estos yacimientos ha determinado en gran parte su tamaño, en términos de distribución de artefactos y rasgos; en consecuencia, los espacios ocupados repetidamente son considerablemente mayores que aquellos ocupados sólo de forma esporádica. Ello implica que la variabilidad en la cantidad de espacio ocupado por un yacimiento, cualidad registrada normalmente por los arqueólogos, no obedece a las diferencias en el tamaño u organización social del grupo que residió allí, sino que refleja simplemente el grado de repetición respecto a la utilización del medio por la misma banda móvil.<sup>2</sup> El razonamiento empleado por Richard MacNeish,<sup>3</sup> y otros arqueólogos, de que las diferencias en el tamaño de los yacimientos están en relación con los diversos grados de organización del grupo (tales como «microbandas» y «macro-



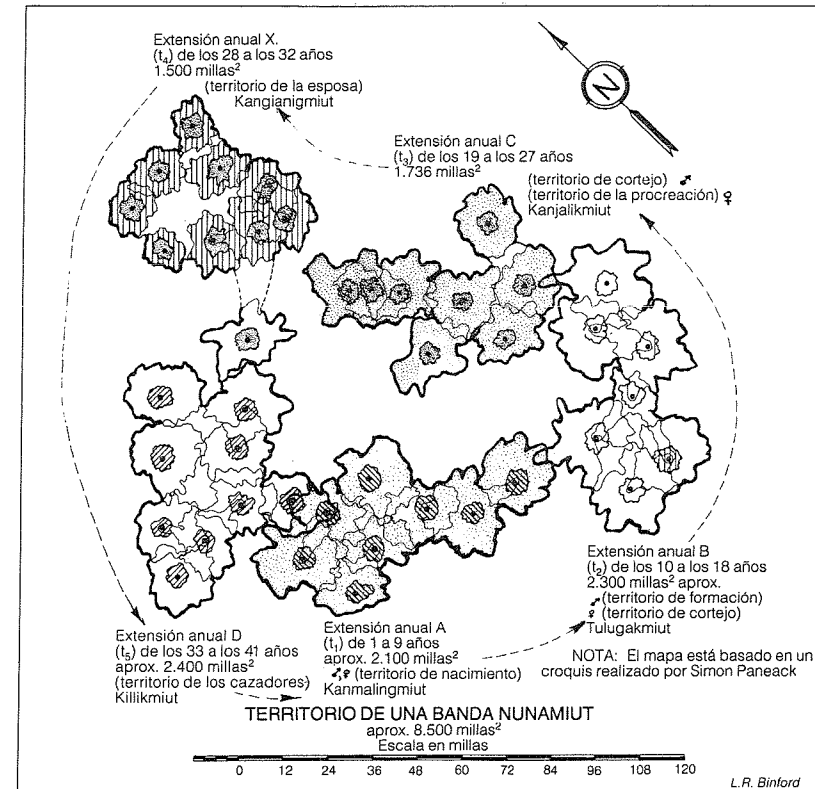
bandas») es, por tanto, falso. A juzgar por mis observaciones, basadas en los nunamiut actuales, es obvio que ya no podemos establecer relaciones simples entre la variabilidad en el tamaño del yacimiento y la naturaleza del grupo que reside allí, salvo en caso de adquirir mayores conocimientos acerca de los demás factores que inciden en la dispersión de los restos en un yacimiento. En otras palabras, los arqueólogos deben conocer los *procesos de formación* del registro arqueológico: ésta es la manera de que los yacimientos cobren entidad.

#### CICLO HUMANO DEL USO DE LA TIERRA

El modelo de uso de la tierra utilizado por los nunamiut ilustra también otro factor que afecta al registro arqueológico. No deja de sorprendernos el hecho de que muchos cazadores y recolectores no residen exclusivamente en un territorio, sino que —fenómeno que contradice las suposiciones de la mayoría de los arqueólogos— explotan una serie de áreas distintas y ocupan cada una de ellas hasta que el medio se degrada. A menudo, tras un período de años y a causa de un incendio o debido a un agotamiento de los recursos animales, el grupo se desplaza hacia un territorio completamente diferente, donde los recursos ya han sufrido un proceso de regeneración. Por ejemplo, entre los nunamiut el tiempo de utilización de un núcleo residencial es aproximadamente de diez años.

Basándome en conversaciones mantenidas con esquimales ancianos, he construido un modelo idealizado (fig. 52) que muestra la manera en que los nunamiut confían explotar una región a lo largo de la vida de una persona.<sup>4</sup> La base del modelo es un patrón cíclico del uso de la tierra. El área central de residencia que ocupa el grupo se considera, al nacer una persona, como el *territorio de nacimiento* de dicha persona. Si la banda se ha instalado recientemente en dicho lugar, es de esperar que el recién nacido/a viva en esta área por lo menos durante diez años antes de que se trasladen a otra área central de residencia, completamente distinta y que no ha sido ocupada por lo menos desde hace cincuenta años. Esta segunda área se conocerá como *territorio de formación*, si se trata de un hombre, y *territorio de cortejo*, si la nacida es una mujer (puesto que las jóvenes se casan alrededor de los 16 años, mientras que los jóvenes esperan aproximadamente hasta los 28 años). En esta área, el hombre iniciará su aprendizaje como cazador y viajará por amplias zonas, familiarizándose así con el medio ambiente. Transcurridos diez años llegará el momento de trasladarse de nuevo y entonces el hombre se instalará en el territorio de cortejo, mientras que sus hermanas se encontrarán ya criando a sus primeros hijos. Cuando finalmente un joven se casa suele, por lo general, ir a vivir durante varios años al territorio de la familia de su mujer.

Seis u ocho años más tarde, cuando el hombre puede considerarse ya en plena madurez y es muy hábil en la caza, se dirigirá a otra área completamente diferente. En su último territorio, un hombre que ha triunfado, puede contribuir al folklore o tradición cultural relacionado con el medio. Parte de la tierra podrá ser registrada en las mentes de los nunamiut en función de algunas de sus hazañas de caza; puntos clave, tales como la ubicación de unas rocas en un

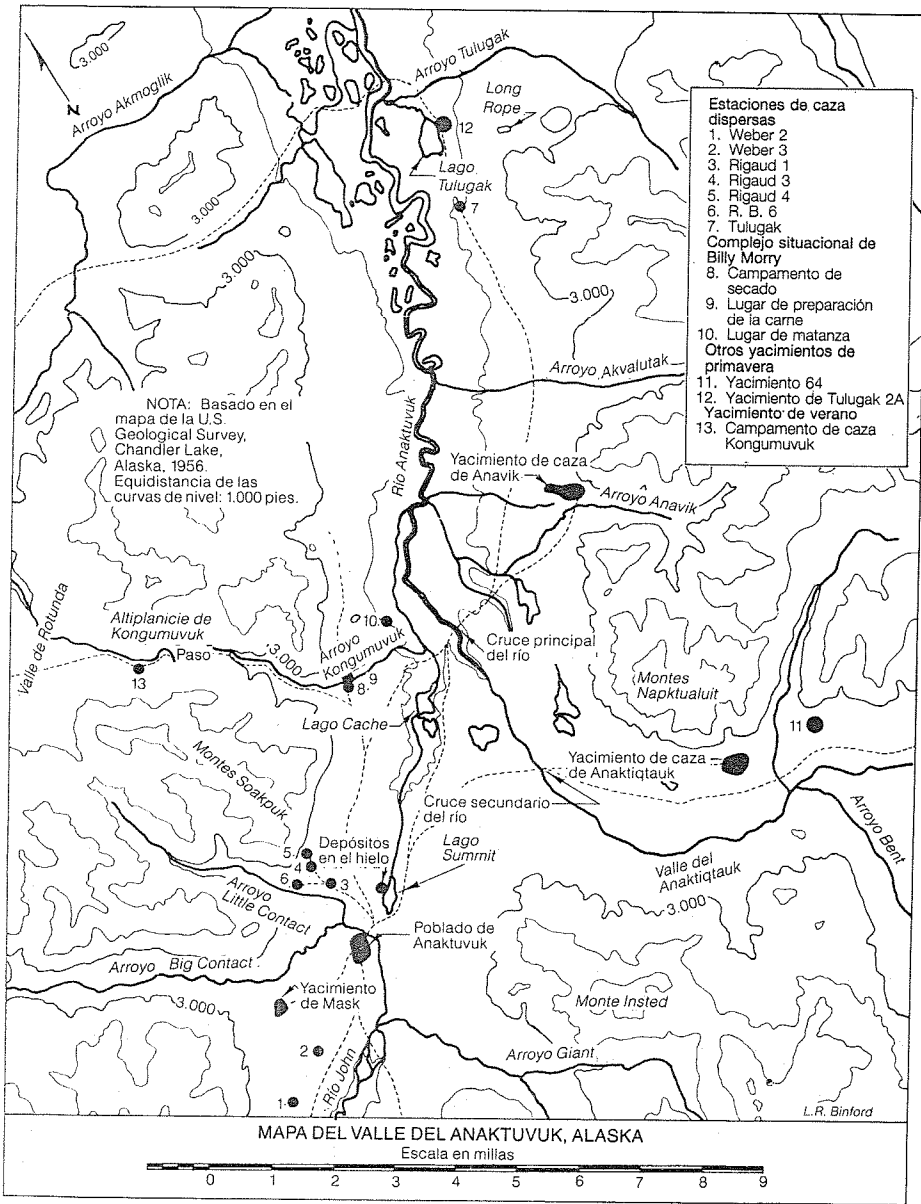


52. Modelo idealizado del uso de la tierra de los nunamiut a lo largo del período de vida de una persona; dicho modelo se basa en la información adquirida a través de entrevistas con informantes esquimales.

lugar concreto, desde donde se puede cruzar un río, podrán ser recordados a partir de sus relatos. La habilidad de un cazador disminuye cuando ha sobrepasado los 40 años de edad, momento en que la mayoría de hombres empiezan a perder la vista, encontrando dificultades a la hora de subir una montaña, etc. En este momento de su carrera, un cazador se trasladará probablemente a su territorio de nacimiento, completando el ciclo del uso de la tierra; y ya desde el inicio de la vejez tendrá que depender gradualmente de otros para poder satisfacer sus necesidades básicas de subsistencia.

En resumen, el área en que un hombre reside durante toda su vida consta de unos cinco territorios diferentes y puede alcanzar una extensión de hasta 22.000 km<sup>2</sup>. Pero, a lo largo de toda su vida, un hombre nunamiut podrá haber recorrido más de 300.000 km<sup>2</sup> en el ejercicio de las expediciones normales de caza. Ello implica que, en cualquier momento, un grupo de esquimales nunamiut puede disponer de una extensión de tierra cuatro veces mayor de la que



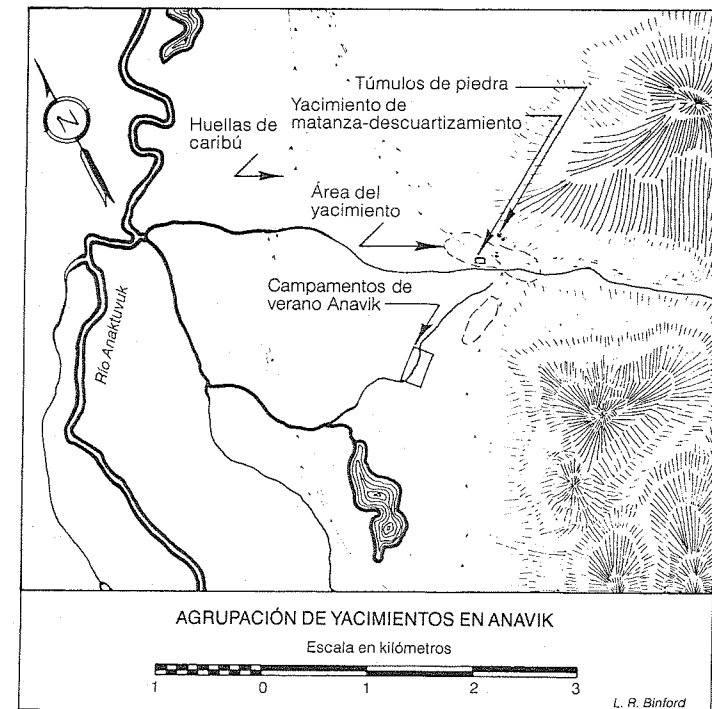


53. Mapa del valle del Anaktuvuk, Alaska, en el que aparecen representados los yacimientos mencionados en el texto.

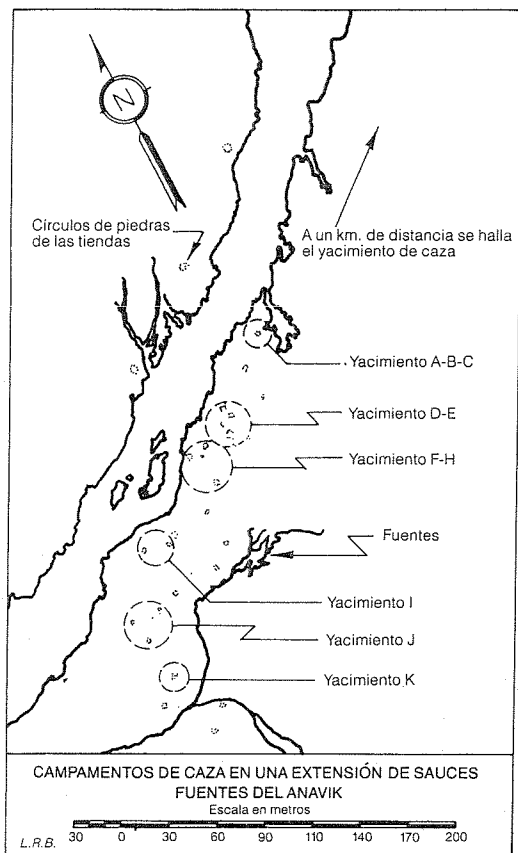
normalmente utiliza. El mismo modelo de uso de la tierra puede encontrarse entre los aborígenes del Desierto Central de Australia y entre los naskapi, en Terranova. Grupos cazadores-recolectores como los que acabamos de citar utilizan un espacio de enormes dimensiones que es ocupado durante un período de tiempo considerable mediante la configuración de una serie de territorios distintos más reducidos. Éstas son las dimensiones de la escala, que debemos tener presente, si queremos entender la variabilidad en los yacimientos arqueológicos de los cazadores y recolectores móviles.

COMPLEJO SITUACIONAL EN LAS FUENTES DEL ANAVIK

Una vez descrita la forma en que los grupos cazadores y recolectores explotan una serie de territorios distintos, podemos pasar a examinar la manera en que organizan sus tareas dentro de los límites de un área central de residencia (fig. 53). Una forma acertada de observar la organización de las actividades a este nivel es considerar una agrupación de lugares que denomino *complejo situacional*. Cuando una serie de acontecimientos se interrelacionan formando parte de una estrategia global, los distintos lugares donde tienen lugar las diversas actividades interrelacionadas forman un complejo situacional. Mi estudio etnoarqueológico sobre los asentamientos de los esquimales nunamiut proporcionó diversos ejemplos de estos grandes «complejos» de territorios.



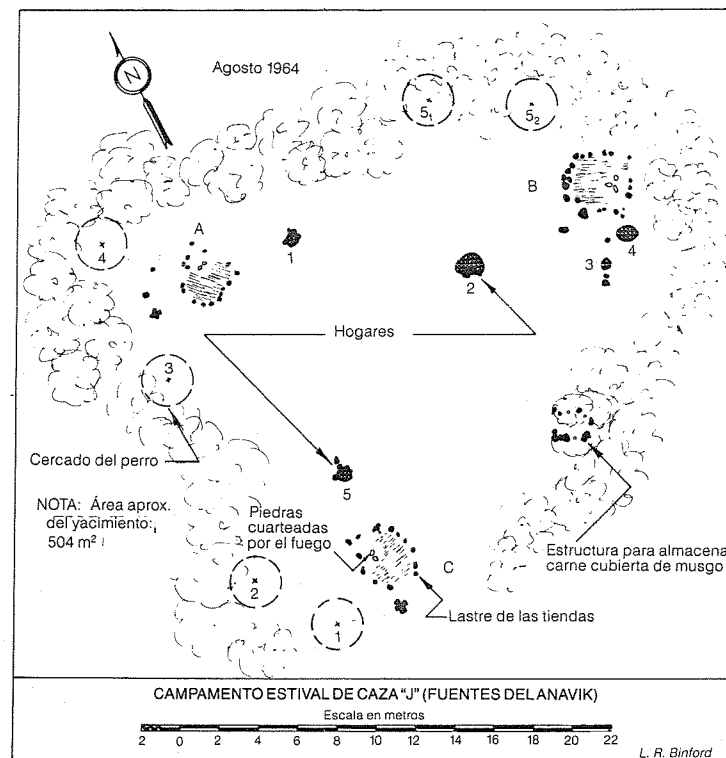
54. Ubicación de los diversos componentes que conforman el complejo situacional de las fuentes del Anavik.



55. Campamentos de caza localizados en una extensión de sauces, en las fuentes del Anavik.

56 (página siguiente). Campamento de los enamorados. Planta del último campamento estival de caza (J), en las fuentes del Anavik.

El complejo situacional en las fuentes del Anavik (fig. 54) está formado por tres yacimientos diferentes que son utilizados conjuntamente durante la caza del caribú, en su período de migración (que tiene lugar en primavera) hacia el norte a través del paso de Anaktuvuk, en ruta hacia la tundra abierta y llana. Los yacimientos forman un conjunto unitario y en este caso están integrados por: a) un campamento de caza (incluyendo un «campamento de los enamorados» especializado), b) un yacimiento de matanza con áreas especializadas en el descuartizamiento y c) una serie de escondrijos de piedra donde se almacena la carne. En cada uno de estos emplazamientos se realizan actividades completamente diferentes y, aunque los tres yacimientos distan unos de otros aproximadamente 1 km, comparten una misma tarea (la explotación del caribú) y normalmente son utilizados tan sólo un día por el mismo grupo.



#### Campamento temporal de caza

El componente principal del complejo situacional es un campamento temporal (fig. 55) usado básicamente durante la migración del caribú. Desde un punto de vista arqueológico, este lugar, situado en las fuentes del Anavik, consiste en un yacimiento que ocupa una extensión de medio kilómetro, donde puede observarse una distribución ininterrumpida de restos. De hecho, esta continua dispersión de restos no representa el resultado de una única ocupación por un grupo, sino que es el resultado de la reutilización del lugar a lo largo de un período de por lo menos 100 años. Los restos de las diversas ocupaciones durante este largo período de tiempo se superponen y ello da como resultado un enorme palimpsesto de materiales arqueológicos.

*Campamento de los enamorados* (fig. 56)

Con la ayuda de unos informadores que habían acampado en las fuentes del Anavik pude aislar, afortunadamente, diversos campamentos del conjunto de material arqueológico distribuido de forma continua. En uno de ellos,<sup>5</sup> llamado yacimiento J, puede observarse que un determinado tipo de estructura —un círculo de piedras para sostener una tienda y un hogar exterior— se repite tres veces. Este grupo de círculos representa un solo período de ocupación. El yacimiento J no forma parte del complejo de caza del caribú; sin embargo, es interesante en sí mismo, porque su historia ilustra una división del trabajo que es corriente entre los grupos cazadores-recolectores, pese a que nunca ha sido objeto de un tratamiento especial por parte de la literatura etnográfica.

A finales del verano, las provisiones de carne seca preparada por los esquimales, tras la migración del caribú, han disminuido considerablemente y resultan incomibles: la carne que aún se conserva se ha endurecido, el sabor ha ido desapareciendo a causa de la lluvia y las partes más sabrosas han sido consumidas. Además, en esta época del año todavía no hay caza disponible en el medio ambiente local. La mayoría de caribúes —excepto unas pocas piezas que sólo pueden encontrarse en las proximidades de los glaciares situados en las zonas altas de las montañas— pacen en las tierras lejanas del norte, y los carneros cimarrón son difíciles de localizar en esta época del año. Con el fin de animar a *alguien* para que vaya a cazar, a pesar de las dificultades que ello comporta debido a la escasez, los nunamiut han creado un incentivo fascinante. A finales de verano, las parejas de enamorados son autorizadas a vivir juntas, pero no en el campamento de residencia principal, sino únicamente en campamentos de caza situados en puntos muy alejados. El resultado es que, a largo plazo, todos salen beneficiados: los de mayor edad subsisten gracias a las provisiones de carne almacenadas en las casas, mientras que los más jóvenes buscan sus alimentos en el campo. Si los jóvenes tienen éxito en sus expediciones de caza, de vuelta al hogar traerán carne fresca que compartirán con el resto de individuos, pero si no consiguen cobrar ninguna pieza se sentirán hambrientos aunque felices. Sabemos que el mismo tipo de estrategia es utilizado por los indios washo, cazadores y recolectores que viven junto al lago Tahoe, en California.<sup>6</sup> A principios de la primavera, cuando las provisiones escasean y el hambre se deja sentir, se permite a su vez que los jóvenes enamorados levanten campamentos en áreas distantes, donde las posibilidades de obtener alimento son bastante reducidas. Esta estrategia de los cazadores y recolectores se basa en la disponibilidad de los jóvenes —que se encuentran en la plenitud de la vida— para responder a los incentivos apropiados y decidirse a correr un riesgo.

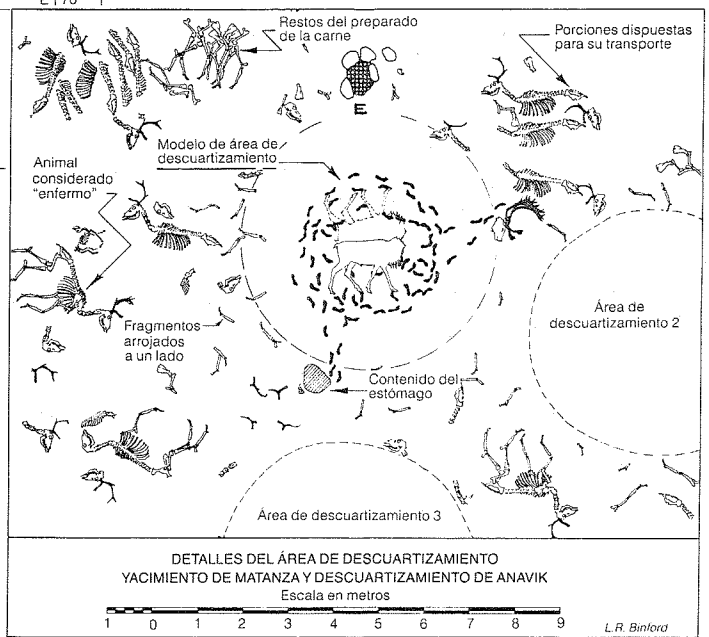
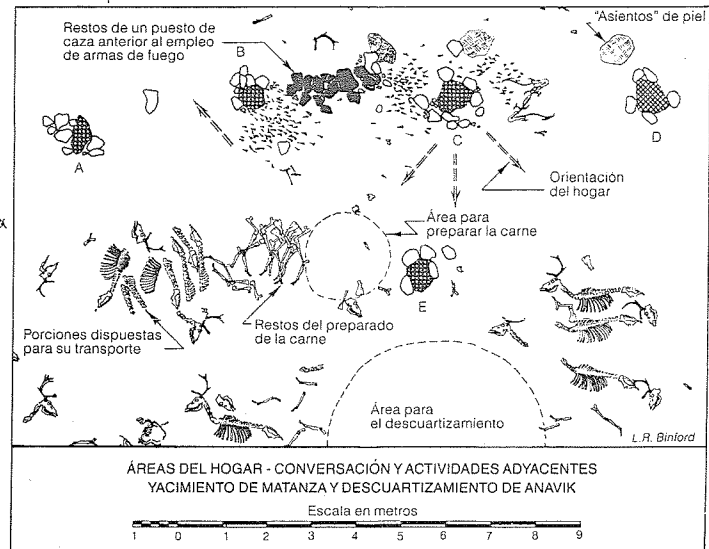
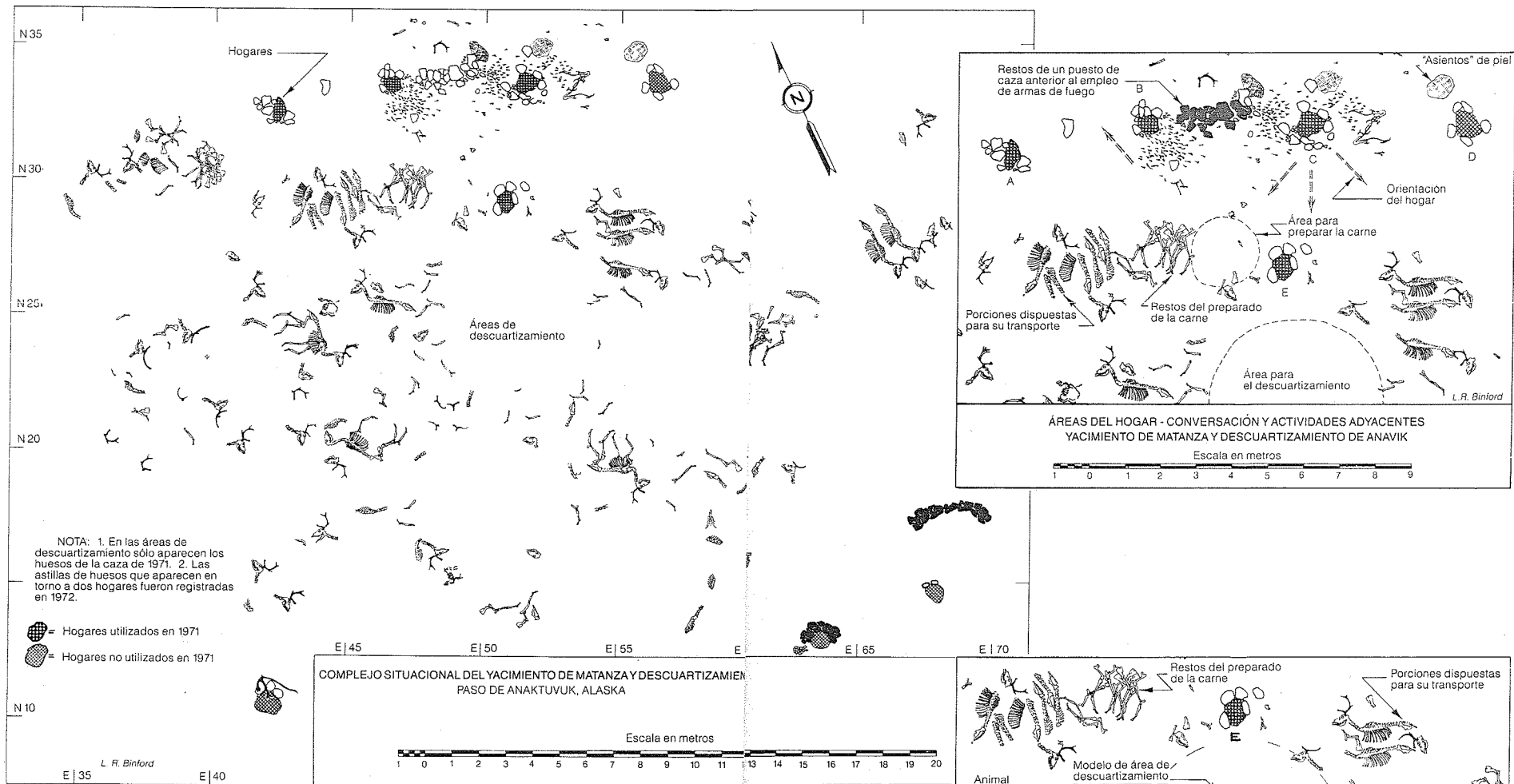
El campamento J es uno de estos campamentos de enamorados y, por tanto, la distribución de los materiales arqueológicos en el yacimiento no coincide con la observada en otros tipos de campamentos de caza, tales como la mayoría de los que se ubican en las fuentes del Anavik. Normalmente, los trozos de carne seleccionados se repartirán en un hogar comunitario, pero en tal caso cada grupo de jóvenes enamorados consumirá sus alimentos por separado, en sus tiendas. Los hallazgos arqueológicos del yacimiento J no presentaban restos de manufactura o reparación de utensilios. Estas diferencias, aunque menores, son



57. Yacimiento de matanza de los esquimales nunamiut. Al fondo, la entrada al valle del Anavik.

58. Panorámica del área de descuartizamiento del caribú, en el yacimiento de las fuentes del Anavik.





59. Planta del yacimiento de matanza y descuartizamiento de las fuentes del Anavik una vez efectuada la caza de primavera del caribú. Obsérvese la distribución de los hogares y de los restos faunísticos.

60. Detalle del hogar y del área de conversación del yacimiento de matanza y descuartizamiento situado en las fuentes del Anavik.

61. Detalle del área de descuartizamiento del yacimiento de las fuentes del Anavik. Obsérvese las áreas circulares donde fueron descuartizados los caribúes y la ubicación de los restos desechados.

exactamente la clase de datos que los arqueólogos pueden utilizar para identificar este tipo de división del trabajo por grupos de edad que se dieron en el pasado.

#### Proceso de matanza

El segundo componente del complejo situacional de las fuentes del Anavik, es decir, el espacio donde tiene lugar la matanza y preparación del caribú muerto, es completamente diferente de las agrupaciones de círculos de tiendas observadas en el campamento temporal de caza. Cuando los caribúes atraviesan el valle, son abatidos desde posiciones situadas en una loma<sup>7</sup> y, una vez los animales han muerto, son arrastrados a otro lugar para su descuartizamiento (figs. 57 y 58). Los restos óseos registrados en este lugar tras la caza de primavera indican la presencia de un mínimo de 54 caribúes, aunque sabemos que los nunamiut llegaron a descuartizar allí un total de 111 piezas. En el plano del yacimiento (fig. 59), los espacios vacíos de huesos representan las distintas áreas donde los caribúes son descuartizados. Para despellejar un caribú y preparar las porciones de carne, proceden a colocar al animal en un área despejada (fig. 60) y así un hombre puede trabajar a su alrededor. El resultado de este comportamiento es que se crea un círculo con los productos de desecho depositados en la periferia, lejos del área de matanza. Igualmente, los productos resultantes de retocar y afilar los útiles de piedra, empleados en el descuartizamiento, quedarán depositados en los bordes del área circular destinada a la preparación del animal.

En el área de descuartizamiento existen cuatro hogares que fueron utilizados por los cazadores (fig. 61). A su alrededor colocaron un paravientos construido a base de astas de venado (abandonadas anteriormente en un yacimiento utilizado en primavera). Durante el proceso de descuartizamiento, las manos de los que realizaban las tareas se iban enfriando paulatinamente y ello motivaba que de vez en cuando se resguardaran del viento para calentarse junto al fuego y, quizá, también para comer un poco de tuétano extraído de los huesos de los animales muertos. Alrededor de los hogares aparece una distribución de huesos



63. Supuestas casas de pozo excavadas en un yacimiento paleolítico de Rusia. (Foto cedida por Olga Soffer.)



64. Carne de caribú en proceso de secado, colocada en un bastidor de madera de un yacimiento de matanza de primavera situado en las cercanías del arroyo Kongumuvuk. (Su localización exacta corresponde al n.º 8 de la figura 53.)

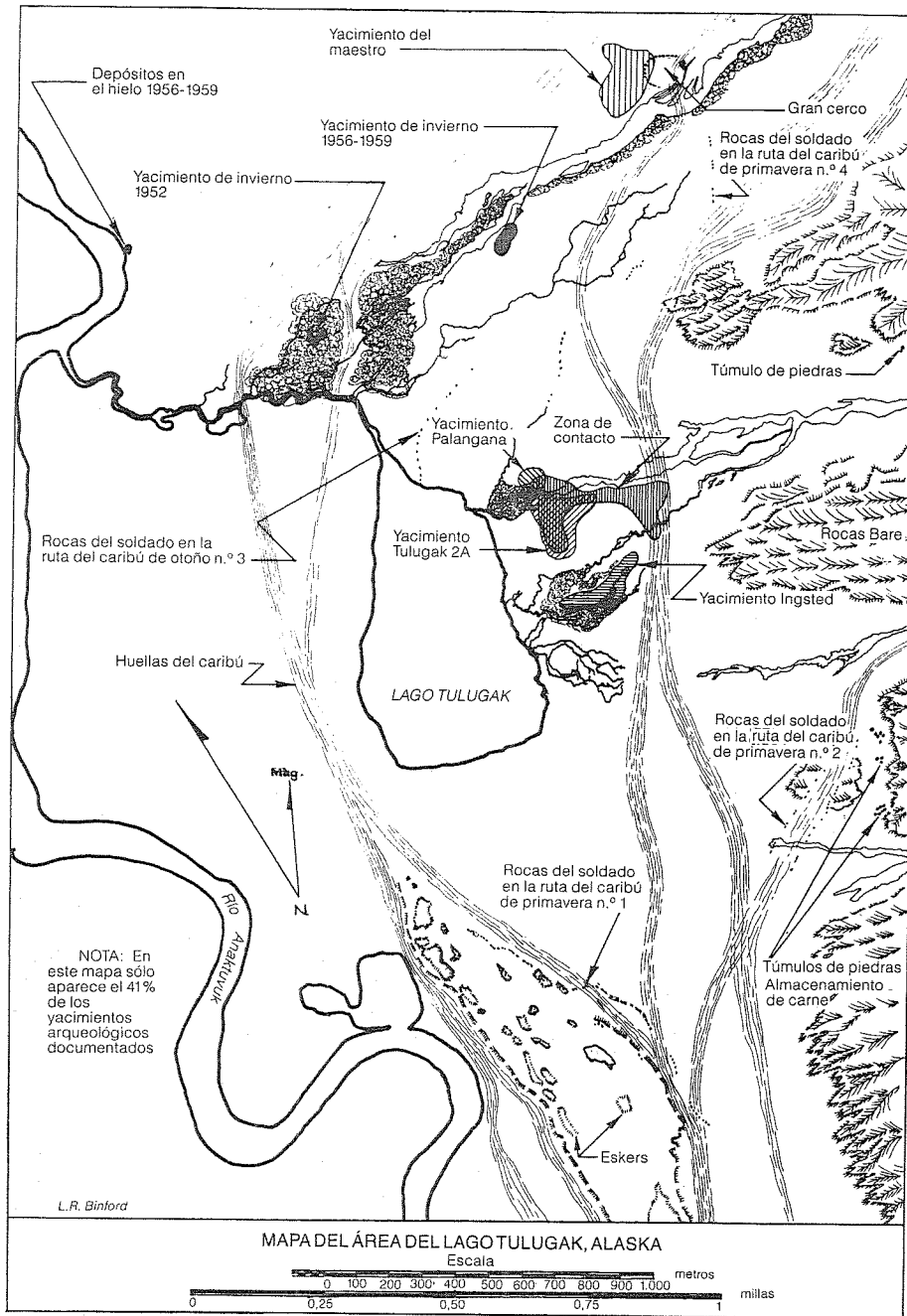


65. Carne de caribú en proceso de secado, colgada de las ramas de un sauce situado en el límite septentrional de la estación de caza de Kongumuvuk. (Yacimiento n.º 13 de la figura 53.)

62. Escondrijo de carne, hecho de grandes piedras, semejante a los encontrados en el talud de la vertiente norte del valle situado en lo alto del yacimiento de matanza de las fuentes del Anavik. Este ejemplo corresponde al complejo situacional ubicado a la entrada del valle Kongumuvuk. (Para su localización exacta, véase la figura 53.)







66. Mapa del área del lago Tulugak en el que aparecen señalizados los yacimientos y los complejos situacionales.

completamente diferente a la observada tanto en el área de descuartizamiento de este mismo yacimiento como en el campamento de caza asociado, hacia donde los hombres se dirigen una vez finalizadas las diversas tareas allí realizadas.

#### *Almacenamiento de la carne*

El tercer componente del complejo situacional viene representado por el lugar donde se almacena la comida: una estructura de piedra de unos 4 m de diámetro (fig. 62). Los escondrijos de piedra empleados para guardar la carne<sup>8</sup> representan una serie de ayudas permanentes, que se sitúan normalmente en las cercanías de los yacimientos de matanza. Actúan como una especie de emplazamiento central, donde los individuos pueden acudir a lo largo del año en busca de comida para el grupo, evitando de este modo el trabajo que supone arrastrar toda la carne hasta cada uno de los yacimientos de residencia que ocuparán a lo largo del tiempo en que se dedican a las actividades propias de las diversas estaciones del año. En el interior del escondrijo colocan, siguiendo un modelo radial, unas capas de carne separadas entre sí por piedras o listones de madera con el fin de asegurar la circulación del aire, sellándolo posteriormente con piedras. La razón del gran esfuerzo invertido en la construcción de los escondrijos de piedra para la carne estriba en la importancia crítica que, en el modelo de subsistencia de los nunamiut, adquiere el almacenamiento.

A un arqueólogo estas impresionantes estructuras de piedra le podrán parecer casas, pero entre los nunamiut nunca fueron utilizadas como tales. El uso de escondrijos de piedra próximos a los yacimientos de matanza recuerda algunas de las «casas de pozo» (fig. 63) aparecidas en diversos yacimientos paleolíticos en Rusia,<sup>9</sup> y ello sugiere que estas estructuras tampoco eran casas, sino que, como ocurre con las estructuras de piedra de los esquimales, se trata de simples escondrijos de carne.

En los yacimientos de matanza, la carne puede ser almacenada de muy diversas maneras, además de los citados escondrijos de piedra. Cuando la temperatura se sitúa por debajo de los 0°, la carne descuartizada, o incluso todo el animal, puede simplemente permanecer amontonada en el suelo. En general, las astas sirven para indicar su ubicación, de manera que los cazadores puedan localizarlos incluso tras una nevada. En otras épocas del año, en cambio, la carne se coloca sobre bastidores de madera para que se seque (fig. 64). A veces, los escondrijos de carne usados en los campamentos de caza consisten simplemente en porciones de carne extendidas sobre una cuerda, o bien colocadas en las ramas de los árboles situados en los límites de una extensión de sauces (fig. 65). Desde el punto de vista arqueológico, los restos de estos escondrijos quedarán reflejados en una distribución lineal de huesos grandes. Los escondrijos de carne, sean del tipo que sean, son centros importantes, recursos seguros a los que los nunamiut pueden acudir mientras recorren su hábitat en busca de comida adicional.



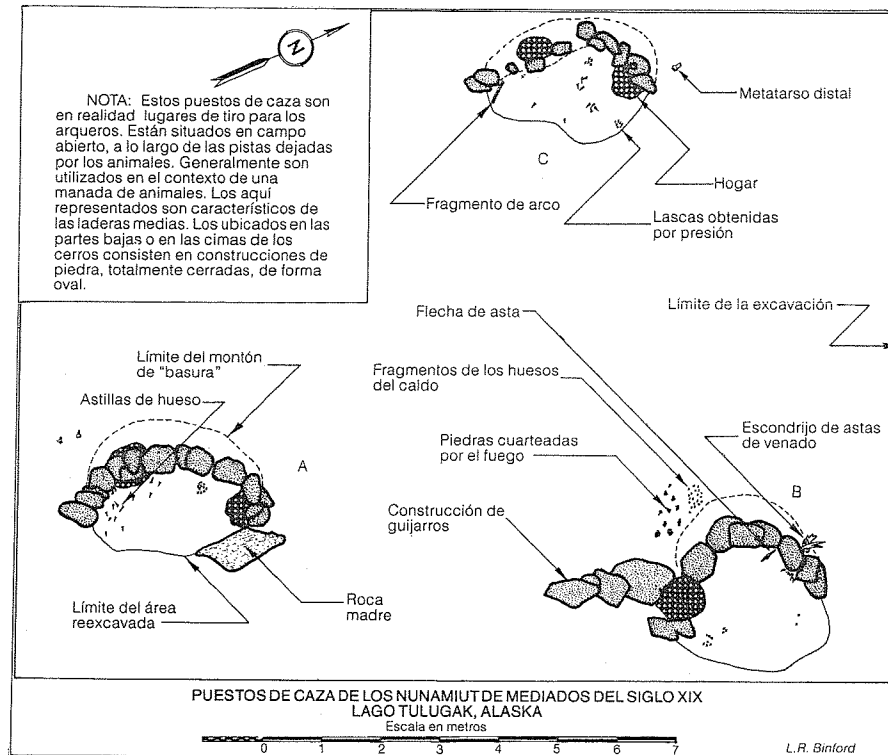
67. Las rocas del soldado delimitan la ruta seguida por la manada de caribúes que se dirigen a las montañas situadas al este del lago Tulugak. (En la figura 66 puede observarse su localización exacta.)

#### COMPLEJOS SITUACIONALES DEL LAGO TULUGAK

Mi estudio sobre los grupos que ocupan yacimientos relacionados entre sí ha revelado que una secuencia de actividades, dirigida a la consecución de cualquiera de estas tareas, no tiene lugar necesariamente en un mismo yacimiento. Además, yacimientos que parecen muy distintos pueden, de hecho, pertenecer a la misma categoría general de comportamiento, comportamiento que, por otra parte, ha sido diferenciado mediante diversos tipos de actividades. Uno de los grupos de complejos situacionales más fascinantes usado por los esquimales nunamiut está ubicado en la región situada alrededor del lago Tulugak (fig. 66), área muy rica en recursos. Este lago es suficientemente profundo como para proporcionar un tipo de pescado muy apreciado que se conoce con el nombre de trucha de lago; los arroyos primaverales que en él desagúan están flanqueados por grandes extensiones de sauces, lo cual representa un importante recurso de leña, y algunos de los senderos utilizados por los caribúes en su migración hacia el norte trascurren precisamente por el lago.

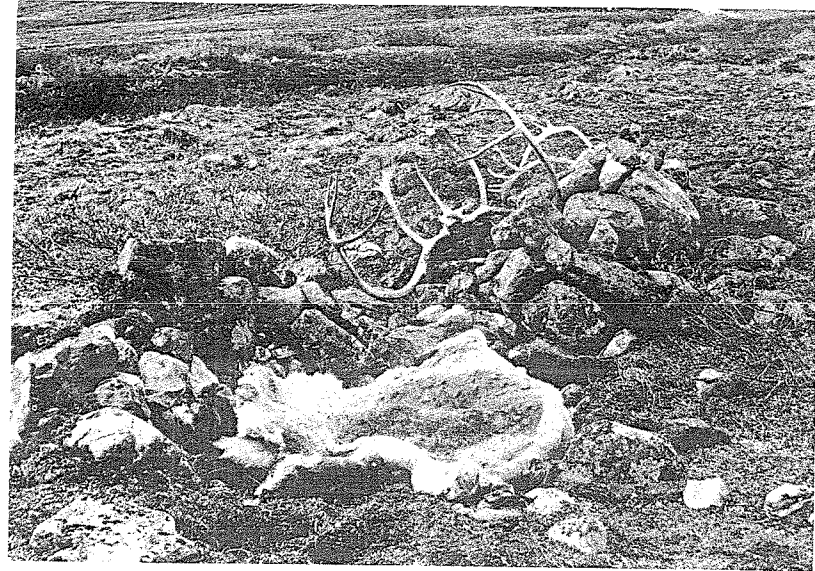
#### Rutas preparadas

Los restos arqueológicos que resultan de la explotación del caribú en las cercanías del lago Tulugak son de una gran complejidad. Los caribúes son conducidos a través de barreras alineadas. Para ello aprovechan ciertos relieves del paisaje, tales como hileras paralelas de lomas glaciales (llamadas *eskers*), aun-



68. Planos de tres puestos de caza del siglo XIX localizados en una ruta del caribú, en la vertiente oriental del lago Tulugak. (Su posición exacta puede verse en la figura 66.) Obsérvese la presencia de productos de desecho procedentes de sus «refrigerios» y de la reparación de útiles, así como un escondrijo de astas de venado destinadas a la confección de puntas de flecha. Los hogares (representados con trama cuadrículada) han sido colocados en el lado interno de las paredes del puesto de caza, para que los cazadores se beneficiaran de su calor durante la espera de la llegada del caribú.

que también incorporan relieves hechos por el hombre que son muy difíciles de detectar sin una información etnográfica previa. Los componentes básicos de una ruta, cuando no está en uso, se asemejan a un montón de piedras que denominamos *rocas del soldado* (fig. 67). Pero en cambio, cuando se sirven de ella, los cazadores esquimales adoptan medidas tendentes a facilitar la conducción de los caribúes a la cima de un collado o a cercados parcialmente naturales ubicados en un extremo del lago, y por tal motivo colocan musgo alrededor de las rocas simulando la silueta de un hombre o, incluso también, ropa vieja sobre el musgo para intimidar al caribú, conseguir que avance y limitar sus movimientos al sendero escogido por los cazadores.



69. Las estaciones de caza R y B, en el Paso Anaktuvuk. Obsérvese la presencia de una piel de caribú a modo de lecho donde un hombre duerme mientras su compañero vigila la llegada de la caza. (Para su localización exacta, véase la figura 53.)

#### *Puestos de caza*

A lo largo de una de las rutas del caribú, que se dirige hacia la cima de la montaña adyacente al lago, localizamos 70 pequeños puestos de caza desde los que dos hombres nunamiut (aprovechando el instinto natural del caribú que le mueve a situarse en la cima del monte cuando se ve amenazado) podían acechar a sus presas. Estos puestos de caza (fig. 68) se componen de una estructura permanente, resultado de excavar un agujero en la ladera rocosa o de construir una pequeña pared. Tienen una doble función, ya que no sólo sirven para ocultar a los cazadores, sino que también les protegen hasta cierto punto del viento durante la espera que puede prolongarse hasta 8 o incluso 12 horas. Es obvio que durante este tiempo pueden sentir mucho frío pero, debido a que el fuego ahuyenta al caribú, los cazadores han ideado otro sistema para calentarse. Al llegar al puesto de caza, los hombres derriban sus paredes y hacen un gran fuego. Cuando la fogata ha prendido totalmente, amontonan las piedras sobre las llamas y dejan que siga ardiendo por debajo, hasta que el calor se transmite a las piedras y permite a los hombres acurrucarse junto a la pared y mantenerse calientes mientras vigilan la llegada del caribú. La presencia de hogares en las paredes de las estructuras ha sido observada, asimismo, en algunos yacimientos paleolíticos rusos.<sup>10</sup> Uno se pregunta por qué alguien construiría fuegos en las

paredes de las casas, máxime si la reconstrucción propuesta que nos habla de pieles colocadas por encima de las paredes de piedra es correcta. ¿No podría tratarse realmente de puestos de caza similares a los utilizados por los nunamiut?

Los puestos de caza de los esquimales presentan una planta en forma de pequeños semicírculos que miden, aproximadamente, unos 2,4 m de diámetro.<sup>11</sup> Los restos hallados en uno de ellos, fechado en una época anterior a la utilización de armas de fuego por parte de los nunamiut, ponen de manifiesto el tipo de actividades que se desarrollarían en dichos lugares. Las astillas procedentes de la rotura de huesos, realizada para extraer el tuétano, así como pequeños fragmentos que resultan de golpear las articulaciones para hacer caldo, indican los «refrigerios» que debieron consumir. Los restos de industria procedentes de la manufactura y reparación de útiles están aquí representados por arcos rotos y algunas puntas de flecha de piedra. Los útiles necesarios para la caza no se fabrican en los puestos de caza, sino que son elaborados de antemano, con lo cual se consigue que el cazador esté siempre a punto mientras espera la llegada de los animales que transcurren por su ruta migratoria. Ello implica que los restos de un primer estadio de producción difícilmente están representados en los puestos de caza. En su lugar, y para matar el tiempo, los hombres acostumbran a llevar consigo un útil roto que necesita reparación o se dedican a completar cualquier tarea inacabada. Por tanto, las actividades realizadas en este tipo de yacimientos no están directamente relacionadas con la tarea principal —la caza del caribú—, sino que van encaminadas a aliviar el aburrimiento. Otro tipo de artefacto, hallado en el puesto de caza que aparece representado en la figura 68, es una punta de flecha de asta que fue guardada para su uso futuro, pero que nunca fue utilizada.

Ocasionalmente, los hombres permanecen en el puesto de caza durante la noche en lugar de retornar al campamento base. En tal caso, un hombre vela y vigila la caza mientras otro duerme vestido sobre una piel de caribú (fig. 69) en otra área del yacimiento, intercambiando sus posiciones sucesivamente. Los cazadores, al permanecer allí durante un período de tiempo considerable, acostumbran a hacer fuego en un lugar alejado de la pared del puesto de caza, con el fin de prepararse caldo o cocinar carne. Pese a su similitud respecto a los puestos de caza descritos antes, el yacimiento resultante de esta actividad será más complejo en términos arqueológicos y uno debe estar alerta para no confundir el puesto de caza y el hogar con un campamento base ocupado por un grupo familiar.

#### *Campamento base*

Otro componente de los complejos situacionales del lago Tulugak son los campamentos de residencia emplazados cerca del lago, lugar donde abundan la leña y el agua corriente. Los nunamiut seleccionan la ubicación de los campamentos en función, principalmente, de la dificultad de transporte de los recursos que explotan y no tanto por la presencia de recursos alimentarios. La obtención de alimento permite una estrategia flexible ya que, tal como hemos visto, éste



puede ser escondido y luego transportado; el agua y el combustible, sin embargo, son más difíciles de trasladar. Los yacimientos de residencia se ubican, por tanto, en función de estos recursos básicos y la gente acomoda sus excursiones fuera del campamento base según la distribución de las fuentes de alimento.

En el lago Tulugak encontramos una distribución continua de restos arqueológicos, algo parecido a lo observado en los campamentos superpuestos de las fuentes del Anavik. Aquí, de todos modos, el yacimiento fue utilizado repetida y básicamente con la misma función; en cambio, las orillas del lago Tulugak han sido ocupadas en diversas épocas del año y por diferentes razones, estableciendo campamentos de verano para beneficiarse de la trucha, mientras que los poblados de invierno fueron ubicados cerca de los abundantes recursos de leña. Si se excavara este yacimiento, es de suponer que se encontraría un campamento de residencia sobre un puesto de caza, o un poblado de invierno superpuesto a un campamento de pesca de primavera.

¿Podríamos, como arqueólogos, distinguir todos los componentes superpuestos de un yacimiento tan complicado como el del lago Tulugak? ¿Podríamos reconocer todos los tipos especializados de yacimientos ubicados en los alrededores, por ejemplo, las rutas del caribú, los escondrijos de carne y los puestos de caza? Actualmente, la arqueología carece de los métodos necesarios para enfrentarse a los complicados restos arqueológicos dejados por pueblos cazadores y recolectores. Debemos empezar a idear el mecanismo que nos permita desenredar los palimpsestos de ocupaciones superpuestas y descubrir las formas para reconocer áreas de actividades asociadas que están separadas por distancias de varios kilómetros.

#### CONSIDERACIÓN GLOBAL DEL SISTEMA

Una de las lecciones más importantes que podemos extraer de mi trabajo etnoarqueológico entre los esquimales nunamiut es la necesidad de considerar todos sus yacimientos como parte de un sistema más amplio. Además de los lugares de residencia, encontramos una gran variedad de áreas, que fueron utilizadas para desarrollar tareas muy concretas y que son parte integrante del modelo general de vida empleado en el Ártico. Hemos visto cómo unos yacimientos aislados están interrelacionados y forman complejos situacionales, cómo estos complejos situacionales pueden agruparse dentro del territorio explotado por una banda y, finalmente, insistimos en que diversos territorios pueden ser utilizados subsiguientemente a lo largo del período de vida de un hombre. Para poder reconstruir el modelo global de uso de la tierra, los arqueólogos deben identificar primero la función específica de cada uno de los yacimientos y después reunir cada una de las partes. La dificultad que ello entraña es bastante similar al intento de reconstruir el motor de un automóvil cuando disponemos de cada una de sus partes por separado: es necesario conocer el funcionamiento del motor para identificar sus partes más importantes —carburador, batería, cilindros, etc.— y poder así recomponerlo correctamente. De la misma manera, los arqueólogos deben identificar cada tipo de comportamiento y a partir de aquí colocar las piezas en su sitio para formar un sistema de uso de la tierra

prehistórico. En otras palabras, la unidad básica de la arqueología es el yacimiento, pero su finalidad es utilizar estas unidades para estudiar el comportamiento del pasado humano; y para conseguir este objetivo debemos desarrollar una metodología apropiada que nos permita identificar el papel desempeñado por cada uno de los yacimientos dentro de un sistema global.

#### YACIMIENTOS ESPECIALIZADOS

El interés de los estudios arqueológicos realizados sobre los pueblos actuales reside en que, al observar los diferentes tipos de yacimientos que ocupan, podemos empezar a apreciar el grado de variabilidad que esperamos encontrar en el registro arqueológico. Con el fin de facilitar la comprensión de mi punto de vista, creo conveniente describir algunos yacimientos especializados que tengo documentados entre los nunamiut.

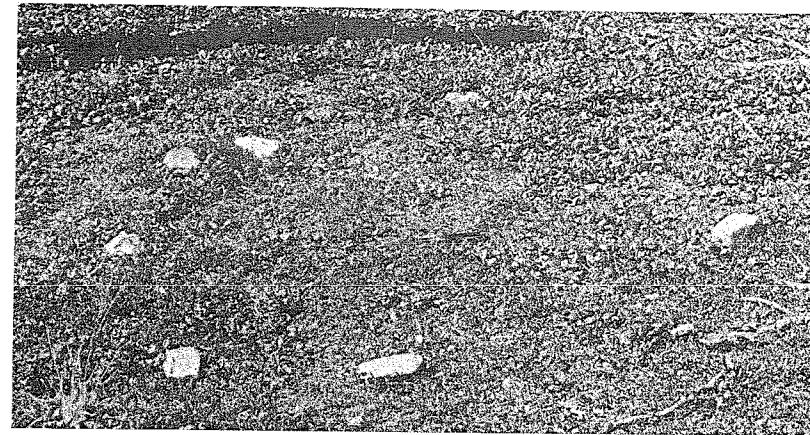
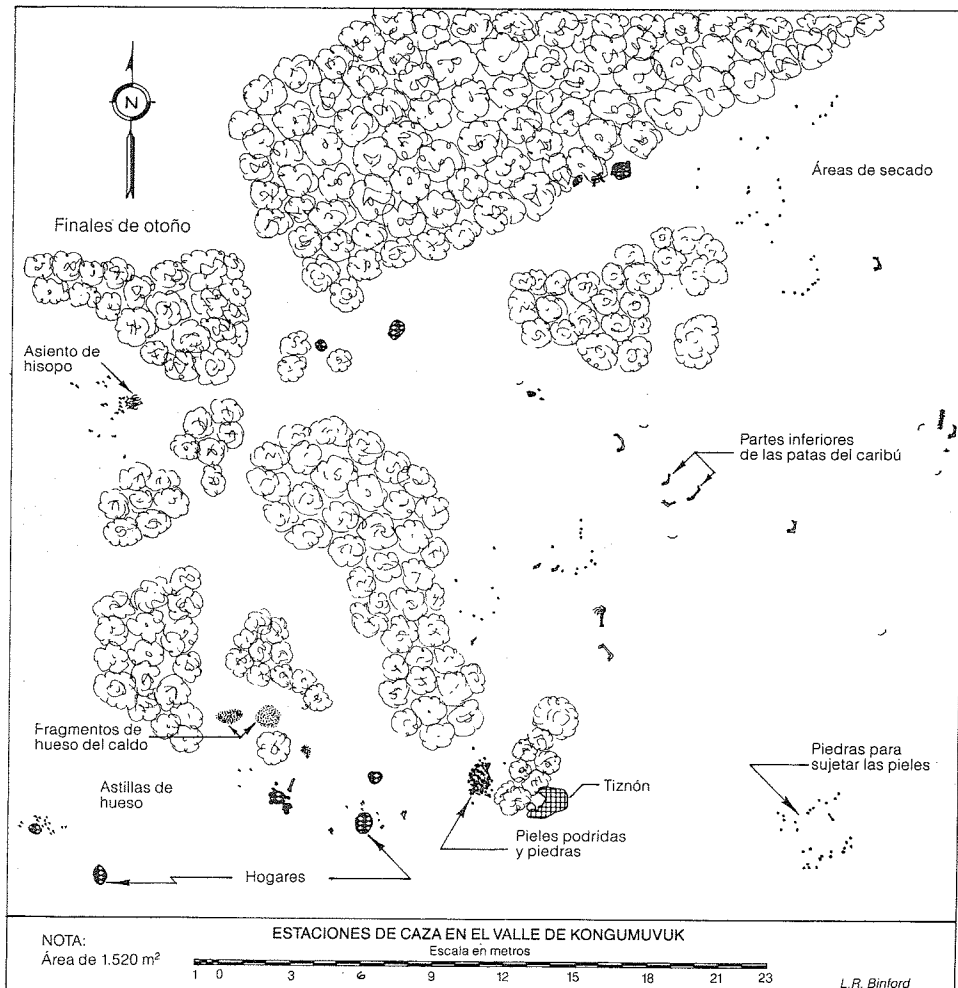
Algunos de estos yacimientos eran sorprendentemente grandes. Los arqueólogos suponen que las áreas de actividad ocupan un espacio reducido y que en su orden interno son homogéneas; tengo documentado un yacimiento no residencial que ocupa un área aproximada de 1.500 m<sup>2</sup> y en el que se llevaron a cabo una gran variedad de tareas (fig. 70). Este yacimiento, situado en Kongumvuk, es utilizado durante la migración otoñal del caribú; en dicha época, los hombres se esconden en una extensión de sauces con el fin de camuflarse y, mientras esperan la llegada de los animales, unos cazadores se alimentan ingiriendo algún tipo de «refrigerio» alrededor de un pequeño fuego (como, por ejemplo, el tuétano de un hueso fresco) y otros reparan útiles. El caribú se caza y mata a cierta distancia del yacimiento y por consiguiente los esquimales, para no interrumpir el movimiento de las manadas que llegan sin cesar, cobran las reses apresuradamente en el mismo lugar en que son abatidas y arrastran las porciones seleccionadas del animal hasta la zona de los sauces. Una vez se hallan fuera de la ruta de migración, los hombres terminan de descuartizar la presa y parte de la carne es escondida o colocada en una especie de bastidor para que se seque. Una de las actividades más importantes que tienen lugar en este yacimiento es la preparación de las pieles. En efecto, los pellejos se extienden para que se sequen y son sujetos con piedras para evitar que el viento los arrastre (fig. 71). Ello propicia la presencia de una gran cantidad de pequeños círculos de piedras, todos de un tamaño similar, distribuidos por el yacimiento. Como arqueólogos, ¿reconoceríamos que las distintas áreas diferenciadas de este gran yacimiento —el área de consumo de alimento alrededor de un hogar, el lugar de actividades artesanales, los escondrijos de carne y bastidores de secado, o el lugar donde preparan las pieles— forman un todo, o por el contrario las consideraríamos yacimientos separados?

#### *Círculos de piedra de las tiendas*

Pequeños círculos de piedras aparecen también en otros yacimientos ocupados por cazadores nunamiut, aunque su presencia puede deberse a una de las

diversas actividades que tienen lugar además del secado de pieles. Por ejemplo, en un yacimiento situado en lo alto de las montañas, que es ocupado normalmente en verano por cazadores que van en busca de caribúes adultos machos, se encuentran pequeños círculos de piedra de un tamaño similar a los círculos de Kongumuvuk, asociados a pequeños hogares. En este caso, sin embargo, el tamaño de las piedras de los círculos es mayor que en el yacimiento citado anteriormente, porque estas piedras fueron empleadas para sujetar las *tiendas* de piel de caribú. Este yacimiento difiere de la estación de caza de Kongumuvuk también en otro aspecto: contrariamente a lo observado en Kongumuvuk, que ofrece una gran diversidad de áreas, aquí se observa la presencia de una serie

70. Plano de la estación de caza otoñal, situada en el valle Kongumuvuk. (Yacimiento n.º 13 de la figura 53.)



71. Círculo de piedras pequeñas usadas por los nunamiut como lastre para sujetar las pieles de caribú durante el proceso de secado. (Para su localización exacta en la estación de caza de Kongumuvuk, véase la figura 70.)

de unidades idénticas —diez círculos y un hogar— que se repiten una y otra vez. Por tanto, los yacimientos especializados pueden variar en función de la homogeneidad o variabilidad de los módulos que los componen.

#### Estaciones de caza

Las estaciones de caza son uno de los tipos de yacimiento más comunes en el paisaje cultural de los nunamiut. Pueden ser muy complejos (como ocurre con el yacimiento de Kongumuvuk o el de Mask,<sup>12</sup> del que hablaremos en el próximo capítulo), relativamente sencillos (como los lugares de emboscada del lago Tulugak) o extremadamente efímeros. Como ejemplo de esta última categoría, podemos encontrar lugares donde un cazador se limita a permanecer oculto detrás de una peña y posiblemente construye un pequeño hogar. Accidentes naturales del terreno, tales como las peñas, son normalmente usados como estaciones de caza (fig. 72). En tales yacimientos es posible que sólo se encuentre un pequeño hogar, algunas piedras resquebrajadas por el fuego y una serie de útiles que fueron escondidos en vistas a una utilización posterior.

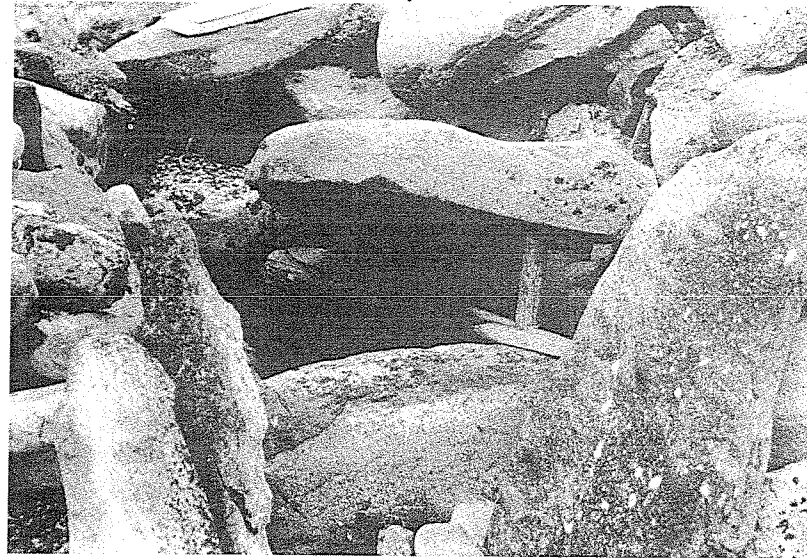
#### Elementos auxiliares

Las rocas del soldado, situadas a lo largo de las rutas del caribú, en el lago Tulugak, pueden ser clasificadas como un tipo particular de útil que llamo elemento auxiliar (para una información más amplia, véase el capítulo 7). Otro elemento de esta misma clase de artefactos son las trampas. Los nunamiut em-

plean una amplia gama de ellas, siendo unas de las más corrientes las llamadas de caída mortal. El lugar donde se halla cada trampa de caída mortal (fig. 73) debería considerarse como un yacimiento especializado. A menudo, se construyen en las cercanías de los escondrijos de carne, con el fin de mantener a los competidores alejados del alimento, aunque, por otra parte, el escondrijo de carne es en sí mismo un cebo que atrae a los zorros y lobos hacia el área donde está emplazada la trampa de caída mortal. A su alrededor se construyen unas pequeñas vallas con el objetivo de asegurar que la presa entre exactamente de la manera deseada. El disparador de la trampa se coloca en el interior, convenientemente desplazado (de modo que rebase, por ejemplo, la longitud del cuello del animal), para que éste se vea obligado a colocar sus patas delanteras sobre uno de los travesaños antes de que la gran roca colocada en la parte superior se le precipite encima. Puede darse el caso de que la piedra no llegue a matar al animal, pero de cualquier modo caerá sobre su lomo y le impedirá la huida.

Trampas de caída mortal como las que construyen los nunamiut son, probablemente, muy comunes en el registro arqueológico. He observado construcciones similares en yacimientos asociados con el hombre de Neandertal, y también es evidente que muchos lugares descritos por los arqueólogos norteamericanos como enterramientos infantiles, túmulos de piedra rituales o pozos de almacenamiento son en realidad trampas de caída mortal. Los arqueólogos deben ser ca-

72. Estación de caza situada en un prado natural cerca del arroyo Little Contact, en el valle Anaktuvuk. (Véase la figura 53.) Este lugar desempeña la misma función que el que aparece representado en la figura 69, aunque está ubicado en un terreno de características diferentes. Hay que resaltar que en su interior fueron escondidos leños y dos latas viejas de café empleadas para hervir el agua del té, para ser utilizadas en otra ocasión. También escondieron el trineo (en primavera) una vez se hubo derretido la nieve de invierno.



73. Trampa de caída mortal, pensada para la captura de un lobo. Estas trampas siempre se construyen en otoño, antes de que se produzcan las primeras nevadas fuertes.

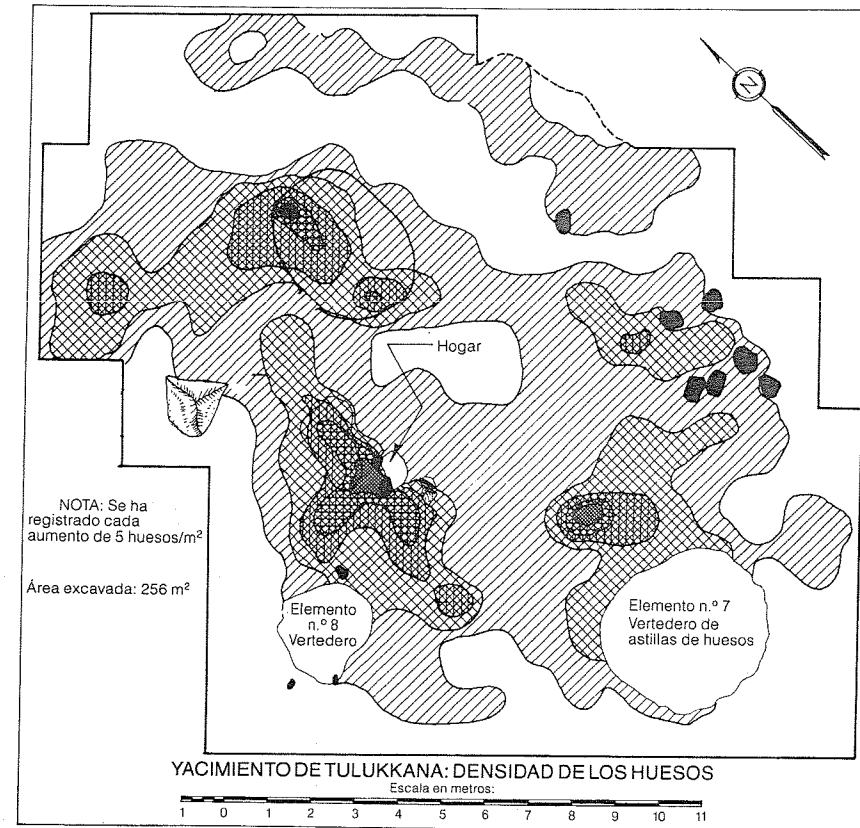
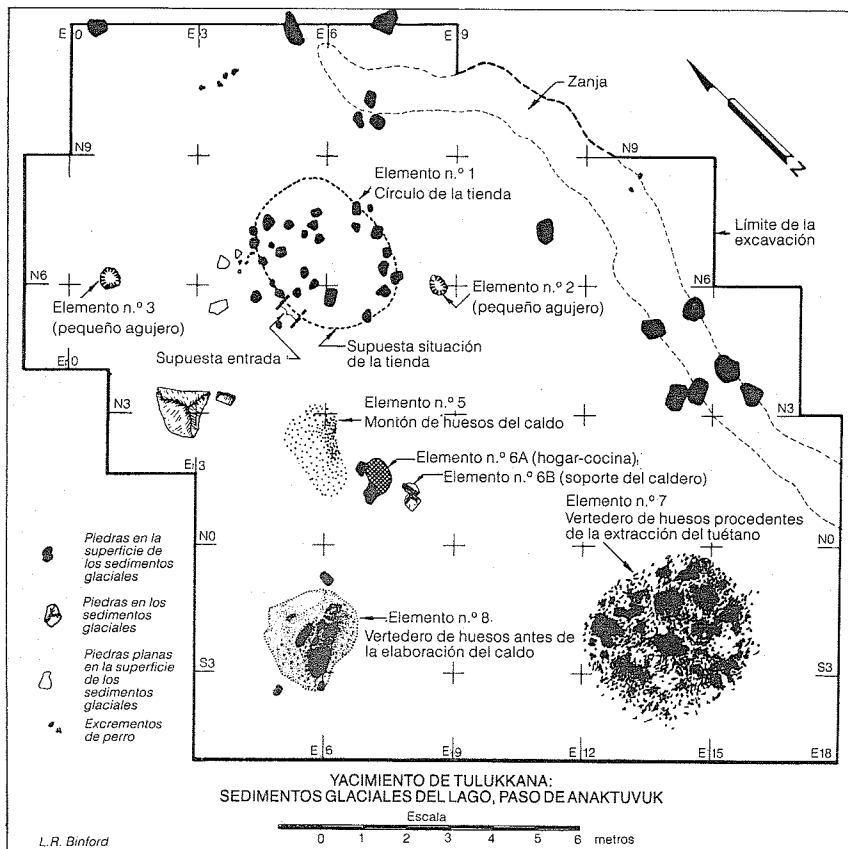
paces de identificar con exactitud los yacimientos de este tipo utilizados en el pasado, dotados de dimensiones muy reducidas y con un elevado grado de especialización.

#### *Yacimientos de proceso de la carne*

Entre los nunamiut existe un gran número de yacimientos relacionados con la caza del caribú, pero también encontramos muchos otros donde se efectúa la preparación de la caza. Anteriormente ya mencioné el yacimiento donde se descuartiza, en las fuentes del Anavik, y el lugar donde se secan las pieles, en Kongumuvuk. Otro ejemplo de este tipo de yacimientos nos lo ofrece el caso de una familia que mató alrededor de 50 caribúes, mediante la estratagema de conducirlos a un lago próximo (fig. 74). Todo el proceso de preparación del secado de la carne se realizó aproximadamente en tan sólo 12 días, pero aun así la cantidad de restos depositados en el lugar era verdaderamente asombrosa (fig. 75). Se crearon dos grandes montones de huesos rotos, procedentes de la extracción del tuétano, aunque de todos modos la carne perteneciente a tal cantidad de huesos no fue consumida allí y, por tanto, los montones no correspondían a los restos de sus comidas. Por esta razón, la cantidad de restos no es indicativa ni del número de personas que ocuparon el yacimiento ni del período de tiempo que residieron allí. Este yacimiento pone de manifiesto el peligro que

supone emplear una ecuación simple, del tipo propuesto por Yellen,<sup>13</sup> para relacionar la cantidad de restos con la duración de la ocupación. Antes de interpretar la naturaleza de los datos hallados en los yacimientos arqueológicos, debemos determinar el tipo de comportamiento que los generaron: es preciso reconstruir la función del yacimiento. Mi investigación entre los nunamiut ha demostrado que en los yacimientos arqueológicos se realiza una gran variedad de actividades. También ha puesto de manifiesto que estos diversos tipos de comportamiento dejan huellas diferentes en el registro arqueológico, por lo cual es posible que en el futuro se puedan desarrollar técnicas que nos permitirán reconocer lugares especializados utilizados en épocas prehistóricas.

74. Plano del yacimiento de Tulukkana, lugar donde se procesaron para su almacenamiento 50 caribúes, empleando para ello sólo 12 días. La enorme acumulación de huesos es consecuencia de las actividades de procesamiento de la carne allí desempeñadas y no un reflejo del número de individuos que ocupó el yacimiento ni de la duración de dicha ocupación.



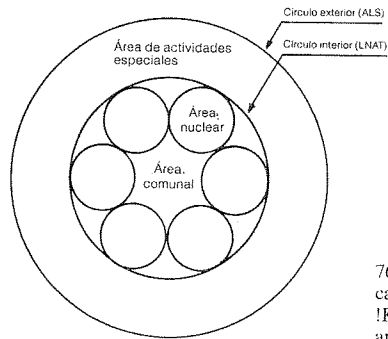
75. Mapa de las densidades de huesos de caribú hallados en el yacimiento de Tulukkana. (Véase la figura 74.)

#### DISPOSICIÓN DE LOS YACIMIENTOS DE RESIDENCIA

Los arqueólogos necesitan el empleo de métodos, aunque éstos estén a un nivel de análisis poco desarrollado, para estudiar los modelos de uso que tienen lugar dentro de cada uno de los yacimientos. Los lugares de residencia, así como los yacimientos especializados, pueden concebirse como formados por pequeños «módulos». Uno de los «complejos» de yacimientos más elemental es la estructura donde vive la gente. Los estudios de grupos cazadores y recolectores demuestran que la naturaleza de los módulos de residencia, así como la forma en que están distribuidos en el espacio, pueden variar enormemente y, por tanto, los arqueólogos deben estar en condiciones de reconocer todos los posibles cambios que se den en sus datos.

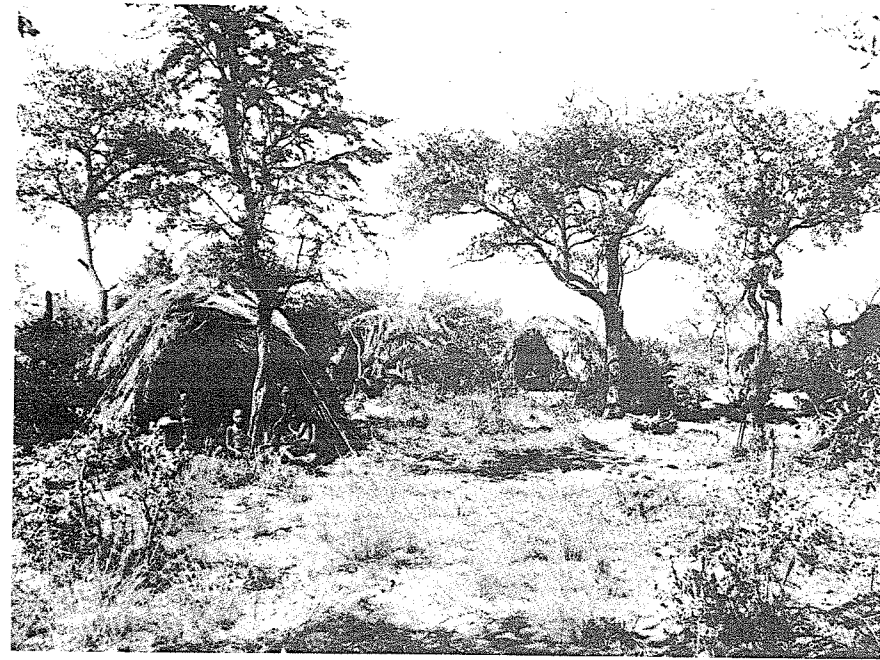
Yellen<sup>14</sup> ha propuesto un modelo general para los campamentos de residencia de los bosquimanos !Kung, en el que las chozas que albergan familias individuales se agrupan formando un círculo (fig. 76). En el centro del círculo de chozas aparece un espacio vacío de uso comunitario, mientras que en torno a su periferia se encuentra un área destinada a la realización de tareas especializadas. El campamento bosquimano que aparece representado en la figura 77 es un buen ejemplo de la estructura espacial reflejada en el modelo de Yellen. En los campamentos de la estación seca de los birhor (grupo de cazadores y recolectores de la India) también puede observarse la presencia de una agrupación estrecha de cabañas, cuyos hogares están situados a unos 3 m de las mismas.<sup>15</sup>

Pero no todos los campamentos de bosquimanos coinciden con este modelo



76. Modelo propuesto por John Yellen de un campamento idealizado de los bosquimanos !Kung. (Reproducción, autorizada, del original aparecido en Yellen, 1977, fig. 12, p. 126.)

idealizado;<sup>16</sup> otros grupos de cazadores-recolectores exhiben formas de distribución interna del yacimiento que no coinciden con el modelo de Yellen. Por ejemplo, los campamentos de los indios seri, en México, están estructurados según un modelo lineal y entre los cobertizos de las distintas unidades de habitación existe un espacio considerable (fig. 78). Tal como ocurre con los yacimientos bosquimanos, también entre los diversos asentamientos de los birhor (fig. 79) varía la distribución de las viviendas. Por ejemplo, en una ocasión en la que cuatro bandas habían acampado en un mismo lugar, cada una de ellas mantuvo su integridad individual estableciendo su campamento por separado. Además, las chozas no fueron distribuidas según el modelo de círculo propuesto por Yellen, sino que se ubicaron formando un semicírculo. A pesar de que se trata claramente de un único asentamiento (al margen de la separación espacial existente entre los distintos grupos), los restos arqueológicos de un yacimiento como éste podrían con facilidad ser interpretados —erróneamente— como una serie de asentamientos distintos, no integrados, ya que se observarían claros vacíos en la distribución de los restos, que coincidirían con los espacios libres existentes entre los grupos de cabañas correspondientes a las diversas bandas.

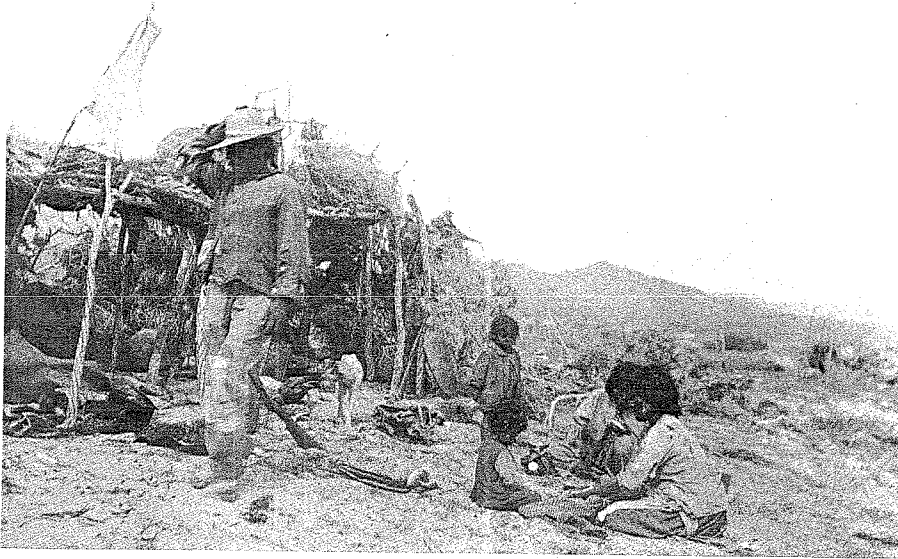


77. Campamento de residencia ocupado por los bosquimanos nharo que viven en el desierto central de Namibia. El modelo de círculo descrito por Yellen (fig. 76) queda reflejado en esta fotografía. Obsérvese la carne que cuelga del árbol situado a la derecha (véase fig. 65). (Foto de L. Fourie, cedida por el Africana Museum, Johannesburgo.)

El uso del espacio físico como elemento diferenciador de la distancia social, como se demuestra en el caso de los birhor, podría ser un principio común a todos los yacimientos de cazadores-recolectores. Si ello es cierto, esta generalización sería útil para encauzar la interpretación de los yacimientos arqueológicos. Sin embargo, puede presentarse una complicación posterior, que se hace evidente en los yacimientos de residencia de verano de los nunamiut. En estos lugares, pese a que las diferentes agrupaciones sociales o bandas establecen sus campamentos en distintas áreas del mismo yacimiento, las diversas casas pertenecientes a cada una de las bandas se encuentran a menudo separadas por grandes distancias. En un yacimiento, del que contamos con una información particularmente buena, la media de la distancia existente entre las residencias de los miembros de la misma unidad social era de unos 90 m. ¿Cómo interpretaría un arqueólogo esta distribución espacial representada por agrupaciones separadas de restos?, ¿como yacimientos diferentes?, ¿como diversos grupos sociales distintos?, o tal como era en realidad, ¿como dos bandas compuestas por diversas familias?

Si examináramos otros ejemplos etnográficos, se haría patente una gran va-



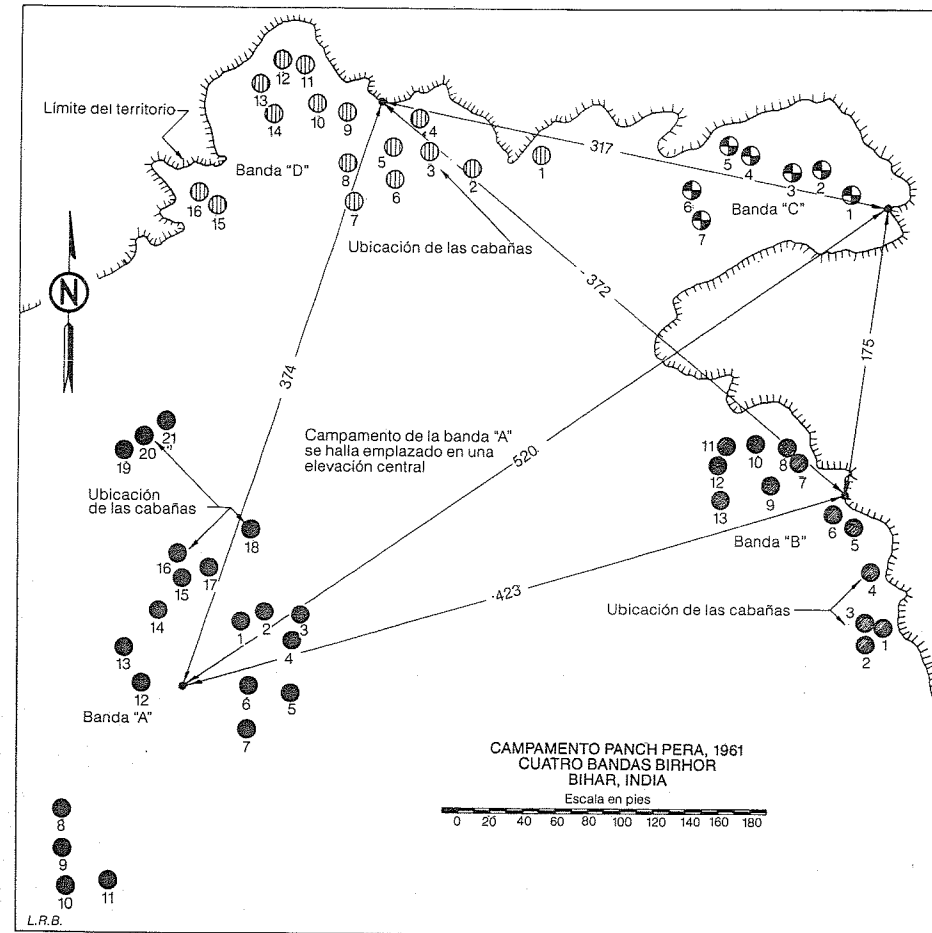


78. Campamento de indios seri, situado en la isla Tiburón, Sonora, México. Las estructuras del asentamiento aparecen alineadas, hecho que contrasta con el modelo de asentamientos de círculo propuesto por Yellen (fig. 76). Las cabañas en uso han sido emplazadas encima y junto a restos de estructuras anteriores, algunos de cuyos restos todavía son visibles en el extremo de la derecha de la fotografía. En Ascher (1962) se ofrece una descripción excelente de los asentamientos seri. (Foto de E. H. Davis, 1922, cedida por el Museum of the American Indian, Heye Foundation.)

riabilidad respecto a la distribución en el espacio de los módulos de residencia. La distribución de las estructuras (agrupadas o dispersas, en círculos o en semicírculos, etc.) y la distancia existente entre cada unidad varía de un grupo a otro, según se desarrolle el ciclo de estaciones de cada grupo étnico o banda. Los arqueólogos deben reconocer la existencia de este tipo de variabilidad, comprender los factores que la han originado y asimismo deben idear métodos para detectarla en el registro arqueológico.

#### EL RETO PARA NUESTRA METODOLOGÍA

Tal como he venido demostrando a lo largo de este capítulo, el patrón de asentamiento de los grupos cazadores y recolectores puede contemplarse como un modelo organizado en una serie de niveles, los cuales se extienden desde el área de grandes dimensiones que utiliza un grupo a lo largo de la vida de uno de sus miembros hasta llegar a la distribución de las casas y hogares en un yacimiento, pasando por el área central de residencia y el complejo situacional. (El análisis de los rasgos de cada uno de los yacimientos se considera amplia-



79. Mapa del campamento ocupado simultáneamente por cuatro bandas birhor (véase la figura 1). Obsérvese la gran distancia existente entre cada banda y la agrupación no circular de las cabañas. (Véase Williams, 1968.)

mente en el capítulo siguiente.) Es por ello que para comprender el registro arqueológico de los cazadores-recolectores debemos investigar cada uno de estos niveles. No sólo necesitamos desarrollar métodos que nos permitan reconocer los tipos de dinámica organizada que tuvo lugar en cada escala del uso del entorno, sino que debemos también ser capaces de detectar aquellas variaciones, concretadas a lo largo del tiempo entre grupos diferentes de cazadores y recolectores, que se refieren a la organización del comportamiento a nivel regional, de núcleo de residencia, de complejo situacional, de yacimiento individual y también a nivel de las actividades.



Es evidente que en este capítulo no he intentado desarrollar métodos por inferencia en lo que respecta a los modelos prehistóricos de uso de la tierra, aunque es de esperar que parte del material aquí presentado pueda ser utilizado para la consecución de este objetivo.<sup>17</sup> Por el momento, me he limitado a trazar el marco de la naturaleza del problema al que se enfrentan los arqueólogos. Sin embargo, en base a los ejemplos presentados, es posible extraer diversas lecciones de utilidad para los arqueólogos y sugerir algunos caminos a seguir.

A la luz de los datos expuestos sobre los nunamiut, no es correcto suponer que un grupo de gentes generan yacimientos internamente homogéneos. Igualmente, la creencia de que una mayor proximidad de los yacimientos entre sí implica a su vez una mayor similitud tampoco se ve refrendada por las experiencias expuestas anteriormente. La existencia de complejas situaciones, en las que una actividad determinada se realiza en tres o más lugares distintos, es incompatible con los métodos que muchos arqueólogos emplearon en el pasado para dar sentido a las similitudes y diferencias de los conjuntos de artefactos. Por lo menos en algunas regiones y en algunas sociedades de cazadores-recolectores podemos suponer que cuanto más intensa sea la utilización de un lugar concreto más variados serán los distintos tipos de asentamientos y yacimientos ubicados en dicho lugar: un ejemplo de ello es la zona del lago Tulugak, que merece una consideración más detallada. Por ejemplo, está generalmente aceptado que dentro del medio ambiente explotado por muchos cazadores y recolectores existen ciertos lugares, como el lago Tulugak, que proporcionan tanto una gran concentración de recursos de difícil transporte como muchas posibilidades de éxito en la obtención de recursos transportables. A nivel arqueológico, estos lugares son extremadamente complicados.

Así, cada yacimiento es el reflejo de la secuencia única de usos que motivaron en el pasado su emplazamiento en dicho lugar. Evidentemente, las diferencias internas que se observan en la naturaleza de las actividades, así como la segregación espacial de los lugares donde se han llevado a cabo diversas tácticas, son compatibles con algunos de los problemas que plantean los datos musterienses registrados por Bordes (cap. 4). Pero no nos confundamos: estas experiencias etnoarqueológicas no proporcionan soluciones directas al «problema musteriense». La conclusión que podemos sacar de mi trabajo entre los nunamiut no significa que mis argumentos funcionales acerca de la variabilidad del Musteriense fuesen correctos, sino más bien que los métodos arqueológicos por inferencia son *en general* inadecuados. Las convenciones utilizadas por la mayoría de arqueólogos paleolíticos han demostrado ser incapaces de hacer frente a la variabilidad y diversidad del uso de la tierra que nos ilustra el caso de los nunamiut. El reto que nos ofrece esta clase de etnoarqueología es crear metodologías mejores.

¿Cómo podemos aprender las lecciones que se derivan de esta investigación acerca de la dinámica del uso de la tierra y aplicarlas a los estudios de los conjuntos de útiles de piedra prehistóricos?<sup>18</sup> ¿Qué deberíamos hacer para pasar de la visión etnográfica global de un sistema dinámico completo a la perspectiva estacionaria basada en el yacimiento que utiliza la arqueología? Es evidente que cada uno de los yacimientos que pertenecen al mismo sistema de uso de la tierra de los cazadores-recolectores es diferente. Por esta razón, un esquema de clasi-

ficación de yacimientos que sigue criterios de similitud en la estructura no puede agrupar correctamente a los yacimientos que corresponden a un tipo de explotación del medio ambiente, ni tampoco a aquellos que abarcan el período de vida de un individuo. Ello nos lleva de nuevo al desafío metodológico: ¿cómo reconocer que estas cosas *diferentes* halladas en lugares *distintos* son componentes de un *mismo* sistema?

Gran parte de mi trabajo, expuesto a lo largo de estas líneas, se ha centrado principalmente en los huesos de animales,<sup>19</sup> porque son elementos comunes tanto al presente como al pasado. Hemos demostrado que en los yacimientos los esqueletos de animales han sido modificados y distribuidos de acuerdo a principios particulares, que en última instancia fueron determinados por las actividades básicas que también se llevaron a cabo en otros lugares del entorno, tal como he demostrado en este capítulo. En el próximo capítulo pretendo seguir otras líneas de investigación que podrán ayudar a la arqueología a diagnosticar (con otro tipo de datos tales como los conjuntos líticos) la variabilidad causada por diferencias en el uso de los emplazamientos, tal como queda reflejado en este capítulo. Este nuevo tipo de investigación se centra en el estudio de la estructura del yacimiento.



## 7. LA GENTE EN SU ESPACIO

LA ESTRUCTURA DEL YACIMIENTO: UN DESAFÍO A LA INTERPRETACIÓN ARQUEOLÓGICA

Tal como ya vimos en los tres primeros capítulos, uno de los Grandes Interrogantes que los arqueólogos intentan normalmente dilucidar es la forma en que el hombre primitivo organizaba su *espacio de vida*; es decir, conocer la ubicación y relación espacial de actividades tales como dormir, comer, conseguir alimentos, elaborar útiles, etc. Queremos saber hasta qué punto el hombre primitivo hizo un uso adecuado y especializado del espacio. Por ejemplo, una vez iniciado el empleo regular de útiles, ¿organizaron nuestros antepasados su uso del espacio de manera que siempre tuvieran a mano los útiles necesarios o, simplemente, se limitaban a fabricarlos y abandonarlos en el lugar de su utilización? ¿Compartían el alimento según la tendencia observada en el hombre moderno? En otras palabras, el estudio del uso del espacio en el pasado plantea una pregunta fundamental: ¿cómo estaban organizadas las actividades humanas en los diferentes lugares?

Vimos en el capítulo anterior cómo algunos cazadores-recolectores modernos se desplazan por un cierto número de lugares llevando a cabo en cada uno de ellos diferentes tipos de actividades. Si el arqueólogo, tal como intenté enfatizar entonces, quiere comprender la dinámica de los sistemas que se produjeron en el pasado, debe ser capaz de diagnosticar la naturaleza y organización de las tareas realizadas en cada yacimiento. Asimismo, si queremos resolver el «problema musteriense» debemos estar en condiciones de reconstruir por lo menos algunas de las actividades que fueron realizadas en sus yacimientos, actuando en función de los datos y dejando al margen la formación de los conjuntos líticos, ya que nuestro objetivo consiste en averiguar si la composición de los conjuntos de útiles de piedra varía de forma regular ante hechos que pudieron ocurrir en el pasado. Más concretamente, los arqueólogos quieren interpretar, *en lo que respecta a las condiciones de vida prehistóricas*, hechos tales como las distintas frecuencias de los útiles, sus diferencias de distribución con respecto a los restos de animales o la relación existente entre ciertos tipos de restos, procedentes de la elaboración de útiles de piedra, y los mismos útiles.

El estudio de la *estructura del yacimiento*, es decir, la distribución espacial de artefactos, restos y fauna en los yacimientos arqueológicos, fue uno de los retos que me propuse conseguir cuando inicié la investigación etnoarqueológica.<sup>1</sup> Mis experiencias etnográficas me hicieron ver que, generalmente, existen

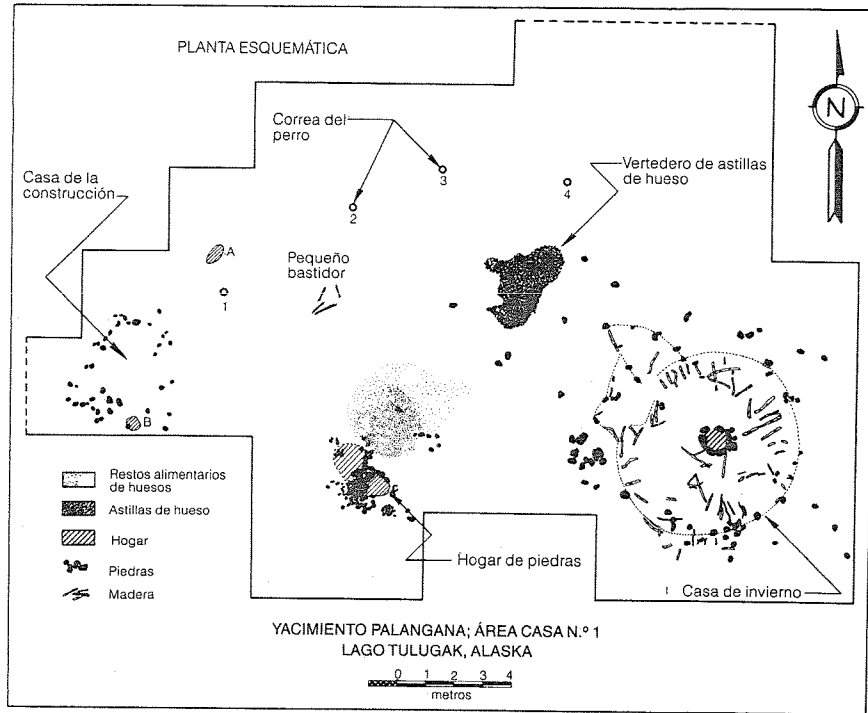
grupos de variables que, según los casos, determinan en gran medida la forma de organizar el comportamiento en los distintos lugares. Por ejemplo, en los campamentos de caza el relativo éxito de una partida influye de manera sustancial sobre los modelos de consumo de alimentos,<sup>2</sup> sobre las actividades realizadas y, a menudo, incluso sobre la duración de ocupación del campamento. Por otra parte, en los campamentos de residencia estas situaciones de dependencia son difícilmente evidentes y, en caso de que existan, reflejan drásticas medidas de fuerza que conllevan estrategias de emergencia nunca vistas en campamentos de caza.<sup>3</sup> En resumen, observé que los distintos modelos de variabilidad en los conjuntos podían relacionarse con tipos de yacimientos funcionalmente diferentes. Sin embargo, y pese a estas diversidades funcionales, parece que también existe una serie de rasgos que subyacen permanentemente y que son característicos de la organización espacial interna de la vida de un yacimiento. Por todo ello, mientras investigaba el problema de la variabilidad en la asociación de la fauna, aproveché cualquier oportunidad que se me presentó para documentar el modelo espacial de los hallazgos en yacimientos de los que se conoce su función, duración de la ocupación, época de uso, etc.; realicé esta tarea con la esperanza de reconstruir una «colección» de materiales que podría, quizá, servir de base para el desarrollo de los criterios que me permitieran reconocer los factores que condicionan la organización espacial de las actividades llevadas a cabo en los yacimientos, al margen de su función.

Uno de los elementos comunes a todos los yacimientos, tanto del presente como del pasado, es el tamaño físico y la estructura de los hombres que los utilizaron. ¿Acaso este hecho simple representa la clave para interpretar la estructura del yacimiento? Si a partir de ejemplos etnográficos se pudiera demostrar que ciertos tipos de modelos espaciales son el resultado de simples mecanismos del cuerpo humano, dispondríamos de una base para hacer inferencias acerca del pasado, por lo menos a partir del momento en que nuestros antepasados tuvieron un cuerpo similar al nuestro. La relación entre el cuerpo humano y los modelos espaciales actuaría como un «objeto eterno» (por usar el término de Whitehead),<sup>4</sup> ya que ésta ha sido constante, tanto en el pasado como en el presente.

Así como el esqueleto proporciona el armazón del cuerpo (en torno al cual se disponen los músculos y órganos), también la ordenación de los *elementos auxiliares* de un yacimiento conformará el esqueleto alrededor del cual se organizan las actividades; el número de personas y efectos depende, así, de esos elementos existentes en el yacimiento. Philip Wagner los ha definido de la siguiente manera:

... contenedores, tales como cestas, vasijas, cajas, edificios, ... instalaciones, en la forma de caminos y plataformas ... y barreras, como pueden ser las vallas, diques, muros ... estos elementos representan un reacondicionamiento o aumento de las características del medio ambiente ... controlan o previenen las acciones de los materiales sólidos, líquidos o gaseosos, y también las de los seres animados.<sup>5</sup>

La «morfología del esqueleto» de un yacimiento —o lo que yo denomino *organización del yacimiento*— no es más que la distribución de tales elementos. Desde una perspectiva arqueológica, los consideramos como *rasgos*, y las áreas de



80. *Planta esquemática* del yacimiento de Palangana, un asentamiento esquimal nunamiut de invierno. (Su localización exacta aparece en las figuras 53 y 66.) Seguramente existía también un bastidor para secar la carne, aunque éste no fue localizado. La estructura de tamaño reducido anotada como «casa de la construcción» fue edificada para que la ocuparan los hombres mientras construían la casa de invierno y no fue utilizada una vez ésta estuvo acabada. Para una descripción del yacimiento, véase Binford (1978 a, pp. 431-449).

uso y los caminos de circulación como *modelos de ítems y/o agrupaciones espaciales de artefactos*. Estoy convencido de que los rasgos definitorios del carácter de las actividades, la organización del trabajo empleado en su ejecución y el uso previsto de un lugar, en relación al sistema global de subsistencia del asentamiento, están codificados en la organización de la estructura del yacimiento. Debemos conocer, por una parte, los factores que condicionan la manera en que la gente se instala, dispone y usa un lugar, mientras que, por la otra, adquiere gran importancia la forma en que un grupo mantiene un yacimiento.

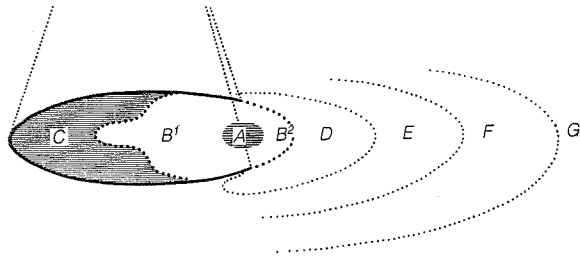
La mejor manera de ilustrar estas observaciones generales es mediante el ejemplo. En un típico asentamiento esquimal de invierno (fig. 80) existe una organización situacional característica, formada por diversos elementos auxiliares básicos que incluyen una casa, un bastidor para la carne, correas de perro y hogares al aire libre. Distribuidas alrededor de estos objetos, o entre ellos, se

encuentran diversas áreas de actividades especializadas, las cuales pueden incluir un basurero familiar, un montón de astillas de hueso, un cercado para los perros, un área de trabajo, una pila de troncos asociada a una zona de talla de la piedra, un espacio destinado al juego de los niños y, finalmente, una serie de áreas dedicadas a los restos desechados por los hombres. Tales áreas no constituyen un elemento auxiliar *per se*, sino que se trata de lugares donde se llevan a cabo funciones concretas, apropiadas para las necesidades de vida de la unidad social allí presente. Las superficies de tierra sobre las que se realizan regularmente ciertas actividades quizá no ofrecían el aspecto actual, ya que han sufrido modificaciones (al margen de si fueron limpiadas o no). Desde el punto de vista arqueológico, no deben considerarse como alteraciones del relieve, ni tampoco como una simple disposición de materiales —naturales o manufacturados— (una casa o un hogar, por ejemplo), sino que debemos observar en ellas los rastros arqueológicos que nos indiquen las funciones allí realizadas en base a las disposiciones espaciales de los ítems, tanto útiles como desechos, que fueron producidos en el área de forma accidental o bien colocados intencionalmente. Los caminos y avenidas de acceso, tanto para las personas como para los materiales, están incluidos en la estructura de los elementos auxiliares y de las áreas de uso.

Desde una perspectiva arqueológica, lo más apropiado es, una vez obtenido el perfil general, proceder de forma analítica y descriptiva con el fin de intentar definir la organización situacional en función de sus rasgos y, posteriormente, estudiar las relaciones existentes entre esta organización interna y la dispersión de los ítems. Por desgracia, en la realidad los restos arqueológicos difícilmente ofrecen una situación tan ideal. Es corriente que en muchos yacimientos arqueológicos, si no en todos, los elementos auxiliares no aparecen en un estado de conservación similar y ello dificulta la forma de proceder propuesta. Un hogar puede, por ejemplo, ser reconocido, pero la presencia de una casa a su alrededor es probable que no quede señalada por agujeros de poste o por otros detalles estructurales.

Carecemos, en la actualidad, de los métodos adecuados para llevar a término esta tarea. Leroi-Gourhan,<sup>6</sup> por ejemplo, adelantó un modelo de estructura situacional mediante el cual pretendía inferir la presencia de una casa a partir de la dispersión de los ítems (fig. 81). Su inferencia no sólo es sospechosa por cuanto escoge la agrupación de ítems *después* de asumir la existencia de una casa,<sup>7</sup> sino que, a tenor de mis experiencias etnográficas, considero que sus sugerencias no son nada convincentes. Los arqueólogos necesitan disponer de criterios que les permitan distinguir los modelos que puedan aparecer en ausencia de la casa, o en yacimientos donde los tipos de indicios de residencia no están presentes.

Si adoptamos el punto de vista de los procesos de formación, vemos que estos yacimientos están organizados en módulos del tipo ya descrito en el capítulo 6. En el caso del yacimiento esquimal se puede hablar con bastante propiedad de los hogares dispuestos para cocinar al aire libre, del cercado para el perro, del área de juego, etc. Hace ya tiempo denominé a tales módulos *áreas de actividad*. En la literatura especializada se observa una considerable confusión respecto a éste y a otros conceptos relacionados con él, debido, al menos en



81. *Modelo de lugar de residencia según Leroi-Gourhan.* El hogar (zona A) está situado a la entrada de la casa o estructura y se considera el centro de las actividades organizadas del yacimiento. Dicho hogar marca la división entre el espacio interior y el exterior de una estructura. El interior se concibe como el área de uso doméstico y puede estar subdividido en dos zonas. En la zona B<sup>1</sup> las personas se sientan alrededor del fuego y llevan a cabo diversas actividades y actos sociales; es de suponer que la mantienen razonablemente limpia, ya que se trata de un lugar donde se llevan a cabo las actividades más delicadas. Leroi-Gourhan describe la zona B<sup>1</sup> como el área donde los arqueólogos encontrarán pequeños útiles y ocre. La segunda área del interior de la estructura la denomina zona C, el área dormitorio, donde es de suponer que se encuentren pocos artefactos o desechos. En torno al hogar, pero ya en el exterior de la estructura, existe otro espacio doméstico, zona B<sup>2</sup>, donde se considera que se realizan las actividades más toscas, que producirán una gran cantidad de desechos. Dichos desechos pueden consistir en los restos del trabajo de la piedra, asta de venado o hueso, y también se podrán hallar en esta zona B<sup>2</sup> piedras usadas para cocinar. Más allá existe una serie de círculos concéntricos, zonas D, E, F y G, que son concebidas como: D, zona de vertedero concentrado y disposición repetitiva; E, zona de vertedero disperso; F, espacio de vertedero escaso, y G, espacio con hallazgos aislados. En este modelo es de esperar que se observe una gran diferencia en la densidad de restos existentes a ambos lados del hogar: la mayor densidad corresponderá al área situada fuera de la casa, y la menor, al lado opuesto. Éste es un buen ejemplo de cómo un modelo de formación puede utilizarse para justificar una serie de convenciones ideadas para interpretar los restos arqueológicos. (Reproducción, autorizada, del original aparecido en Leroi-Gourhan y Brézillon, 1972, fig. 174, p. 254.)

parte, a la imposibilidad de distinguir las diferencias que existen entre las peculiaridades de un sistema cultural vivo y los modelos de los restos arqueológicos (confusión que fue acertadamente anticipada hace ya algunos años por Schiffer y Rathje).<sup>8</sup> Pero antes de proseguir, debo explicar con claridad el significado exacto de conceptos tales como «actividad», «equipo de herramientas» y «áreas de actividad». Un *equipo de herramientas* es el conjunto de útiles empleados en la consecución de una tarea. Una *actividad* es una serie de tareas integradas que se ejecutan generalmente en una secuencia temporal y de manera ininterrumpida. Es sabido que tareas idénticas pueden formar parte de actividades distintas: por ejemplo, la tarea de cortar carne puede incluirse en las actividades de descuartizamiento y preparación de la carne para su cocción y consumo, etc. Las *áreas de actividad* son lugares o superficies donde tienen lugar actividades tecnológicas, sociales o rituales. Es fácil imaginar actividades que requieren el empleo de diversos equipos de herramientas y, a la inversa, diferentes actividades que reúnen uno o más equipos de herramientas idénticos. Fue precisamente el hecho de suponer que este tipo de mezcla de componentes estaría presente

en el registro arqueológico lo que me impulsó hace ya algunos años a defender el empleo de técnicas estadísticas multivariadas para el análisis de la variabilidad entre conjuntos.<sup>9</sup>

Volviendo al punto de vista espacial, es conveniente anticipar que las áreas ubicadas dentro de los yacimientos pueden ser igualmente complejas: en algunos casos, se tratará de lugares utilizados para fines diversos, mientras que en otros advertimos la realización de actividades o tareas exclusivas. Ello nos lleva a la conclusión de que no existe necesariamente una correspondencia exacta entre un lugar y un equipo de herramientas, o incluso entre un espacio y una simple actividad. Pero no debe inferirse a partir de estas afirmaciones que la ubicación de los artefactos carece de estructura y, por tanto, que no proporciona información acerca del carácter del sistema cultural del pasado, sino todo lo contrario: el reto de interpretar la estructura situacional no difiere del desafío que plantea la arqueología en general. ¿Cómo dar el sentido exacto a los modelos que observamos?<sup>10</sup>

Iniciaré, en primer lugar, la búsqueda de métodos apropiados a través del estudio de la composición actual de los modelos existentes en la estructura situacional, mientras que dedicaré el resto del capítulo a comentar algunas de las observaciones más sugerentes que he realizado sobre los pueblos actuales. Por tal razón, centraré mis análisis en los módulos espaciales que subyacen en la estructura de la ubicación y disposición de las actividades (*áreas de actividad*) y en las asociaciones de ítems (*equipo de herramientas*), fácilmente detectables por los arqueólogos mediante el estudio de reconocimiento de los modelos de la estructura situacional.

#### EL TRABAJO ALREDEDOR DE UN HOGAR

Cuando los individuos realizan un trabajo que requiere el uso de un hogar tienden a desempeñar su tarea de acuerdo con un modelo espacial que parece ser universal. Por ejemplo, una mujer bosquimana !Kung que vive en Botswana

82. Joven bosquimano utilizando un perforador de arco en un campamento ubicado en Gautsha Pan. Obsérvese que no se halla sentado directamente frente al fuego sino a un lado. El hogar se halla a poca distancia de un cobertizo en cuyo interior es visible un lecho. Cerca del fuego, al otro lado del individuo sentado, se halla otro yunque. (Foto tomada en 1975 por J. Kramer, cedida por el South African Museum, Ciudad de El Cabo.)



tritura las cortezas del mongongo sobre un yunque emplazado aproximadamente a 1 m del hogar donde serán tostados (fig. 82). Para realizar esta tarea no se sitúa directamente frente al fuego, sino que permanece sentada lateralmente, ya que si adoptara una posición frontal carecería del espacio suficiente para trabajar y, evidentemente, le resultaría difícil remover las brasas. Nos encontramos ante el modelo típico de una persona que trabaja alrededor del fuego: el operario se sienta de manera que su cuerpo forme un ángulo recto respecto al fuego y se coloca a una distancia de 1 m. Un aborigen del Desierto Central de Australia también se sienta en posición ladeada respecto al fuego cuando calienta, en las brasas, la resina que empleará para enmangar un útil de piedra en su puño de madera (fig. 83). La misma postura se observa, asimismo, cuando una mujer navajo prepara los alimentos en un hogar situado al aire libre (fig. 84). Este modelo ha sido registrado por los antropólogos en numerosos trabajos etnográficos y yo, personalmente, he tenido ocasión de identificarlo con frecuencia al examinar antiguas fotografías etnográficas.

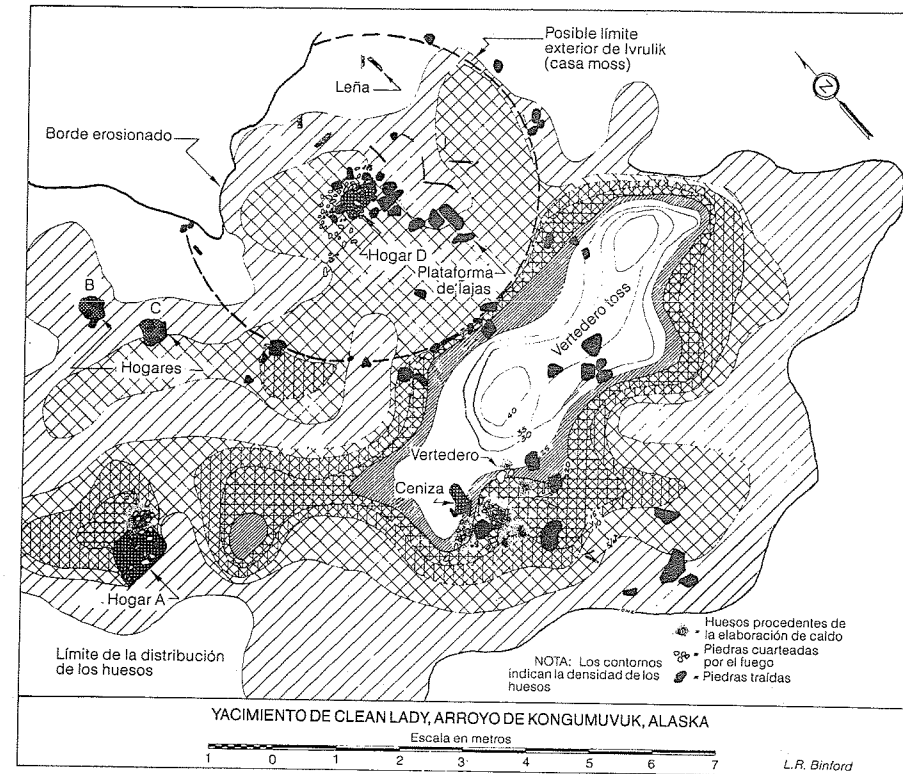
Una vez constatado un modelo básico de actividad en torno a un hogar es importante resaltar una serie de detalles adicionales asociados o de diferencias importantes que pueden ser significativos. En el interior de las casas se suele



83. Hombre aborigen alyawara del centro de Australia preparando resina de spini-fex utilizada para enmangar útiles de piedra. Para realizar su trabajo se sienta frente al hogar.



84. Mujer navajo del Sudoeste de Estados Unidos preparando alimentos en un hogar al aire libre. Obsérvese la ubicación del hogar en relación a la mujer y a sus artefactos. (Foto cedida por Susan Kent.)

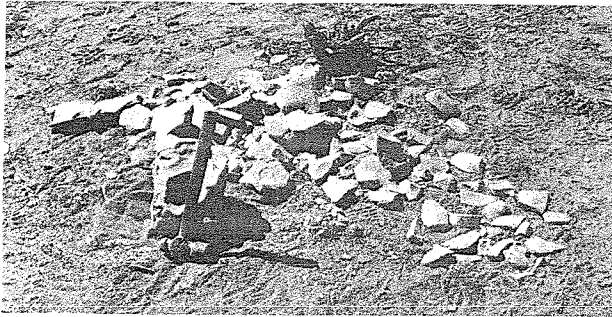


85. Mapa del yacimiento Clean Lady, próximo al arroyo Kongumuvuk, Paso Anaktuvuk, Alaska. Puede observarse la disposición de lajas en forma de arco conformando una plataforma adyacente al hogar, D, situado en el interior de la casa moss. Este modelo es típico de las situaciones en que un individuo utiliza habitualmente un lugar concreto en torno al hogar. Obsérvese también el grado de limpieza del área interior delimitada por la plataforma. Existen, además, un hogar exterior, A, un pequeño vertedero de puerta, a la derecha de la entrada de la casa, y un enorme basurero de huesos, a la izquierda.

86. Grupo familiar de bosquimanos !Kung preparando las cortezas mongongo. Obsérvese la disposición circular del grupo; los individuos aparecen sentados a cierta distancia del hogar situado en primer término. (Foto cedida por Patricia Draper.)



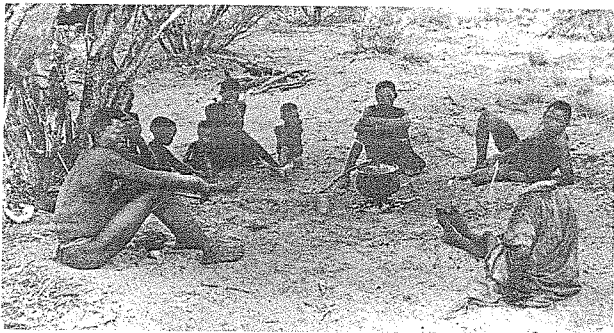




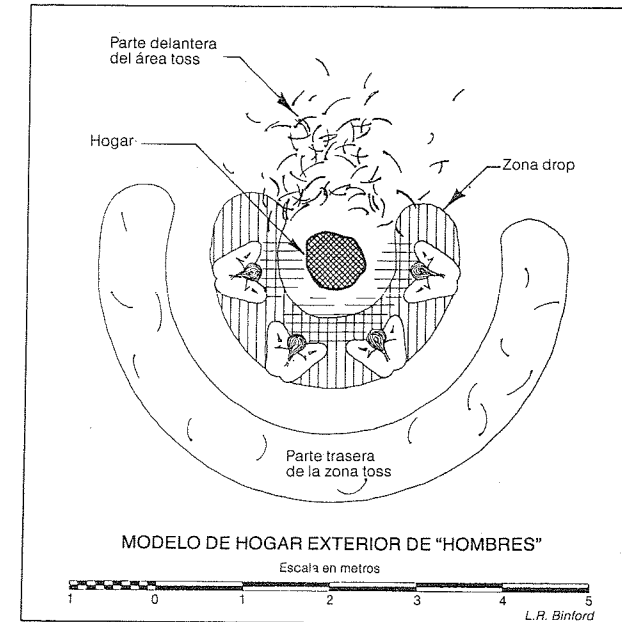
87. Restos procedentes de la elaboración de útiles de piedra. Esta actividad se realizó en el campamento de hombres del yacimiento de Bendaierum, situado en el centro de Australia, ocupado por los aiyawara.

colocar cierto número de piedras junto al hogar, que son utilizadas como pequeñas mesas destinadas a cortar la carne, preparar el alimento o depositar recipientes contenedores (fig. 85). Pero el modelo observado difiere ostensiblemente si se trata de todo un grupo de individuos, que trabajan alrededor de un hogar, o bien tan sólo de un único operario, que se sienta en solitario junto al modelo. Con el fin de que todos los individuos dispongan del espacio necesario para trabajar, cada uno de ellos se sitúa a cierta distancia del fuego, de manera que los restos resultantes de su actividad aparecerán formando un círculo alrededor de éste (fig. 86), en una disposición que difiere de la distribución perpendicular de restos propia del trabajo de un solo individuo.

Otra observación importante acerca de la estructura situacional nos la ilustra la manufactura de útiles de piedra (fig. 87) llevada a cabo por los aborígenes aiywara, en Australia.<sup>11</sup> En una ocasión tuve la oportunidad de ver a un hombre sentado que hacía saltar lascas de un núcleo. La ubicación de los pequeños fragmentos resultantes del impacto de los golpes me indicaría posteriormente el lugar donde aquél se había sentado, ya que estos pequeños fragmentos cayeron entre sus piernas y permanecieron intactos en el lugar. Las lascas, sin embargo, habían sido dispuestas cuidadosamente formando un arco frente a él, y la forma y tamaño de dicho arco venían determinados por la longitud del brazo del individuo. Un modelo similar fue también observado en una parte del mundo to-



88. Disposición circular clásica alrededor de un hogar observada por los bosquimanos nharo en Ganzi, Botswana, 1969. (Foto de H. Steyn cedida por el South African Museum, Ciudad de El Cabo.)



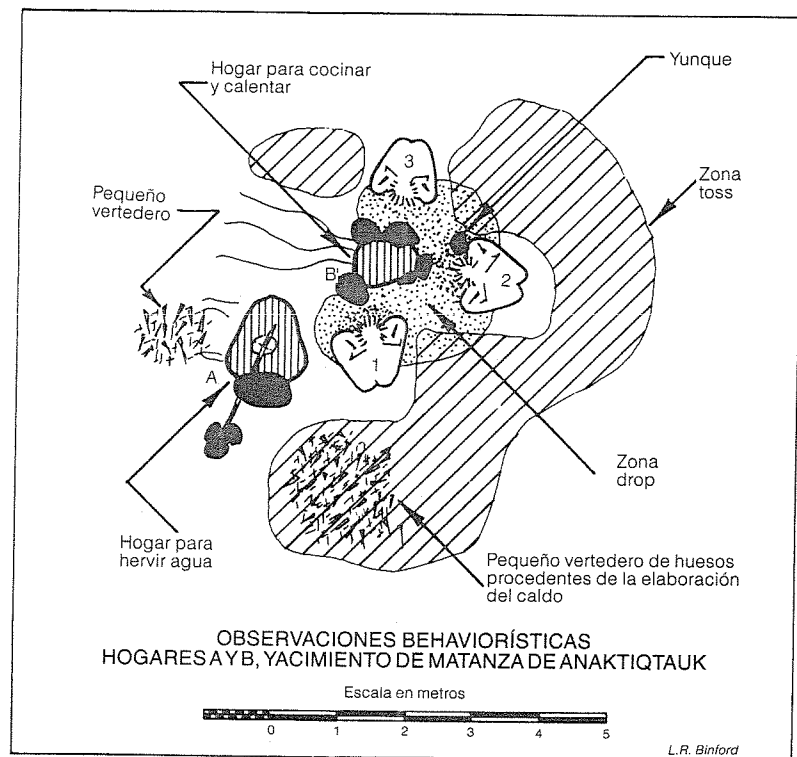
89. Modelo de zonas drop y toss en base al comportamiento observado en el yacimiento Mask, situado en el Paso Anaktuvuk, Alaska. (Véase Binford, 1978 b.)

talmente opuesta (el Norte de Alaska), lugar donde tuve la ocasión de contemplar a algunos esquimales ancianos que trabajaban la piedra.

Los modelos espaciales de trabajadores sentados en torno a un hogar se complican frecuentemente ante la presencia de más de un individuo y ello obedece al hecho de que acciones similares y paralelas realizadas por distintos individuos, así como sus diferentes gestos, generan distribuciones superpuestas. La figura 88 nos muestra claramente la disposición clásica de un hogar central y una serie de individuos sentados a su alrededor. Creo que el lector podrá apreciar la compleja naturaleza de los modelos espaciales que generan los ítems dejados por un grupo de personas sentadas. Este tipo de distribución ha sido convertida en un modelo ideal (fig. 89), y para ello nos hemos basado en las observaciones hechas en un yacimiento esquimal donde un grupo acostumbraba a sentarse alrededor del fuego formando un círculo. Los restos desechados conformaban un redondeo de pequeños ítems ubicado en torno al hogar; sin embargo, la disposición de los ítems grandes era distinta, ya que estos objetos habían sido arrojados por los individuos hacia atrás de sus espaldas, lejos del área donde permanecían sentados.

Permítanme que ilustre este modelo general de un grupo sentado alrededor del fuego haciendo referencia a un caso concreto registrado entre los nunamiut, en un campamento de caza donde los hombres realizaban las tareas de extracción del tuétano de los huesos de caribú. Si observamos la distribución espacial de las pequeñas astillas, resultantes de la fractura del hueso para extraer el tué-





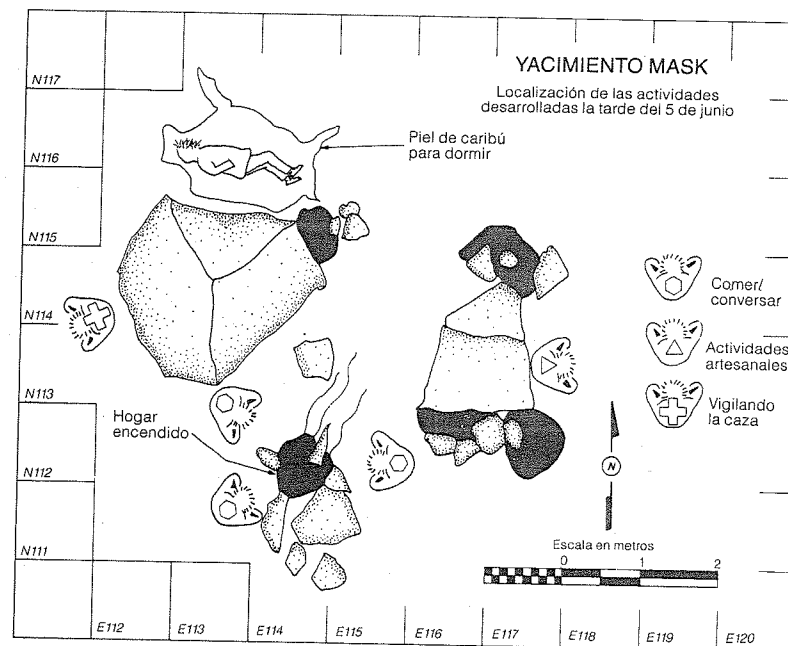
90. Comportamiento observado en torno a los hogares A y B, en el yacimiento de matanza y descuartizamiento de Anaktuvuk, situado en el Paso Anaktuvuk, Alaska. (En la figura 53 aparece su localización exacta.) Dos hombres (n.ºs 2 y 3) sentados frente al hogar B, rompen huesos de caribú y comen el tuétano. Las astillas resultantes de romper los huesos quedan esparcidas a su alrededor, en la *zona drop*. Los huesos grandes son dejados a un lado o arrojados detrás, en la *zona toss*. Llega el individuo n.º 1 y sugiere hacer un caldo con las colas de caribú que trae consigo y algunos de los huesos dejados una vez extraído el tuétano. Para ello enciende un fuego en un segundo hogar, A, y coloca una lata de café encima del fuego para que hierva el caldo (véase la figura 72). El individuo n.º 1 vigila el fuego y el hervor del caldo hasta que considera que ya está a punto. Entonces lo vierte en tazas y los huesos empleados para hacer el caldo son depositados al otro lado del hogar A. La preparación del caldo la ha realizado el individuo n.º 1 de pie. Una vez consumido el caldo, dicho individuo recoge numerosos fragmentos óseos abandonados tras la extracción del tuétano y prepara con ellos otro caldo. Una vez servido este segundo caldo, los huesos hervidos son depositados detrás del lugar donde está sentado el individuo n.º 1.

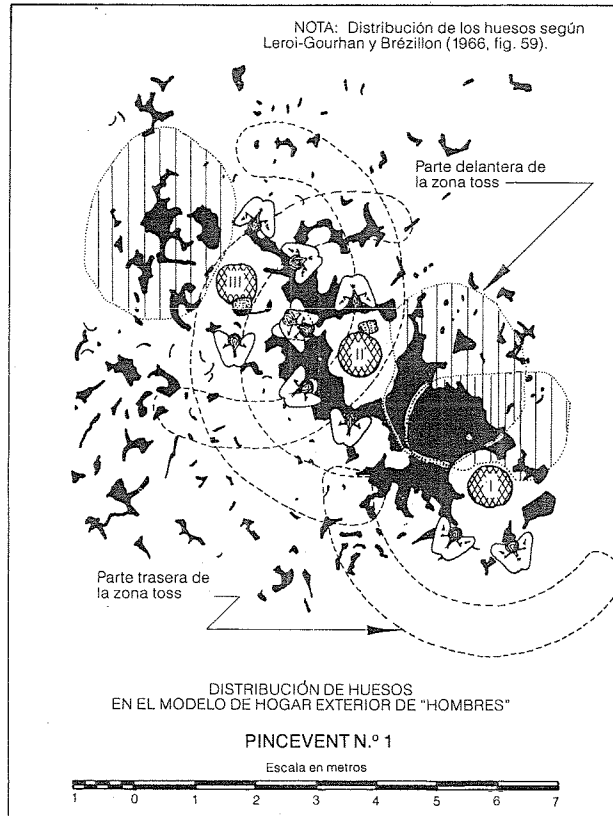
tano, vemos que éstas se concentran alrededor del hogar en un lugar que denominamos *zona drop*.<sup>12</sup> Estas minúsculas astillas de hueso son análogas a los pequeños fragmentos que se originan durante la reducción de los núcleos de piedra (fig. 87) y, como ocurrió con los restos líticos, tampoco fueron tocados por

los esquimales; es decir, fueron abandonados *in situ*, en el mismo lugar donde se produjo la extracción del tuétano. Por otro lado, la distribución espacial de los fragmentos de hueso grandes —en la *zona toss*—<sup>13</sup> es diferente, ya que éstos fueron arrojados o colocados detrás de los individuos, en un área despejada, una vez que el tuétano había sido extraído. El hecho de arrojar a un lado los items de gran tamaño es descrito por los esquimales como un tipo de «mantenimiento preventivo» del área donde se sientan. Cuando pregunté la razón de estas distintas maneras de distribuir los huesos, me dijeron «¿quién quiere sentarse sobre un hueso grande?».

La presencia de diversos individuos que realizan tareas diferentes en torno a un hogar puede contribuir a la variabilidad, tanto del contenido como de la forma, de las distribuciones de los huesos. En la situación que nos muestra la figura 90, el individuo n.º 1 se dedica a hervir fragmentos de hueso para elaborar una especie de caldo, actividad que se realiza en un hogar distinto (aunque ello no se considere siempre necesario). Un hecho destacable es que dicho individuo, tras verter el caldo en unos tazones adecuados para que tanto él como los demás miembros del grupo puedan ingerirlo, procede a vaciar el contenido del recipiente utilizado para hervir los huesos al otro lado del fuego o lo tira directamente a su izquierda; en la figura 90, estas áreas son denominadas «pequeños vertederos». Esta acción —la colocación de una masa de restos agrupa-

91. Actividades desarrolladas en el yacimiento Mask, Paso Anaktuvuk, Alaska, en una tarde de primavera.

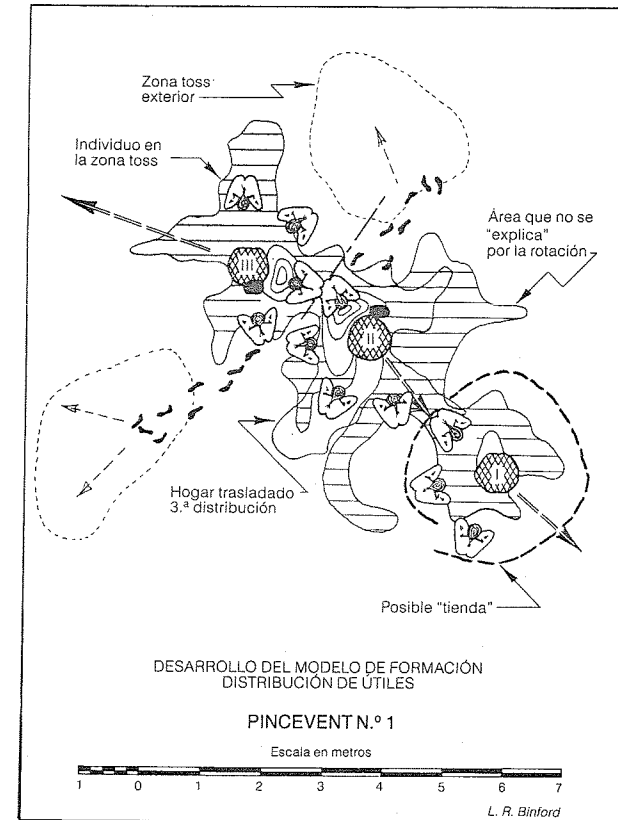




92. Modelo de *zona toss*, de unos hombres sentados alrededor de un hogar exterior, superpuesto a la distribución de los artefactos de hueso del yacimiento de Pinchevent Uno. (Basado en los datos arqueológicos aparecidos en Leroi-Gourhan y Brézillon, 1966, fig. 59, p. 335.)

dos— forma, obviamente, una concentración homogénea de ítems, a diferencia de lo que ocurría con los ítems sobre los que hemos estado hablando hasta ahora. Estas distribuciones localizadas rompen y alteran el modelo de ítems desechados y arrojados que se han ido acumulando simultáneamente. En los días siguientes, cuando había más hombres en el yacimiento, se construyó un tercer hogar en el lugar indicado en la figura 90. La existencia previa del pequeño montón de huesos detrás del individuo n.º 1 actuaba como una especie de «ímán» concentrándose a su alrededor otros desechos, de manera que la mayoría de los ítems arrojados por los hombres que se hallaban sentados en torno del último hogar fueron a engrosar el montón anterior, todavía visible.

Estos ejemplos han ilustrado tres modelos distintos de disposición de restos: primero, abandonar ítems *in situ*; segundo, arrojar ítems de forma individualizada, y tercero, arrojar un conjunto de ítems *en masa*. En el primer caso, los ítems tienden a permanecer en el área inmediata al lugar donde fueron elaborados o



93. Modelo de formación de los hogares de Pinchevent Uno. Debido a un cambio en la dirección del viento (simbolizado por las flechas intermitentes), los ocupantes se trasladaron de un hogar a otro, situado en las inmediaciones. Este uso del espacio extensivo no es característico en lugares que presentan un espacio limitado, como es el caso de una casa o abrigo. (Los datos arqueológicos provienen de Leroi-Gourhan y Brézillon, 1966, fig. 56, p. 331.)

trabajados, pero los ítems grandes o los conjuntos de ítems pequeños son arrojados a la periferia de las áreas de trabajo donde fueron usados.

#### HOGARES EXTERIORES E INTERIORES

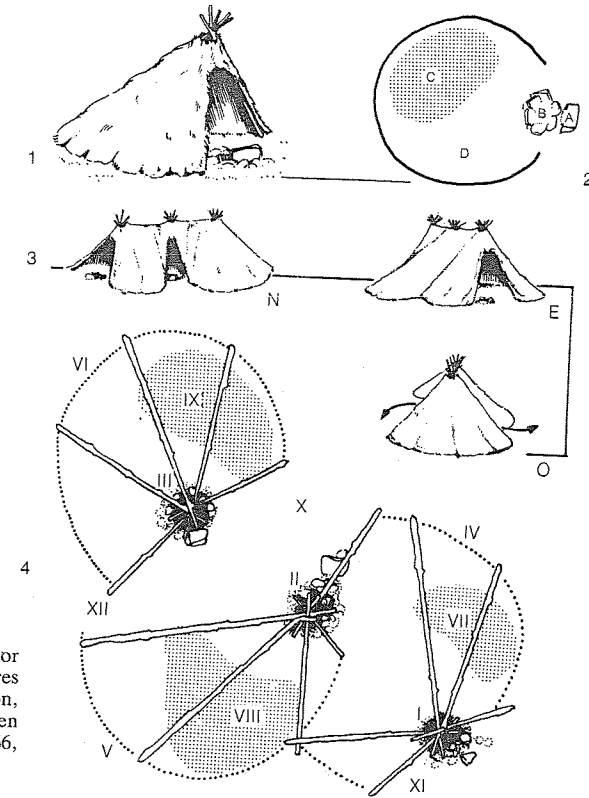
La distribución de restos alrededor de un hogar nos permite determinar, entre otras cosas, si la actividad en cuestión tuvo lugar dentro o fuera de una casa. Por ejemplo, durante un largo período de tiempo pude documentar la forma de utilización del espacio, por parte de los esquimales nunamiut, en un campamento de caza (el yacimiento Mask). En el plano del yacimiento (fig. 91) se observan los modelos de actividad llevados a cabo en un momento dado: un hombre duerme sobre una piel de caribú, otro aparece sentado a un lado fabricando útiles, un tercero permanece a la espera del caribú; al igual que ocurriera con

el ejemplo anterior, la mayoría de ellos están sentados alrededor del fuego, conversando. Presumiblemente, los hombres sentados en semicírculo alrededor del fuego han arrojados los restos de su comida en el área situada en torno al mismo, donde el humo era muy denso debido a la dirección del viento, o bien por encima de sus hombros, creando por tanto una *zona toss* característica del modelo espacial.

Esta especie de vertederos y *zonas toss* no se darían *dentro* de una casa, porque difícilmente la gente arroja los materiales de desecho contra las paredes de su vivienda. Dicho de otra manera, las prácticas de mantenimiento empleadas en espacios ubicados en el interior de una casa y que sufrieron un uso intensivo tienden a ser bastante diferentes de las observadas en contextos exteriores. Una consecuencia de este comportamiento es que los hogares interiores y exteriores difieren respecto a la distribución de las cenizas y de otros restos procedentes del hogar. He observado que los hogares usados para cocinar, ubicados en el interior de las casas, acostumbran a estar rodeados de piedras con el fin de impedir que arda el piso de la habitación (las pieles o esteras). Las piedras que delimitan el hogar impiden, a su vez, que las cenizas se dispersen por las áreas próximas al hogar en las que se realizan ciertas tareas. Por otro lado, los hogares exteriores no suelen estar rodeados de piedras y, cuando se guisan plantas o animales, la constante búsqueda entre las brasas de los alimentos asados provoca que las cenizas y las piedras cuarteadas por el fuego se dispersen; el resultado es que, a la larga, toda la zona situada alrededor del fuego aparece ennegrecida por las cenizas, carbones y otros restos del hogar. En la figura 94, por ejemplo, aparece una mujer bosquimana masarwa esparciendo las cenizas para poder recuperar las nueces. Como los fuegos se encienden una y otra vez en la misma área general y esta zona ennegrecida aumenta, el centro del fuego tiende a extenderse. Estas características distintivas de los grandes hogares sólo se dan en áreas fuera de las casas, donde el espacio es menos reducido y las actividades pueden tener un carácter más amplio.



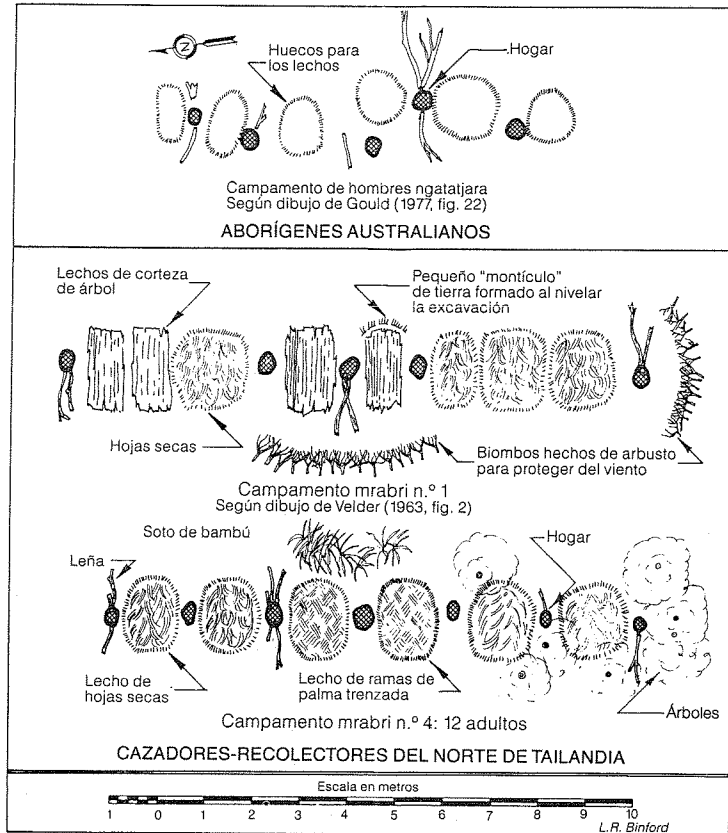
94. Mujer bosquimana masarwa escudriñando entre las cenizas de un fuego con el fin de recuperar las nueces tostadas. Obsérvese la disposición del martillo, el yunque y las nueces, utilizados con anterioridad por un individuo, en posición sedente (véase la figura 82). (Foto cedida por el National Cultural History Museum, Pretoria.)



95. Reconstrucción realizada por Leroi-Gourhan de los tres hogares de Pincevent Uno. (Reproducción, autorizada, del original aparecido en Leroi-Gourhan y Brézillon, 1966, fig. 78, p. 363.)

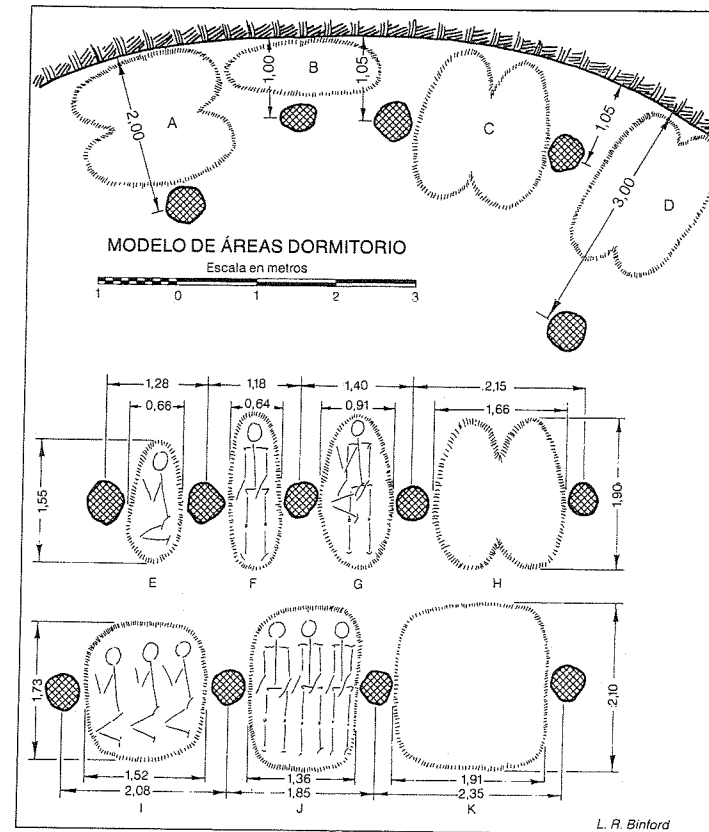
Nuestros conocimientos sobre el significado de la distribución de los desperdicios nos ayudarán a interpretar el comportamiento de los habitantes del yacimiento del Paleolítico francés, Pincevent (figs. 92 y 93), de hace aproximadamente unos 15.000 años.<sup>14</sup> Si uno toma el modelo de los actuales esquimales del yacimiento de Mask, que contempla a los hombres sentados alrededor de un fuego, procede a reajustar la escala y, acto seguido, lo aplica directamente sobre la distribución de restos procedentes de la manufactura de útiles de piedra hallados en este yacimiento arqueológico, observará de inmediato que ambos coinciden exactamente. El excavador de Pincevent, Leroi-Gourhan, interpretó el modelo de los restos arqueológicos hallados en este yacimiento como evidencia de la existencia de una casa, pero tengo mis dudas de que esté en lo cierto: tal como hemos visto en el registro etnográfico, la distribución en forma de anillo del material de desecho es típica de las actividades realizadas al aire libre.

La evidencia adicional que proporciona la investigación etnoarqueológica apoya mi interpretación sobre Pincevent. Cuando la gente está sentada en el exterior, sin protección de ningún tipo, acostumbra a cambiar de lugar con fre-



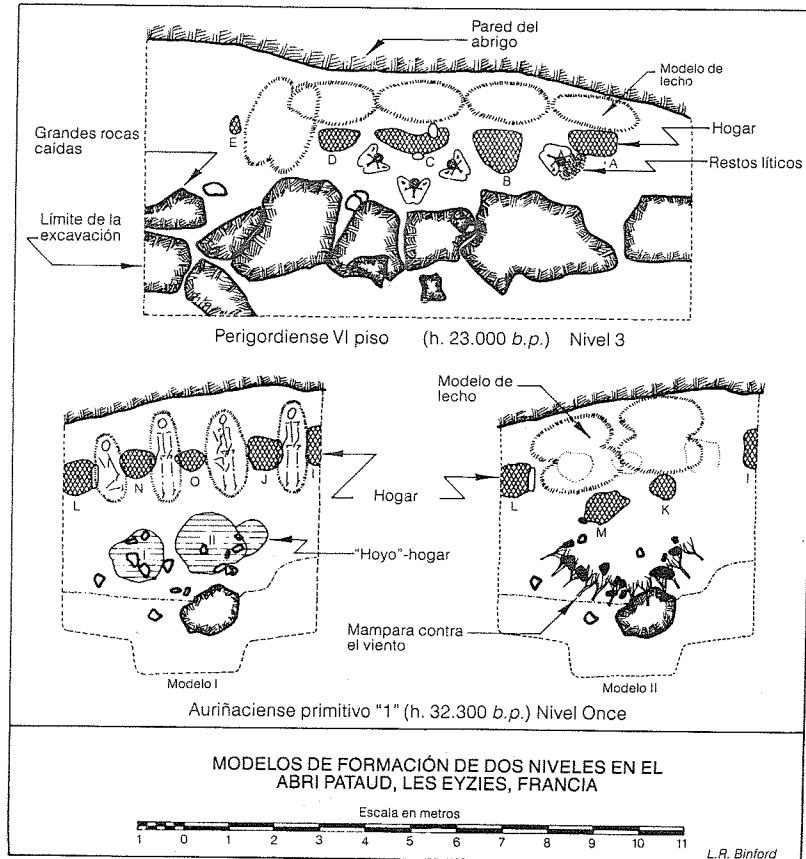
96. Distintas disposiciones para dormir documentadas entre los aborígenes australianos y los mrabri del Norte de Tailandia (véase la figura 1). Obsérvese la repetición del modelo de lechos y hogares alternados. (Basado en Gould, 1977, fig. 22; Velder, 1963, fig. 2.)

cuencia según la dirección del viento. Por ejemplo, en el caso de un área llana (donde la gente gusta de sentarse) los hogares se situarán a tenor de las características allí observadas; sin embargo, si la dirección del viento varía de manera que el humo les molesta no abandonarán su emplazamiento preferido, sino que tan sólo se desplazarán ligeramente y construirán otro fuego. De esta manera, no tienen que trasladar todos sus utensilios al otro lado del fuego original, ni tampoco deberán sentarse en el lugar donde previamente habían arrojado sus desperdicios. Cuando uno no se ve limitado por la presencia de una casa o de un refugio temporal, es más fácil construir otro hogar que adaptarse a la situación existente. La dirección del viento no afecta a la orientación de los restos de un hogar situado en el interior de una casa y, por tanto, la rotación de hogares sólo se dará cuando éstos estén instalados al aire libre.



97. Modelo de áreas dormitorio: un diagrama generalizado de la disposición y tamaño de las áreas dormitorio basado en las observaciones realizadas entre un gran número de sociedades de cazadores-recolectores.

La distribución de los restos en relación a los tres hogares de Pincevent (figs. 92 y 93) sugiere que solamente una persona dominaba el uso de dos fuegos. Lo que posiblemente ocurrió en este caso es que el viento cambió de dirección y los hombres que se encontraban sentados en torno al fuego procedieron tan sólo a desplazarse 180° y construyeron otro hogar para evitar el humo. Debido a que el viento sólo afecta a los hogares instalados al aire libre, la reconstrucción de una tienda de pieles que cubriría los tres hogares (fig. 95), hecha por Leroi-Gourhan,<sup>15</sup> carece de fundamento, cuando menos en los términos de nuestra nueva manera de entender la estructura situacional que se deriva de la investigación etnoarqueológica.



98. Modelo de formación de las áreas dormitorio en los distintos niveles del Abri Pataud. (Basado en la información arqueológica aparecida en Movius, 1975.)

#### ÁREAS DORMITORIO

Otra de las ocasiones en que se evidencia la influencia de los factores relacionados con el tamaño y mecanismos básicos del cuerpo humano aparece a la hora de considerar el espacio que los individuos necesitan para dormir. En el registro etnográfico se observan muchos y diferentes tipos de acondicionamientos para dormir, pero todos ellos dependen de una serie limitada de factores (fig. 96). Por ejemplo, en un campamento de aborígenes australianos ngatatjara, ocupado por un grupo de caza compuesto únicamente por hombres,<sup>16</sup> se observa un modelo de lechos y hogares alternados. Por el contrario, cuando el campamento está formado por parejas —éste es el caso del grupo cazador y recolector

de los mrabri que vive en los bosques tropicales de Tailandia—,<sup>17</sup> los hogares no se sitúan entre lechos individuales, sino entre lechos dobles; cuando la composición del grupo es mixta, los hogares se hallan emplazados tanto entre lechos individuales como dobles. Al margen de pequeñas variaciones en el número de lechos individuales y dobles, la disposición básica, que incluye la alternancia de lechos y hogares, parece que se repite por todo el mundo.

El tamaño de los lechos no viene determinado únicamente por el número de individuos que duermen en ellos: si la gente duerme vestida, por ejemplo, necesita más espacio que si lo hace bajo algún tipo de cobertor. Una vez aceptado que los factores más relevantes que observamos en los ejemplos contemporáneos son análogos a aquellos de las épocas prehistóricas (fig. 97), podríamos calcular el espacio necesario para instalar un lecho, de la misma manera que un arquitecto determina en la actualidad el espacio a ocupar por las diferentes áreas de una casa.

Las disposiciones de las áreas dormitorio típicas de los abrigos rocosos son especialmente interesantes, ya que las variaciones en la ubicación de los lechos vienen determinadas por la época del año. Normalmente, en invierno, los lechos están colocados de forma *paralela* al fondo del abrigo; si se trata de un lecho individual, colocan el hogar aproximadamente a 1,20 m a partir de la roca, mientras que en el caso de un lecho doble la distancia será de unos 2 m. En verano, cuando se supone que es necesario evitar el calor absorbido por la roca (debido a su exposición al sol), los lechos se colocan *perpendicularmente* a la pared del fondo y la gente duerme con la cabeza alejada del foco de calor; los hogares, en este tipo de distribuciones, están situados entre los lechos.

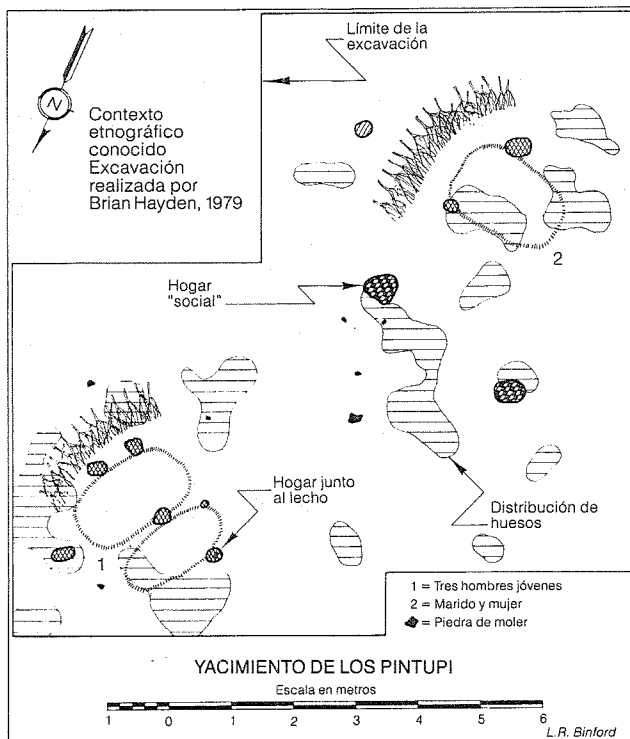
Como ocurriera con los modelos de los hombres que trabajan sentados alrededor de un hogar (expuesto anteriormente), estos modelos generales de distribución de las áreas dormitorio derivan del registro etnográfico y pueden también ser utilizados para interpretar los yacimientos arqueológicos: la estructura básica del cuerpo humano, después de todo, ha permanecido sin variaciones desde hace ya mucho tiempo. El valor de esta aproximación puede demostrarse analizando la distribución de hogares en el yacimiento del Paleolítico Superior del Abri Pataud, en Francia, excavado por H. I. Movius.<sup>18</sup> Si superponemos un modelo tipificado de lechos (sobre los que tengo una documentación etnográfica amplia) a la planta de un nivel del Abri Pataud, perteneciente a la fase del Auriñaciense I Antiguo, observamos que una disposición de lechos individuales entre los hogares encaja perfectamente con los modelos espaciales arqueológicos (fig. 98). Entre los grupos actuales, como ya he mencionado anteriormente, la alternancia de hogares y lechos individuales es típica en los campamentos de aquellos grupos de cazadores que se componen únicamente de hombres. La combinación de este tipo de distribución de lechos con la presencia de hoyos para asar, ubicados frente al área dormitorio, me sugiere que en aquella época el yacimiento no fue utilizado como un lugar de residencia (como Movius propuso originariamente), sino que se trata de un campamento temporal.

Otro nivel del Abri Pataud, que pertenece a la fase Perigordense VI, debería también considerarse como un campamento temporal, debido a la ubicación de los hogares. Un detalle interesante de este nivel lo constituye el hecho de que la parte lateral de los hogares que linda con el área dormitorio situada al

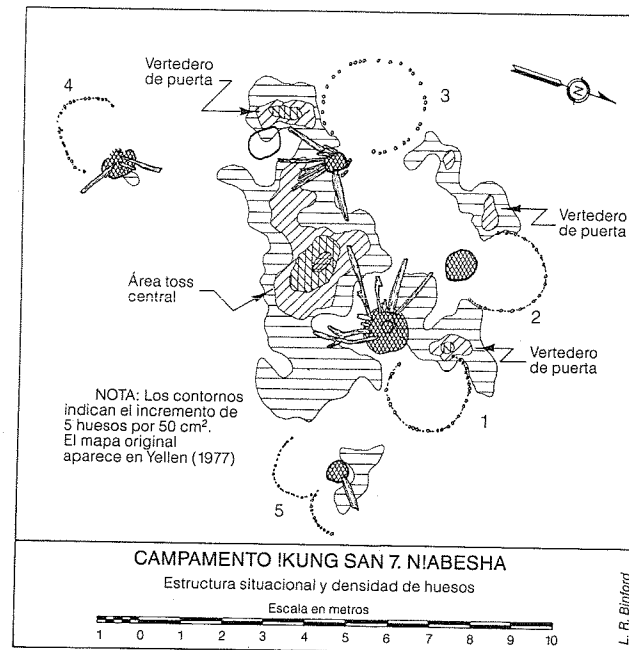
fondo del abrigo es lisa; sabemos, por los datos etnográficos, que los hogares se construyen a menudo de esta forma con el fin de prevenir el posible incendio de los lechos. En este mismo nivel, por otro lado, la ubicación de algunos hogares a una distancia aproximada de 2 m de la pared posterior del abrigo nos sugiere que quizás hubieran existido allí lechos dobles. Frente al área dormitorio se encuentra un grupo de piedras que yo interpretaría como una especie de biombo para protegerse del viento. Los restos arqueológicos de este sector del abrigo rocoso sugieren que nos encontramos ante un campamento ocupado por una familia integrada por pocos individuos (situación que difiere bastante de la descrita antes); probablemente nos hallamos ante uno de los diferentes sectores que componen el modelo de asentamiento de las gentes del Paleolítico Superior que vivieron en esta área (para una descripción de las variaciones existentes en los modelos de asentamiento de los cazadores-recolectores, véase el capítulo 6).

DESAYUNO EN LA CAMA

Del estudio de estos datos etnográficos se desprende otra problemática a tener en cuenta. Nos referimos al hecho de que, con frecuencia, el área dormitorio de un yacimiento no es utilizada exclusiva y necesariamente para dormir. Por lo general, la gente concibe el lecho como un espacio privado, personal. Si



99. Campamento de los aborígenes pintupi. Obsérvense los pequeños hogares y los restos de fragmentos procedentes de los desayunos tomados en las áreas dormitorio. (Basado en Hayden, 1973, fig. 125B, p. 152.)



100. Campamento n.º 7 de los !Kung san según registro de John Yellen. Obsérvense la presencia de vertederos de puerta a la derecha de las entradas a las cabañas. Estos vertederos contienen los restos del desayuno que fue consumido en los lechos, dentro de las cabañas. (Basado en la planta sin numerar del campamento 7, aparecida en Yellen, 1977.)

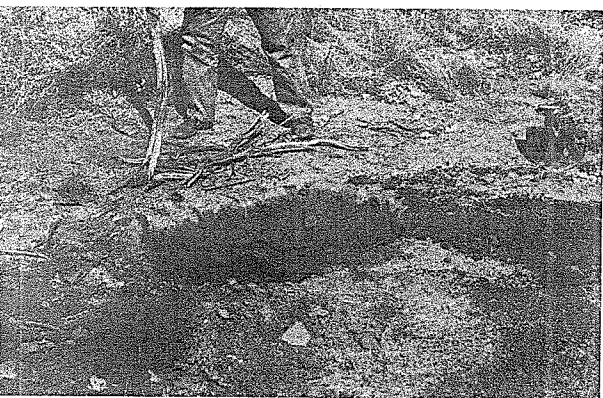
un hombre, por ejemplo, se sienta en su lecho deja entender que no quiere ser molestado. Allí puede llevar a cabo una serie de actividades, tales como pensar con tranquilidad, elaborar útiles o peinarse, pero el resto de la comunidad sabe que no desea hablar. Esta misma relación espacio personal/área dormitorio la he encontrado entre todos los grupos de cazadores y recolectores con los que he trabajado (fig. 99). He observado que en los campamentos de caza los individuos se construyen su lecho; en cierta medida no deja de ser un hecho simbólico, ya que no lo utilizan para dormir sino simplemente como lugar a donde acudir para reparar los útiles con calma y tranquilidad o, simplemente, para estar solos.

El uso de los lechos como espacio personal crea en los campamentos algunas distribuciones de material interesantes que sólo podemos esperar constatarlas en el registro arqueológico. Los cazadores-recolectores acostumbran a consumir una comida preparada en grupo únicamente por la noche, pero es corriente que tomen algún tipo de sobra de la cena, como por ejemplo carne fría o un hueso de conejo, y se lo lleven junto al lecho. De esta manera tendrán comida para el desayuno. Es lógico que, por la mañana, cuando quizás hace frío y la gente suele estar soñolienta y algo malhumorada, se agradezca poder sentarse en el lecho y comer en silencio. Como resultado de esta actividad se forma, en torno a cada lecho, un pequeño basurero o depósito de desperdicios. Además de los restos del día anterior, estos basureros pueden contener también los huesos de





101. *Aborigen alyawara descuartizando un canguro rojo hembra.* Una vez realizado un pequeño corte en el abdomen del animal se sacan las vísceras a través de la pequeña abertura resultante. El agujero se cierra posteriormente mediante el empleo de pequeñas ramas a modo de agujas; esta operación la realizan con el fin de prevenir que las cenizas, la tierra y los carbones existentes en el hoyo penetren en la cavidad abdominal del animal mientras éste se cucee.

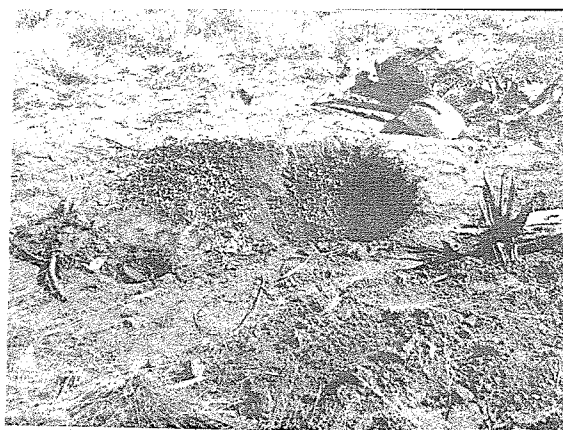


102. *Cavar el hoyo para asar.* El hoyo se cava en un área relativamente limpia y la tierra extraída se deja a un lado del agujero. La explicación dada por los individuos que realizan las operaciones es que «es mejor calentar la tierra seca» (se refieren al hecho de que prenden fuego tanto dentro del agujero como a sus lados). La tierra de la plataforma situada junto al hoyo se calienta y posteriormente será empujada dentro del agujero para sellar el fuego a modo de horno (véase la figura 105). En esta fotografía puede verse la leña colocada sobre la plataforma situada junto al hoyo.

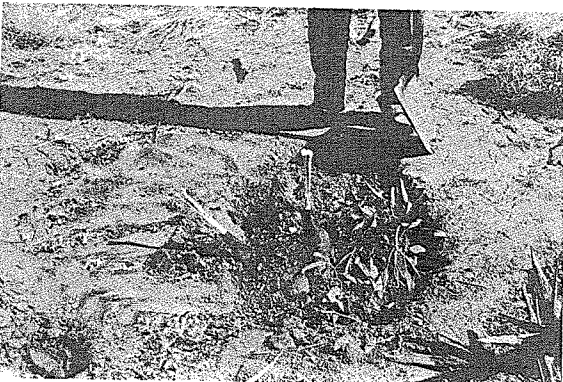


103. *Socarrar el canguro.* Una vez que se ha dispuesto la leña dentro del agujero y sobre la plataforma, se enciende el fuego. Cuando éste ha prendido totalmente se coloca el canguro encima unos instantes y se retira, con el fin de socarrar el pelo y poder, posteriormente, rasparlo mejor. La operación se repite varias veces hasta que el pelo queda totalmente socarrado. Esta actividad se realiza porque el pelo es un excelente aislante y, si se deja en la piel, retarda o incluso impide la cocción.

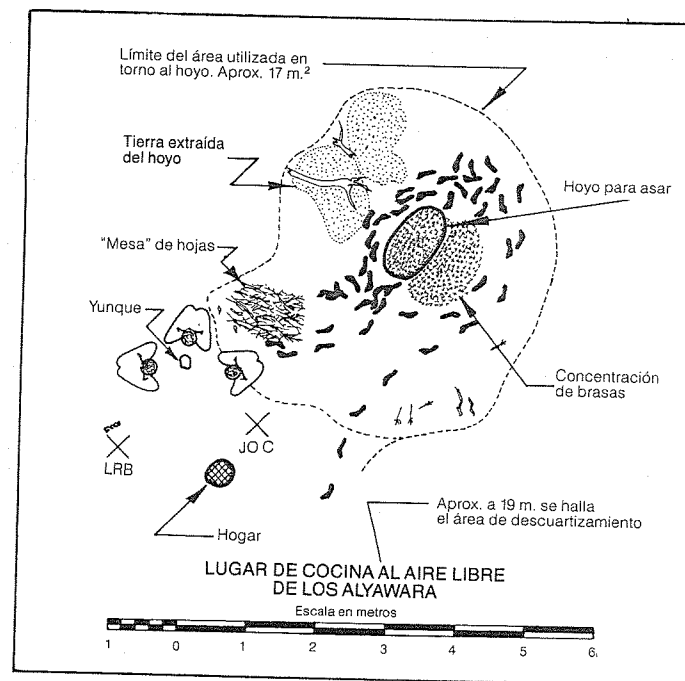
106 (página siguiente). *Planta del área existente en torno al hoyo para asar de los alyawara.* Obsérvese la ubicación de los aborígenes mientras toman un «refrigerio» a la espera de que finalice la cocción del canguro y de los pájaros. ¡«LRB» y «JO'C» indican el lugar donde los arqueólogos consumieron su propio «refrigerio» que consistió en unas habichuelas de lata!



104. *Preparar la brasa.* La leña se aviva para que arda de forma violenta. El socarrar la pieza y, ocasionalmente, el golpear la leña, facilita la formación de un lecho de brasas. Cuando consideran que éstas son suficientes se retiran, tanto del agujero como de la plataforma, los troncos a medio quemar y se dejan a un lado. Obsérvese el área circular ubicada en torno al agujero (por donde caminan) y la carne que será cocinada (instalada sobre una superficie cubierta de hojas que evitará su contacto con la tierra).



105. *Colocar la carne en el horno.* El canguro es colocado encima de las brasas existentes en el agujero y lo mismo ocurre con los pájaros (envueltos en hojas para retener los jugos que se desprenden de la cocción). Se vierte encima la tierra caliente y las brasas de la plataforma hasta que la carne queda totalmente cubierta. A partir de este momento comienza la cocción.



pequeños mamíferos que no fueron compartidos en la cena realizada en grupo, sino cocinados en los hogares próximos a los lechos y consumidos allí mismo. Por todo ello es de esperar que, en los yacimientos arqueológicos, la distribución de los restos de las comidas individuales y comunitarias aparezca diferenciada.

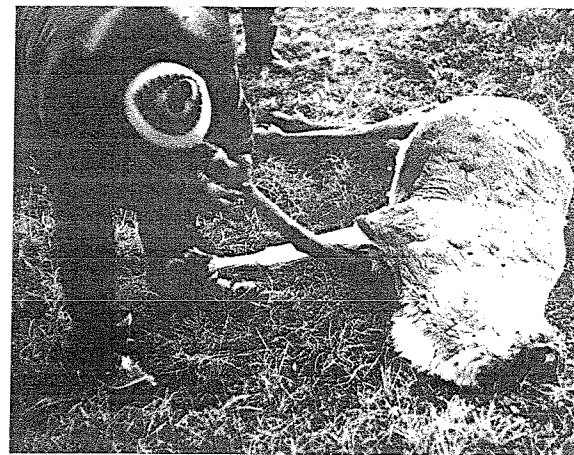
Los desperdicios de los «desayunos en la cama» no siempre son depositados alrededor del área donde se ha consumido el alimento. En un campamento bosquimano (fig. 100), una vez los individuos se han despertado y tomado su desayuno en la cama, los restos de la comida son recogidos en las pieles o cobertores del lecho, llevados a la puerta de la cabaña y abandonados allí.<sup>19</sup> Este comportamiento ocasiona la formación de un *vertedero de desayuno* contiguo al área dormitorio o justo al lado de la puerta. He observado la presencia de *vertederos de puerta* en los campamentos de los esquimales, así como de los aborígenes australianos, y poseo información acerca de la existencia de este tipo de basureros en asentamientos ocupados por horticultores.

#### ÁREAS DE ACTIVIDAD EXTENSAS

El hecho de que los individuos realicen algunas tareas de pie, en lugar de sentados, provoca una gran dispersión de los restos que se derivan de ellas. Un buen ejemplo de una actividad que requiere un espacio amplio es la preparación y uso de hoyos para asar al aire libre. Los aborígenes alyawara, con los que estuve trabajando, emplean los hoyos para asar y también para realizar un gran número de actividades (figs. 101-106), y en una ocasión James O'Connell y yo tuvimos la oportunidad de constatar cómo la construcción y utilización de un hoyo para asar influye en el tamaño del área de actividad resultante. Nos hallábamos en el interior de un bosque con un grupo de hombres alyawara que se dirigían a una cantera cuando, por el camino, dieron muerte a un canguro rojo hembra, que llevaba una pequeña cría en su bolsa, y también a tres avutardas australianas. En días cálidos como el que nos ocupa, si durante las expediciones se caza algún animal cuando el grupo se encuentra ya a cierta distancia del campamento de residencia, se acostumbra a cocinarlo allí mismo para prevenir que se pueda estropear antes de que vuelvan con él al campamento.



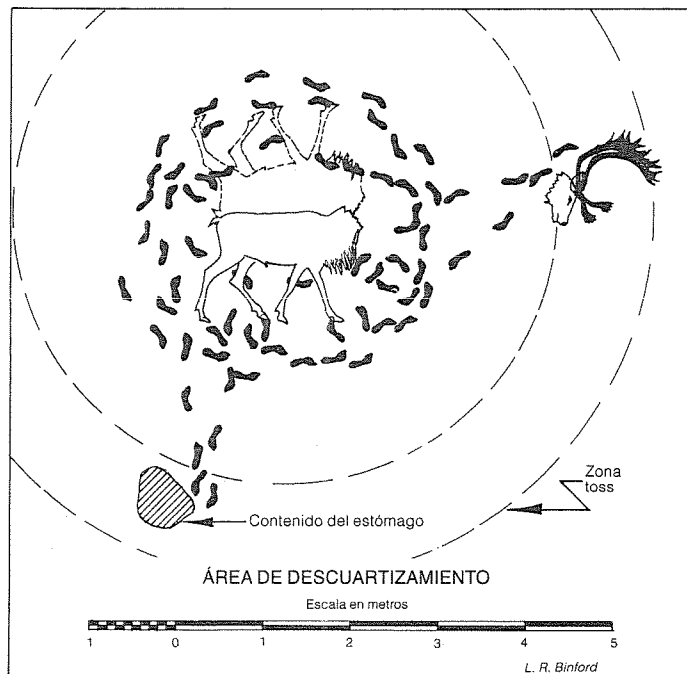
107. Un hoyo para asar, usado repetidamente, en un yacimiento de residencia de los alyawara australianos. Es obvia la gran cantidad de carbón vegetal que se acumula en torno a hogares de este tipo. Los lugares en donde se realizan esta clase de actividades acostumbran a situarse lejos del centro de actividades de un asentamiento.



108. Esquimal nunamiut descuartizando un caribú muerto durante la migración de primavera. El espacio circular que utiliza Johnny Rulland en torno al animal es similar al empleado por los alyawara alrededor del hoyo para asar visible en las figuras 106 y 107.

Lo primero que hicieron los hombres fue descuartizar el canguro con un cuchillo de piedra y un hacha de metal que llevábamos con nosotros. Generalmente este tipo de animales grandes se cocinan con piel y en este caso, tras extraer las vísceras a través de un pequeño agujero practicado en el abdomen del canguro, la abertura fue cerrada y atada con ramitas de acacia. A continuación se excavó un hoyo para asar, que medía aproximadamente un metro y medio de longitud y algo más de medio metro de anchura y de profundidad, se recogió la leña que se colocó convenientemente en la plataforma situada junto al agujero y, finalmente, se encendió el fuego. Mientras la leña ardía, depositaron el canguro sobre el fuego para socarrar el pelo y poder, así, rasparlo con mayor facilidad. Mientras tanto dispusieron hojas formando un cerco en el suelo (para impedir que la carne cocinada se impregnase de tierra), desplumaron parcialmente los pájaros y los cubrieron a su vez con hojas con el fin de que éstas absorbieran la grasa desprendida durante el proceso de cocción. Cuando las llamas se habían consumido, los alyawara cogieron un palo y golpearon la leña para provocar la caída de los trozos medio carbonizados al fondo del agujero. Finalmente, una vez decidido que el fuego estaba en condiciones de ser utilizado, los hombres colocaron el canguro en el hoyo, con las patas hacia fuera, y los pájaros envueltos en hojas, disponiendo sobre ellos el resto del carbón vegetal. El tiempo de cocción fue de aproximadamente una hora.

Mientras duraba esta actividad, observamos los modelos espaciales que habían generado todas estas tareas e incluso confeccionamos un mapa del área, registrando la ubicación de todos los detalles que eran susceptibles de ser observados en un yacimiento arqueológico. Así, fueron marcados en el mapa: el hoyo para asar (fig. 107), el área donde ardía el fuego, la tierra procedente del hoyo, el lugar donde fue depositada la leña, las ramas de los árboles empleadas para preparar la carne antes de su cocción, el lugar donde se preparó la cola del canguro mientras se asaba la carne e, incluso, el área en que Jim O'Connell y yo hicimos nuestro fuego particular para cocinar unas habichuelas.



109. Área de actividad usada por los nunamiut para descuartizar un caribú. La estructura del espacio destinado a la realización de este trabajo es casi idéntica a la observada en el hoyo para asar de los alyawara (figs. 106 y 107). En este caso, sin embargo, el total del área usada es algo mayor, debido a que las partes desechadas han sido depositadas en la periferia del área destinada a circular/trabajar.

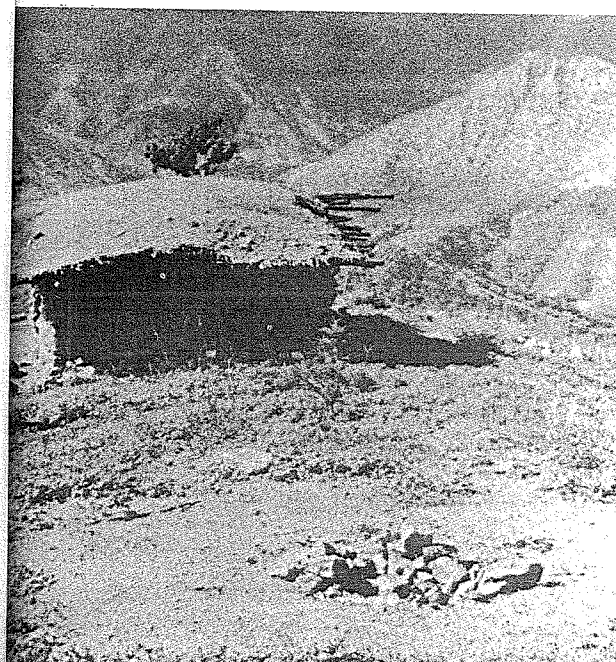
Un hecho interesante, que se desprende de nuestro estudio sobre este asado de canguro, es que existe cierta regularidad en la extensión del espacio ocupado por los individuos que realizaban las actividades de pie (entre 17 y 24 m<sup>2</sup>). Además, la secuencia de la actividad que he descrito responde al clásico modelo circular, con el hoyo para asar en el centro, un espacio para trabajar alrededor del punto central y otro círculo en la periferia, donde es de esperar que se acumule cualquier tipo de ítem sobrante. Los restos procedentes del uso inmediato del hoyo se concentraban alrededor de éste, mientras que los demás desperdicios ocupaban una *zona toss*, localizada a cierta distancia del hoyo.

El descuartizamiento de los animales constituye otra actividad que produce un modelo de restos muy similar. La principal diferencia entre asar y descuartizar reside en que en el segundo caso no quedan, en la parte central del área, restos identificables por los arqueólogos (fig. 108). Normalmente, la persona que despieza el animal trabaja en un área circular, que se extiende a su alrededor, sacudiendo posiblemente la res muerta de un lado a otro y usando la piel como superficie protectora. El resultado es a) un espacio vacío que permite ac-

110. Alyawara australianos distribuyendo la carne de un canguro que fue asado en un hoyo ubicado en la periferia de un campamento de residencia. Es frecuente que se utilice a los niños como intermediarios para que hagan llegar a las personas ausentes la porción de carne que les corresponde.



111. Bosquimano raspando la piel de un animal, en el campamento Mokudi, situado en el área Nyae Nyae de Namibia, 1976. (Foto cedida por el South African Museum, Ciudad de El Cabo.)



112. Hoyo para asar de grandes dimensiones ubicado detrás de una casa tarahumara, en el Norte de México. Es claramente visible el área situada alrededor del hoyo, destinada a circular/trabajar. Existe una analogía espacial entre el área de descuartizamiento de los esquimales (fig. 109) y la correspondiente a los hoyos para asar utilizados por los aborígenes australianos (figs. 106 y 107). (Foto cedida por Robert Hard.)



tuar con libertad en torno al animal, así como *b*) la presencia de restos que han sido arrojados lejos de la zona de trabajo y se han acumulado en la periferia (fig. 109). A tenor de mis observaciones, llevadas a cabo entre los esquimales nunamiut, el descuartizamiento del caribú requiere aproximadamente unos 30 m<sup>2</sup> de superficie. En la figura 59 se observa este modelo de comportamiento en la distribución arqueológica que resulta de descuartizar el caribú en el yacimiento de Anavik. Pero las áreas de descuartizamiento que encontramos en los yacimientos esquimales, y también en los asentamientos de los aborígenes, resultan asimismo interesantes por otra razón. En efecto, entre estos grupos<sup>20</sup> la distribución de carne tiene lugar generalmente en las mismas áreas de descuartizamiento (fig. 110), en lugar de en las áreas de residencia, ya que (tal como recalcaron los informantes) el compartir la carne era ocasión para un tipo de visita diferente que cuando un pariente viene a «hablar», implicando con ello que la etiqueta de hospitalidad se aplicaba sólo dentro de los confines de la «casa-hogar».

Robert Hard ha observado que entre los tarahumara de México (fig. 112) se efectúan distribuciones de restos análogas, y a una escala espacial similar, a la constatada en las áreas de descuartizamiento. Estas gentes cocinan plantas del desierto en grandes hoyos para asar, ubicados generalmente en la parte trasera de las casas y alejados de las áreas de actividad que se sitúan frente a las puertas de las viviendas. Actividades tales como asar y descuartizar, que implican un espacio considerable, se llevan a cabo por lo general lejos de las áreas usadas cotidianamente. Los aborígenes australianos, por ejemplo, incluso en yacimientos donde es de esperar que la ocupación va a ser mínima, construyen sus hoyos para asar en espacios situados en la periferia del centro de actividades del campamento; es decir, en aquellas áreas utilizadas para dormir, conversar y también, en pequeña escala, preparar los alimentos y desarrollar algún tipo de actividad manual. Entre los esquimales y los navajos he observado una estrategia de emplazamiento que ofrece grandes similitudes: generalmente sus hoyos para asar se localizan junto a los lugares usados como pequeños basureros o para cortar la leña, con el fin de no interferir en las actividades normales de la vida de un campamento. También he observado que en los yacimientos australianos y esquimales las áreas donde se realiza el trabajo en posición erguida, y que por tal razón requiere amplios espacios, se encuentran con frecuencia muy próximas entre sí. En los yacimientos esquimales (fig. 71), por ejemplo, las áreas de descuartizamiento se hallan a menudo ubicadas junto a las áreas donde se realiza la carga de trineos y el almacenamiento, áreas todas ellas situadas en los límites del área central de residencia por cuanto precisan de una gran cantidad de espacio.

El curtido de la piel es otra actividad que, en los campamentos de residencia, acostumbra a desarrollarse en áreas localizadas en la periferia de las zonas centrales. En caso de que tan sólo se proceda a curtir una o dos piezas (fig. 111), éstas se fijarán posiblemente justo al lado o algo detrás de los refugios; pero si se trata de curtir un número considerable de ellas, entonces serán trasladadas a un lugar alejado del centro de actividades. No es inusual que, para realizar el trabajo de curtido, se seleccionen superficies relativamente planas y, si se da la circunstancia de que el terreno es pedregoso, se retiren las piedras

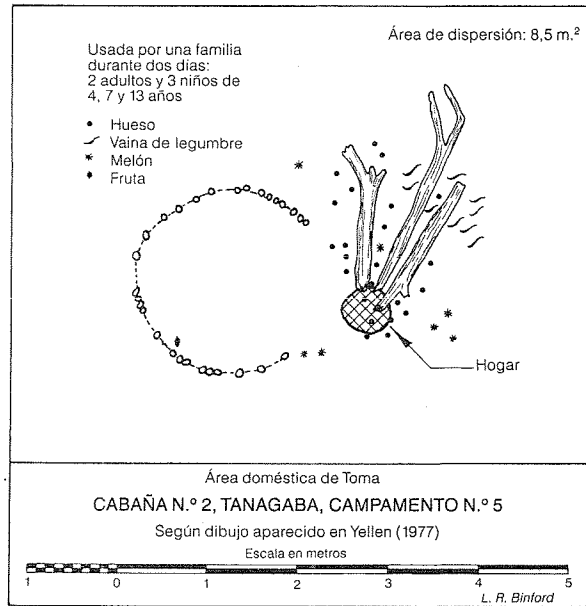


113. Campamento bosquimano, en Angola, 1930. Se trata de los famosos «bosquimanos amarillos», conocidos también por sekele. (Para una mayor información, véase Almeida, 1965.) Obsérvese la ubicación del hogar frente a la cabaña, construida para proporcionar sombra durante las horas más calurosas del día. (Foto de J. Drury, cedida por el South African Museum, Ciudad de El Cabo.)

existentes en el área escogida; de tal modo el «anillo» de piedras que se forma puede aprovecharse más tarde como lastre para asegurar la piel. En la mayoría de los casos, un arqueólogo interpretaría este modelo como el círculo de una tienda o podría inferir, a partir de un montón de piedras, la existencia de algún tipo de estructura cuando en realidad se trata de una serie de piedras que se han amontonado como consecuencia de limpiar una superficie para curtir las pieles.

#### ESTRUCTURA SITUACIONAL: COMBINACIÓN DE MODELOS

Tal como dije anteriormente, los yacimientos están compuestos por distintas disposiciones de los elementos auxiliares, las superficies o los ítems. Hasta aquí hemos visto cómo estos elementos básicos pueden combinarse para formar modelos espaciales generales que implican actividades particulares (por ejemplo, las disposiciones de trabajadores sentados, áreas dormitorio, lugares amplios donde se realiza el trabajo de pie, etc.). Creo que ahora estamos en disposición de analizar los yacimientos arqueológicos considerándolos como un todo y podemos, asimismo, empezar a investigar cómo los modelos identificados previamente encajan y conforman un yacimiento completo. Esto es lo que yo llamo

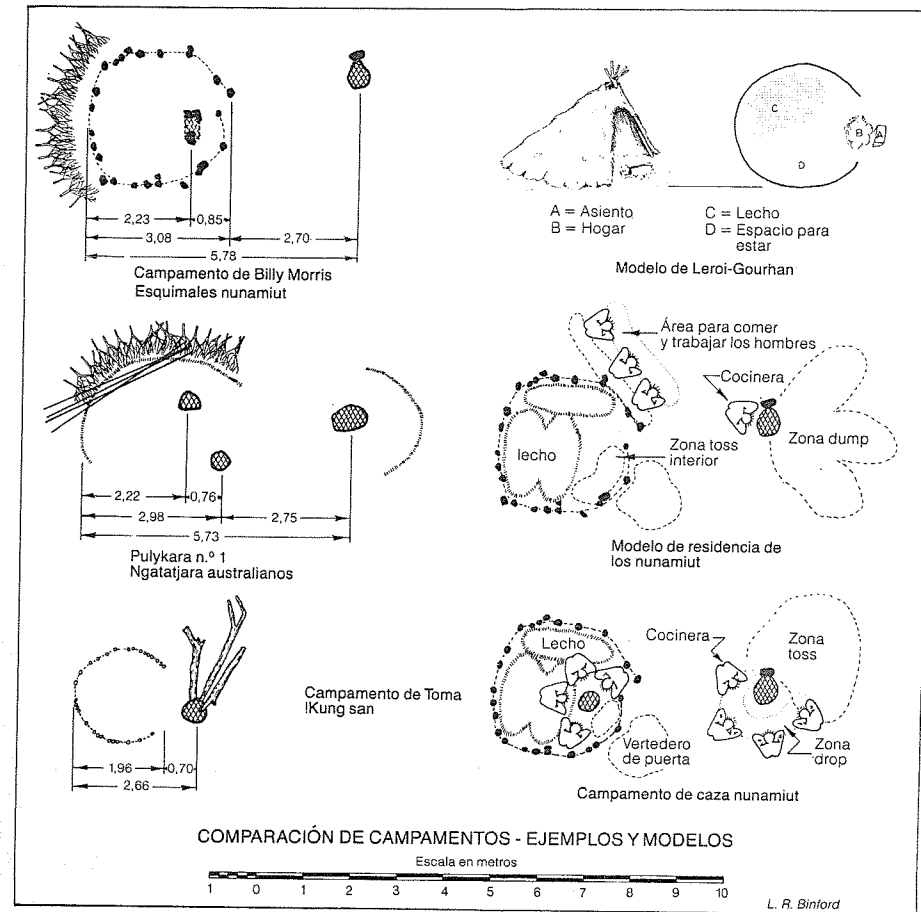


114. Mapa de un cabaña típica de los bosquimanos !Kung, con el hogar asociado. (Basado en la planta sin numerar del campamento 5, aparecida en Yellen, 1977.)

*análisis de la estructura situacional:* la forma en que los modelos espaciales se entremezclan dentro de la estructura de un yacimiento con entidad propia. La falta de espacio nos impide considerar toda la gama de variabilidad existente en la estructura situacional observada etnográficamente; sin embargo, podemos empezar a utilizar parte de los conocimientos adquiridos con el fin de dar sentido a algunos de los modelos espaciales observados en el registro arqueológico.

En primer lugar, consideraremos, a modo de ejemplo, la forma en que los modelos de actividad pueden utilizarse para analizar la estructura de un campamento bosquimano típico (fig. 113). En el desierto de Kalahari, la gente construye pequeñas cabañas más para protegerse del sol que para buscar calor. Mediado el día, la temperatura puede ser muy elevada y durante esas calurosas horas los bosquimanos acostumbran a permanecer en el interior de las cabañas sentados sobre sus lechos, empleando el tiempo en la confección de útiles o efectuando otras tareas, de modo que los restos resultantes de estas actividades realizadas a la sombra aparecen distribuidos en el área dormitorio. Por el contrario, el hogar destinado para cocinar las comidas comunitarias está ubicado fuera de la cabaña, cerca de la puerta (fig. 114); cuando el alimento es consumido *in situ*, se constituye un círculo de basura en forma de anillo alrededor del fuego.

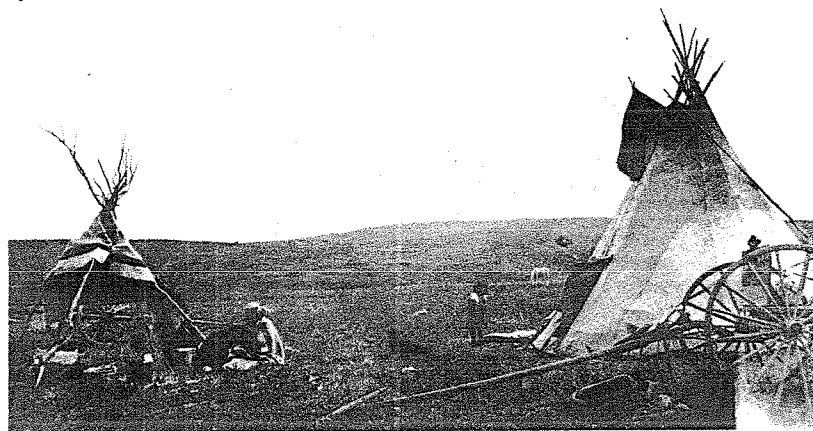
Un modelo semejante se constata también en muchos otros yacimientos. Al



115. A la izquierda, diferentes tamaños y disposiciones de casas y hogares pertenecientes a tres grupos de cazadores-recolectores distintos: los bosquimanos !Kung, los esquimales nunamiut y los aborígenes ngatatjara. A la derecha, aparecen representados tres modelos hipotéticos de estructura situacional; los dos modelos inferiores están basados en yacimientos documentados etnográficamente.

examinar los datos de tres grupos distintos de cazadores-recolectores, los bosquimanos !Kung, los esquimales nunamiut y los aborígenes ngatatjara, vemos que los espacios ocupados por la casa, las áreas dormitorio y el hogar exterior son muy semejantes (fig. 115). La razón de esta gran similitud en las dimensiones obedece simplemente a que el factor que las condiciona es el mismo en todos los casos: el cuerpo humano. En este caso, se trata sencillamente de la cantidad de espacio que un grupo de gente necesita para permanecer sentado alre-

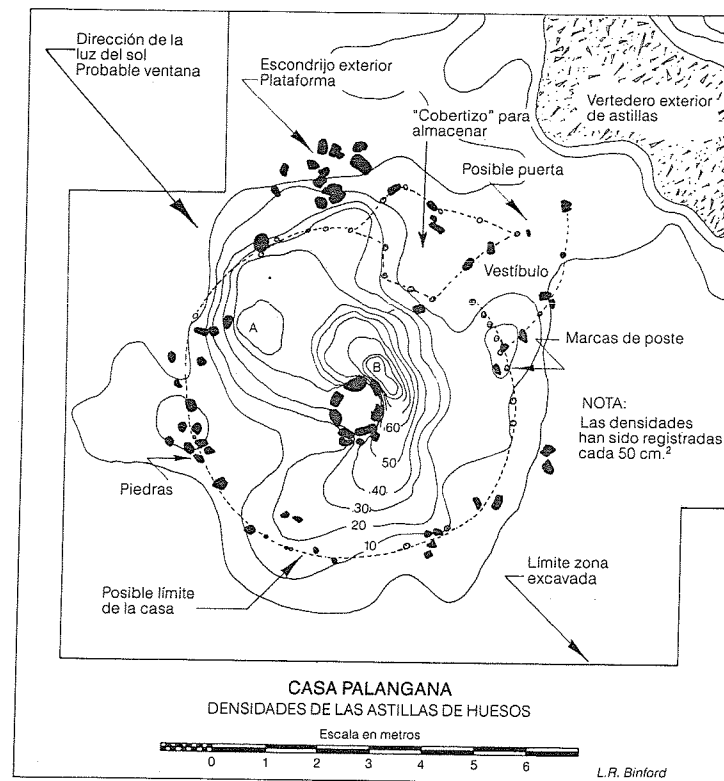




116. Campamento de los indios americanos pies negros, 1920. Obsérvese, a la izquierda, el hogar-cocina al aire libre, con un trípode que soporta un parasol. La casa está situada a la derecha. (Foto realizada por H. F. Robinson.)

dedor de un hogar, facilitando a su vez una zona que permita el adecuado acceso a la cabaña. El tamaño de las chozas en los campamentos bosquimanos es también prácticamente idéntico: las variaciones se deben simplemente al número de personas que las ocupan. Los mecanismos del cuerpo contribuyen a que se den estas situaciones repetidas y, debido a que sus propiedades son las mismas para todos los humanos, no es de extrañar que exista un enorme grado de reiteración en las dimensiones espaciales de los campamentos ocupados por cazadores y recolectores.

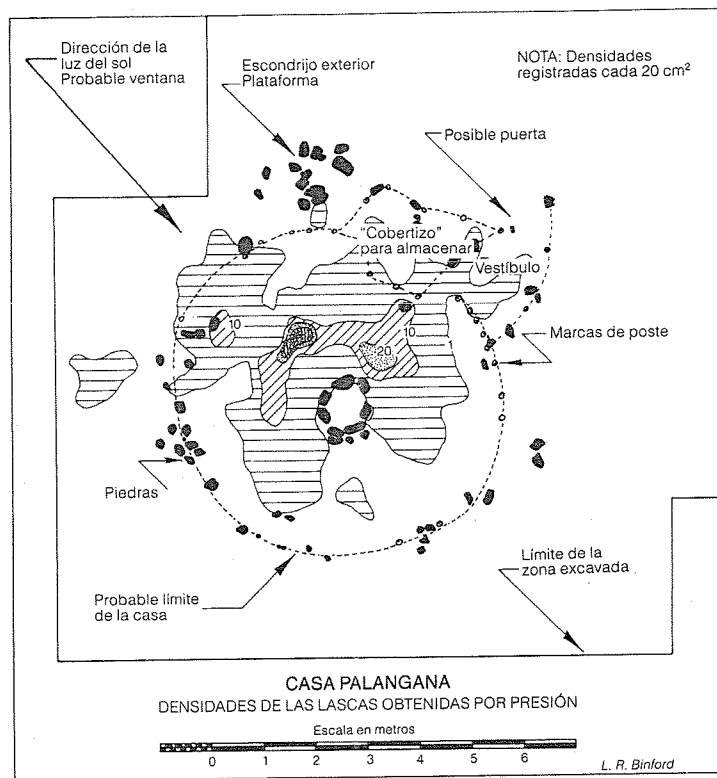
Ahora bien, pese a que la forma de los distintos modelos se repite constantemente de un yacimiento a otro y de un grupo de gente a otro, existen también diferencias entre ellos que pueden ser altamente interesantes. Por ejemplo, en los hogares comunitarios de los nunamiut (fig. 115) el modelo es un círculo formado por la gente sentada, con las *áreas drop* y *toss* correspondientes (figs. 88 y 89). Evidentemente, contamos con otras maneras de organizar la preparación y consumo del alimento, como en el caso de que exista una marcada división del trabajo en lo que respecta a la persona que cocina los alimentos. En muchos campamentos nunamiut, las mujeres cocinan los alimentos en un hogar «cocina» exterior y, a continuación, los sirven en un área distinta. Es corriente que en el lugar donde se halla ubicada dicha «cocina», coloquen un pequeño biombo de ramas alrededor del hogar para protegerlo del viento o, si hace mucho calor, una especie de parasol sobre la cocina para proteger a la cocinera (fig. 116). Por ejemplo, en la figura 75 se muestra la distribución de los ítems de un hogar-cocina situado al aire libre, en un campamento nunamiut. El acceso al hogar está casi totalmente reservado a la cocinera y esta área por lo general aparece muy limpia. Los restos procedentes de la preparación de los alimentos pueden



117. Plano de las densidades de las astillas de hueso localizadas dentro y alrededor de una casa esquimal de invierno (Casa Palangana), en el lago Tulugak, Alaska. (Para la ubicación exacta del yacimiento, véanse las figuras 53 y 66.) La mayor densidad nos indica el lugar donde se sientan los hombres para comer. La distribución de las astillas está básicamente centrada en torno al hogar, pero sobre todo en su lado izquierdo, dejando libre un área destinada a los trabajos domésticos que realizan las mujeres durante la preparación de las comidas. Los lugares marcados con «A» y «B» casi con seguridad representan los espacios donde se sientan el hombre (B) y la mujer (A) de la casa.

ser arrojados por encima del fuego, dando como resultado lo que yo llamo una «distribución de restos tipo mariposa» (fig. 115). La comida, una vez preparada, es servida a los hombres en otra área, situada también al aire libre si el tiempo es agradable, pero si se presenta inclemente se sirve junto a los lechos emplazados dentro de un refugio. Como resultado de este comportamiento, mediante el cual las comidas pueden consumirse tanto en el exterior como en el interior, se forma una zona de desechos que se extiende a ambos lados de la pared de la tienda.

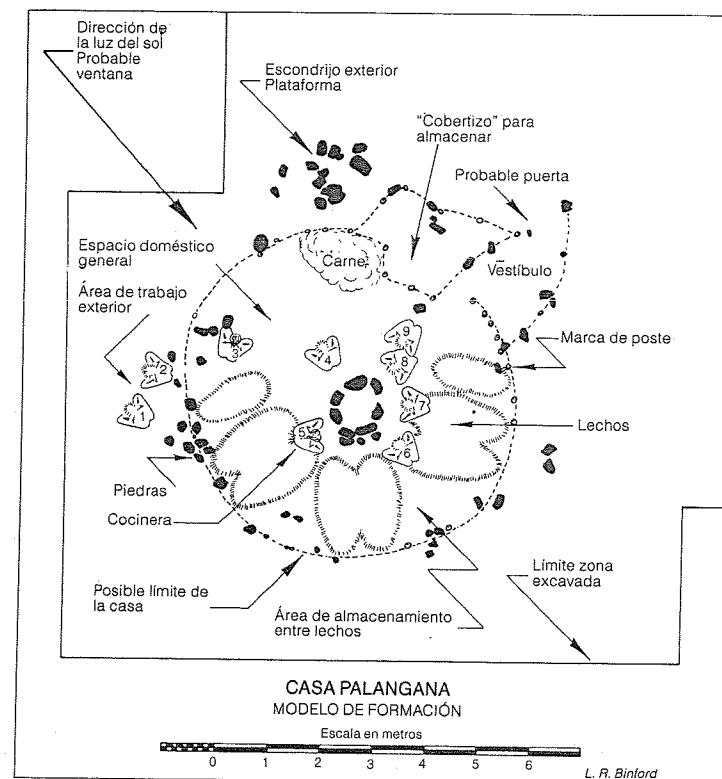




118. Plano en el que aparecen representadas las densidades de las lascas obtenidas por presión procedentes de la manufactura de útiles de piedra, situados dentro y alrededor de la Casa Palangana. (Véase la figura 117.) Su distribución está condicionada por la orientación de la ventana; es decir, guarda relación con la ubicación de la entrada de luz natural a la vivienda durante las escasas horas de luz de los inviernos árticos. Dos lugares en los que se observa una gran concentración coinciden, aproximadamente, con las áreas marcadas «A» y «B» en la figura 117, que presentan una gran densidad de astillas de hueso.

#### EL INTERIOR DE LA CASA PALANGANA

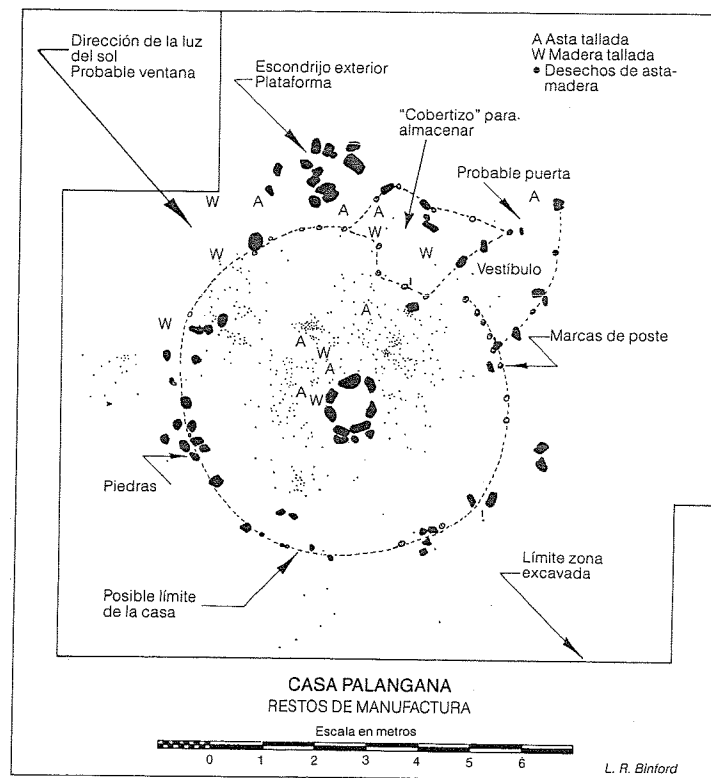
Uno de mis estudios más detallados sobre el uso del espacio es el que hace referencia a una vivienda de invierno de los esquimales, etnohistóricamente muy bien documentada, llamada Casa Palangana (figs. 80 y 117).<sup>21</sup> En ella se observa que la distribución de pequeñas astillas, como consecuencia de la rotura de huesos para extraer el tuétano, forma un modelo semicircular bien definido en torno al lado norte del hogar; la situación de estos fragmentos (que cayeron en la *zona drop*, entre las rodillas y a lo largo de las piernas de los hombres que permanecían sentados) pone en evidencia la disposición sedente de los con-



119. Reconstrucción de la organización espacial del área más frecuentada de la Casa Palangana. Los símbolos que representan figuras de individuos sentados indican los lugares de asiento más importantes, identificados por la distribución de las astillas de hueso y de piedra (véanse las figuras 117 y 118). Los individuos n<sup>os</sup> 8 y 9 representan una misma persona que cambia ligeramente de posición respecto al fuego, según esté ocupado en consumir alimento (8) o en actividades artesanales (9). La razón de que a menudo se aleje del hogar se debe a la presencia de un poste para sostener el techo, que fue localizado justo frente a la piedra que aparece detrás del individuo n<sup>o</sup> 9. En este caso, el individuo cambia de asiento cuando necesita la luz procedente de la ventana para poder realizar sus actividades. Los asientos n<sup>os</sup> 3 y 5 seguramente son utilizados por la mujer de la casa: la posición n<sup>o</sup> 3 sería el asiento «orientado hacia la luz» necesario para realizar o reparar artefactos, mientras que la posición n<sup>o</sup> 5 es el área de acceso al hogar, utilizado por la cocinera, y es de suponer que ésta se sienta sobre el lecho. Obsérvense también las lajas de piedra, situadas a la derecha de su asiento, frente al fuego (5). Las posiciones 1 y 2 están ubicadas en el exterior de la casa, a la luz del sol, lugares donde seguramente los hombres se sentarán, en los escasos días cálidos de principios y finales del invierno, para realizar actividades artesanales o para consumir alimentos.

sumidores de las comidas. Por el contrario, el lado sudeste del hogar contiene una cantidad mucho menor de fragmentos y en algunos lugares su ausencia es casi total. Esta escasez de astillas de hueso nos indica el lugar por donde la cocinera accedía al fuego para preparar y servir las comidas. En la figura 109 no aparecen representados los huesos grandes, ni tampoco existe una *zona toss* asociada a esta *zona drop* de astillas de hueso, y ello se debe sin duda a que los esquimales nunca lanzan los huesos grandes detrás de sus lechos o hacia los espacios situados a lo largo de las paredes de la casa, donde acostumbran a colocar sus pertenencias. Dos hechos, relacionados ambos con el mantenimiento de estas estancias, nos indican que la distribución de huesos y astillas ha tenido lugar dentro de una estructura: 1.º, la presencia de una *zona drop* formada por restos dispuestos en torno a las astillas de hueso más pequeñas nos muestra que esta área era limpiada regularmente; el tamaño de este montón y la existencia de un gran basurero situado al exterior, junto a la puerta, pone de manifiesto a su vez la limpieza llevada a cabo en el espacio existente en torno al hogar que se usaba intensamente; 2.º, la reveladora ausencia de la *zona toss* también debe asociarse con la actividad de «mantenimiento preventivo» que tiene lugar una vez finalizada la comida.

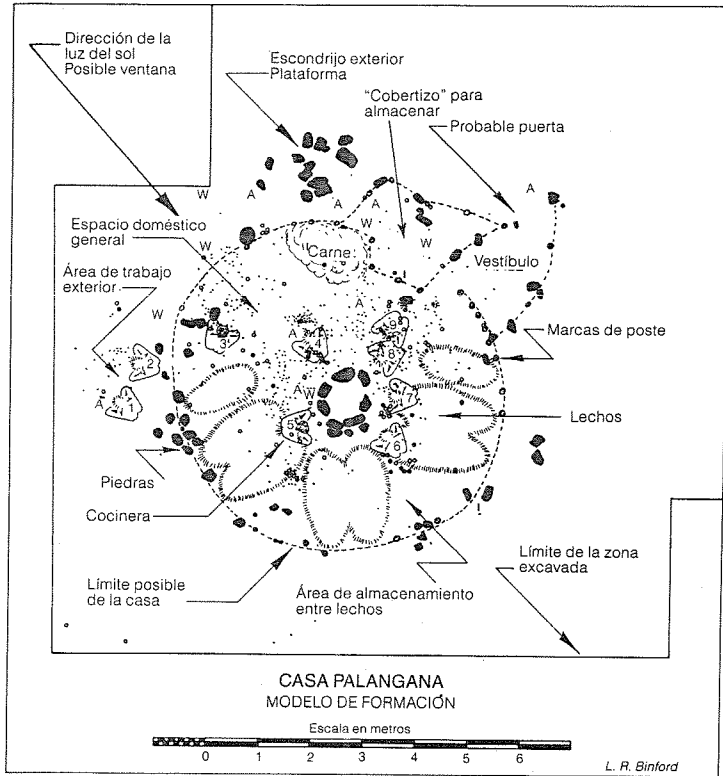
Desde el punto de vista comparativo, podemos, asimismo, considerar la distribución de las pequeñas astillas dentro de la casa como resultado de la elaboración de instrumentos de lascado por presión. Es evidente que estas lascas de piedra están más densamente distribuidas en las zonas alejadas del hogar, normalmente en el lado sudoeste de la casa (en la parte superior, a la izquierda, de la figura 118), área en la que, por otra parte, se observó una escasa densidad de astillas de hueso. Este contraste debe entenderse en función del emplazamiento de los individuos que fabrican los útiles, que estaría condicionado por la entrada de luz. Los hombres que realizaban o reparaban los útiles de piedra se sentarían presumiblemente en el lugar más idóneo para beneficiarse de la luz que entraba a través de la ventana. Las astillas de hueso, por otro lado, serían producidas principalmente durante la comida de la noche que, en invierno, se sirve una vez ha oscurecido y la casa está caliente gracias al fuego utilizado para cocer el alimento; los hombres no se encuentran sentados en el espacio dedicado al trabajo, sino cerca de la luz que despiende el hogar. Por tanto, las diferencias en la distribución de estas dos clases de ítems (astillas de hueso y lascas de piedra) dependen del lugar y momento en que la tarea se haya realizado. A pesar de ello, también existen algunos rasgos comunes a ambas distribuciones: primero, las astillas de hueso y las lascas de piedra aparecen más densamente concentradas en los puntos A y B (fig. 117), y segundo, comparten a la vez una concentración en el exterior y al sur de la habitación. Estas correspondencias contradicen la habitual ubicación de la gente que, en posición sedente, repara útiles o come. A partir de estos datos, creo estar en condiciones de inferir que la disposición de la zona donde se sientan los individuos puede resumirse en el modelo de uso del espacio observado en el interior de la Casa Palangana (figs. 81 y 119). El área dormitorio que aparece en la figura 119 (que corresponde a la «zona C» de Leroi-Gourhan)<sup>22</sup> proporcionó pocos restos de actividades de manufactura y también una densidad de artefactos menor que la observada en otras áreas del interior de la casa, una característica apuntada ya por Leroi-



120. Distribución de los restos de manufactura en la Casa Palangana. Cada punto representa un ítem cuya situación diferenciada fue registrada durante la excavación del yacimiento. Es evidente que existe una concentración de material en el cuadrante de la casa adyacente a la ventana (véanse las figuras 117 y 118).

Gourhan. La superposición en la distribución de restos de industria observada en la planta de la casa (fig. 120) pone en evidencia dos aspectos importantes:

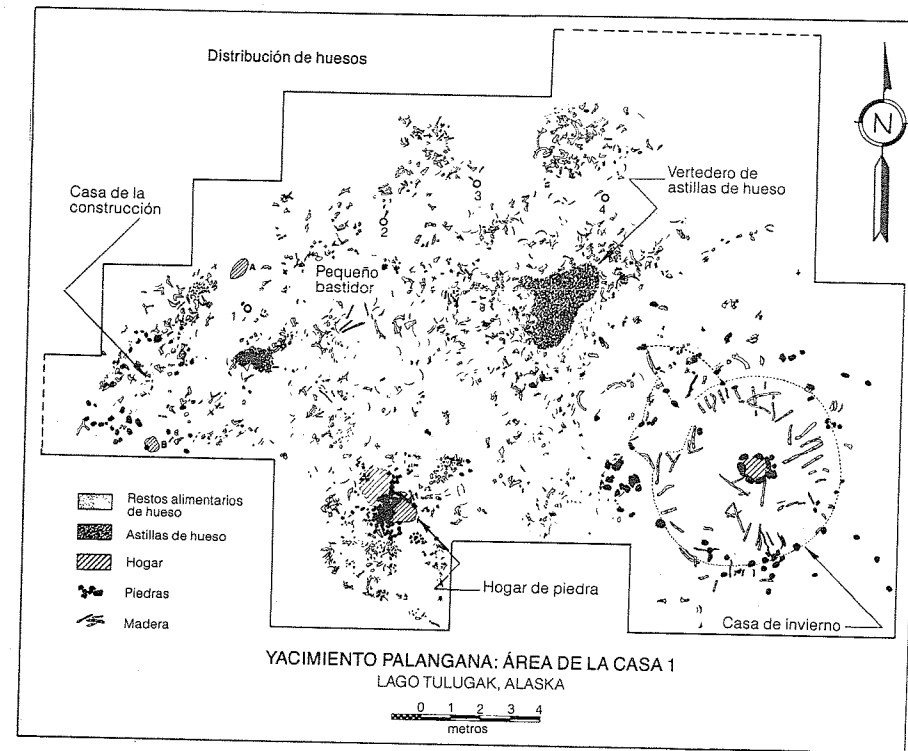
Primero, en el cuadrante de la casa próximo a la ventana (espacio destinado al trabajo doméstico) existe una dispersión generalizada. Esta área es la equivalente a la «zona B» del modelo de Leroi-Gourhan, aunque su división en dos subunidades, tal como pronostica el modelo, no ha sido posible observarla aquí. Del estudio de la Casa Palangana se desprende: a) que en torno al hogar se realizan las actividades derivadas de, o relacionadas con, el consumo de alimento que tiene lugar en las horas de oscuridad, y b) que las actividades llevadas a cabo durante el día están localizadas, dentro del espacio doméstico, en áreas próximas a la entrada de luz. La distinción entre actividades «delicadas» y «toscas» que estableció Leroi-Gourhan, estimando que tenían lugar en distintos puntos en torno al hogar, creo más adecuado presuponerlas alrededor de hoga-



121. *Modelo de formación de las actividades llevadas a cabo en la Casa Palangana.* La distribución de los restos de manufactura tal como aparecen en la figura 120 y la ubicación de los útiles o de sus fragmentos han sido superpuestas al modelo de uso del espacio presentado en la figura 119. Los círculos en blanco representan útiles de piedra; los círculos negros indican artefactos de asta de venado; los puntitos son restos de la manufactura de útiles líticos; «A» representa los restos de la producción de útiles de asta de venado; y «W» son los restos de la manufactura de útiles de madera. Debe resaltarse que los útiles aparecen agrupados en pequeños montones situados a la derecha (al norte del hogar), que contrasta con la presencia escasa y dispersa observada a la izquierda (al sur y oeste del hogar). La mayoría de los útiles los habían escondido o llevado a otro emplazamiento, de modo que en el momento de abandonar el lugar éstos no fueron vistos o fueron olvidados. Este modelo de dispersión de útiles es muy corriente en las áreas dormitorio de muchos yacimientos.

res situados al aire libre (figs. 74, 75 y 89), donde los materiales aparecen amontonados junto a los espacios destinados a la realización de trabajos (figs. 90 y 115).

Segundo, los nunamiut distinguen las diferentes áreas existentes alrededor de los hogares de una casa como el lado de las «mujeres» (el área iluminada del espacio doméstico) y el lado de los «hombres» (la zona oscura de uso do-



122. *El yacimiento Palangana, en el lago Tulugak, Alaska: distribución de los huesos (excepto en el interior de la casa).* La dispersión de los huesos guarda relación con la alimentación de los perros que estaban atados a lo largo del límite noroccidental del yacimiento. Algunos huesos provienen de actividades concretas, como es el caso de las realizadas en el hogar de piedras, pero en general aparecen esparcidos por la misma área que las astillas de huesos.

méstico) (fig. 119). Estos términos no implican ningún tipo de reglas de uso o de acceso exclusivo a estos espacios por parte de los hombres o mujeres; únicamente describen la relativa frecuencia con que ambos sexos utilizan, en la práctica, cada área. De hecho, la mayoría de las actividades realizadas por los hombres se llevan a cabo en una *casa de hombres*, una estructura especial que suele ser usual en los yacimientos de invierno (figs. 80 y 122). Frecuentemente, la primera estructura que se construye en un asentamiento es la casa de los hombres; ésta es utilizada como refugio mientras los hombres erigen las casas de invierno, antes de que sus familias se trasladen al poblado. En estas casas, los grupos de hombres pasan muchos días realizando trabajos especializados, a menudo en compañía de jóvenes que aprenden las técnicas de manufactura y reparación de los útiles. Los productos elaborados pueden dejarse en la casa de los hombres y de esta manera no tendrán que retirarlos cuando las mujeres necesi-

ten disponer de un mayor espacio en sus casas, por ejemplo para preparar los alimentos o cuidar de los niños. Existe, por tanto, un área de actividad especial donde puede realizarse la manufactura y reparación de útiles, independientemente del espacio destinado a estos trabajos, ubicada en la casa de residencia. En los yacimientos menos estables o en aquellos ocupados únicamente en las temporadas cálidas, acostumbra a existir un área, localizada en el exterior de la casa y destinada a procurar asiento a los hombres, donde las mujeres, por otra parte, también realizan ciertas actividades e incluso ingieren algunas de sus comidas. Dicha área suele estar emplazada en una zona bien iluminada, relativamente cálida y protegida, coincidiendo frecuentemente con el lado meridional de la casa, tal como se hace patente en el modelo de la residencia nunamiut que mostramos en la figura 115. En los períodos muy cálidos, cuando las actividades desarrolladas por las mujeres tienen lugar en el exterior, los alimentos se preparan en el hogar-cocina situado al aire libre, cerca del cual se encuentra el área de conversación de las mujeres, lugar donde también cosen, manufacturan o reparan útiles o, simplemente, vigilan a los niños que juegan en los alrededores. Así pues, en verano, la casa no es más que el lugar donde se duerme o se guardan los distintos enseres y tan sólo se usa en caso de mal tiempo.

Volviendo a la organización interna del espacio de una casa, es evidente que el ámbito doméstico se define por la abundancia de artefactos y de restos procedentes de la manufactura o reparación de útiles de madera o de asta de venado (fig. 121). La distribución de artefactos en esta área es en sí misma interesante. En primer lugar, se observa una mayor concentración en el espacio existente entre los lechos y a un metro, aproximadamente a la derecha, del asiento n.º 5 (ocupado por la cocinera). También se observan pequeñas agrupaciones de artefactos detrás, o justo al lado, de los lugares donde se sientan los hombres, en el lado poco iluminado del hogar: dichos útiles consisten en ítems desmontados en proceso de ser recompuestos, o bien se trata de útiles completos, en perfecto estado, que han sido almacenados cerca del lugar donde habitualmente se sientan los hombres o en las áreas dormitorio. En general, no se suelen hallar ítems ocultos en los espacios domésticos, ya que estas áreas se limpian regularmente. He observado que los pequeños escondrijos son característicos de las áreas dormitorio, particularmente en los casos de yacimientos permanentes, y ello obedece al hecho de que se encuentran en una zona poco iluminada y son difícilmente observados en el momento de abandonar la casa; cuando se trata de una tienda, este problema desaparece ya que, en el momento de su desmantelamiento, penetra la luz del día e ilumina el lado oscuro del hogar.

#### EL EXTERIOR DE UNA CASA ESQUIMAL

Si comparamos el interior de la casa y el yacimiento (considerado como un todo), vemos que existen diferencias en la estructura del uso del espacio correspondiente a cada uno de los ámbitos: en efecto, el uso altamente diferenciado e intensivo del espacio situado dentro del refugio contrasta con el espacio toscamente dividido que aparece en el terreno ubicado fuera de la casa (fig. 80). En el área situada a lo largo del margen superior del plano del yacimiento (fig.



123. Astas de caribú empleadas como bastidores para el almacenamiento, en el poblado del Paso Anaktuvuk, otoño de 1969. Para evitar que los ítems queden enterrados en la nieve, los empaquetan y los cuelgan de las astas. Ello facilita también el acceso a dichos productos cuando se ha acumulado una gran cantidad de nieve. (Foto cedida por C. Amsden.)

122) había cuatro perros atados, y entre éstos y la casa se encontraba un montón enorme de astillas de hueso. Al oeste de la casa aparecía un hogar de piedras, utilizado para derretir la grasa de los huesos del caribú. Es interesante resaltar que el área ocupada por el hogar de piedras y el montón de huesos, asociados a éste, abarca una extensión casi tan grande como la misma casa.

En este yacimiento se observan algunos detalles que plantearían dificultades de interpretación, si no conociéramos de antemano los problemas derivados del medio ambiente que los esquimales han de afrontar a lo largo de las diferentes épocas del año. En las figuras 119 y 121, por ejemplo, aparece un montón de piedras fuera de la casa que se designa con el nombre de *plataforma-escondite*. En el Ártico, los ítems dejados sobre el suelo antes de las grandes nevadas que tienen lugar durante los meses de octubre y noviembre se congelan y no pueden recuperarse si no es mediante el enorme esfuerzo que supone la necesidad de retirar el hielo (fig. 122). Por esta razón, colocan los ítems que no necesitarán durante el invierno sobre unas pequeñas plataformas hechas de piedra o (si no tienen piedras a su alcance) de astas de venado (fig. 123). Estas áreas de almacenamiento de artículos, que requieren una protección especial y no precisamente de calor y luz, se hallan con frecuencia ubicadas en los alrededores de las casas de los esquimales. Por ejemplo, es casi seguro que al sur de la Casa Palangana —área todavía no excavada— encontraríamos un gran bastidor para almacenar carne en el invierno.

Si nos alejamos del yacimiento para obtener una visión de conjunto de su organización espacial (fig. 122), ¿qué generalizaciones se hacen patentes? Sin duda, podemos distinguir un área central, en este caso el interior de la vivienda que ha sido usada intensivamente y compartimentada de manera muy acertada.

Inmediatamente adyacente a ella están las áreas diferenciadas de forma tosca (hablando en términos espaciales), áreas en las que se llevan a cabo actividades que individualmente ocupan una extensión considerable: los bastidores de almacenamiento y el basurero ubicado junto a la puerta. Si nos alejamos todavía más de la casa, podemos observar la presencia de las áreas que ocupan una mayor extensión y que, a nivel funcional, se muestran más especializadas: el lugar donde se hallan los perros atados y el hogar de piedras. Estas generalizaciones empíricas son útiles e interesantes, pero ¿de qué forma podemos utilizar estas observaciones hechas sobre un asentamiento invernal de los esquimales para que nos resulten útiles a la hora de interpretar el registro arqueológico en general? La respuesta está en que, primero, debemos construir la teoría para explicar, a continuación, los modelos y estructuras del tipo observado en el yacimiento de la Casa Palangana.

#### CONDICIONAMIENTOS EN EL USO DEL ESPACIO: EL CALOR Y LA LUZ

La Casa Palangana representa un claro ejemplo de organización espacial condicionada por un área resguardada y perfectamente delimitada, destinada a las funciones domésticas. La casa proporciona refugio a una gran variedad de actividades distribuidas separadamente, tanto en lo que respecta al tiempo como al espacio. Algunas de ellas, como pueden ser la elaboración de útiles o la preparación de alimentos, se realizan en los mismos espacios pero en momentos diferentes (*uso intensivo*), mientras que otras, por ejemplo las actividades domésticas o el dormir, se practican generalmente, hablando en términos espaciales, de forma más segregada (*uso extensivo*). En realidad, podemos considerar que la organización del espacio dentro de una casa se articula, principalmente, en base a dos factores: el calor y la luz. La propagación del calor dentro de un edificio es aproximadamente simétrica, mientras que la luz se distribuye de forma asimétrica, en función del diseño de la estructura. Por tanto, las actividades que requieren tanto luz como calor (diversas tareas de fabricación y preparación) se localizan en el cuadrante más iluminado de la casa y son llevadas a cabo en gran parte durante el día, en un área de uso intensivo; otras actividades que precisan únicamente de calor y de un mínimo de luz (por ejemplo, comer y dormir) se concentran en las áreas de la casa escasamente iluminadas por la claridad que proviene del exterior.

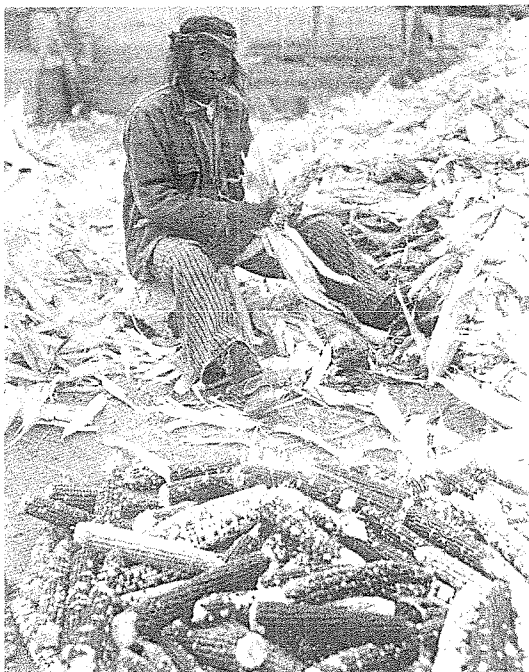
Al margen de la organización espacial general —condicionada por las demandas de calor y de luz—, debemos considerar también los efectos que la división del trabajo ejerce sobre la sociedad, ya que tenemos constancia de papeles diferenciados en función del sexo y de la edad. Muchas de las actividades desempeñadas por los hombres, que incluyen la manufactura de útiles y de otros ítems necesarios, requieren una extensión considerable de espacio y también, en ocasiones, un largo período de tiempo hasta su finalización.<sup>23</sup> De esta manera, el establecimiento de áreas de uso específico ofrece la ventaja de no usurpar o interrumpir el ciclo cotidiano de uso del espacio que se observa dentro de los límites de una casa.

Sabemos que la estructura situacional se ve afectada por limitaciones en el

uso del espacio, aunque no debemos olvidar tampoco aquellos factores que favorecen la intensificación del espacio utilizado. De todo lo dicho hasta el momento se desprende que la temperatura exterior es un factor importantísimo, que condiciona la estructura situacional, ya que, cuanto más baja sea la temperatura, un mayor número de actividades deberán realizarse en espacios protegidos. Y de ahí surge el problema de que la construcción de una estructura o el uso de un espacio protegido implica, a su vez, la restricción de la cantidad de luz disponible en el interior de un edificio o abrigo. La Casa Palangana es un buen ejemplo de cómo una cantidad limitada de luz tiende a favorecer la intensificación del uso de los espacios que cuentan con una iluminación adecuada. Lo contrario también es cierto: cuanto más asequible es la luz, más amplio será el espacio utilizado. Las limitaciones en la distribución del calor deben también incrementar la intensificación de las actividades en espacios restringidos. Por todo lo dicho, cuanto más necesario sea un refugio (debido principalmente a las condiciones adversas del medio), mayor será la diferenciación en el uso del espacio como respuesta a las limitaciones de la iluminación.

La existencia de condicionamientos que alteran el uso del espacio queda perfectamente reflejada en la observación hecha por John Yellen<sup>24</sup> sobre los bosquimanos !Kung. Estas gentes van variando de lugar a lo largo del día, en función de la distribución (cambiante) de la sombra y, en cada uno de dichos lugares, realizan esencialmente las mismas actividades. Este uso extensivo del espacio es únicamente posible en el caso de que no exista otro tipo de condicionante que afecta a la idoneidad de los lugares escogidos para realizar tareas de corta duración en espacios relativamente pequeños. Los bosquimanos, al enfrentarse únicamente al problema de mantener una relación ventajosa entre el espacio necesario para trabajar y la sombra, están en condiciones de adoptar dicho espacio en función de la distribución de los lugares umbríos. Este ejemplo sugiere que, cuanto más dependa una tarea concreta de un lugar específico para su realización, más intensa será la concentración de actividades en lugares que reúnan las condiciones deseadas. El espacio doméstico de la Casa Palangana es, en este sentido, un ejemplo apropiado.

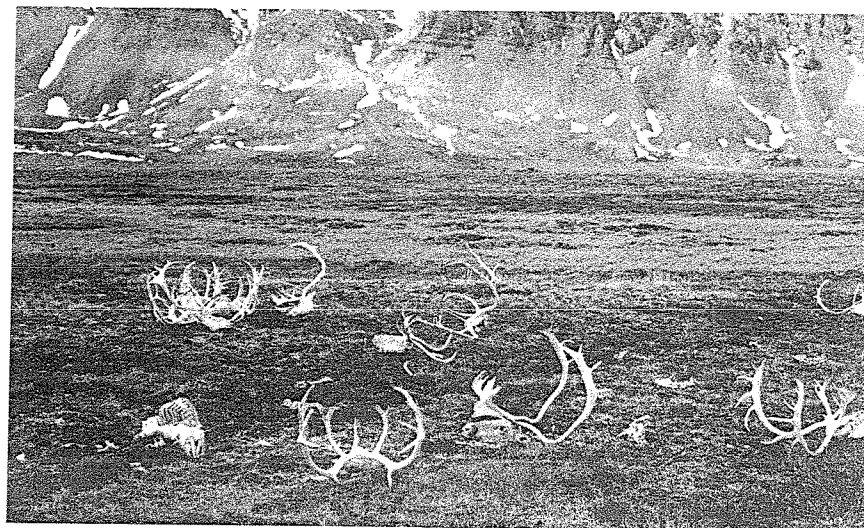
Al margen de las condiciones del medio ambiente, las tareas individuales difieren en proporción al grado de exigencia de un uso extensivo del espacio. Por ejemplo, las diversas tareas que pueden ser realizadas por una persona sentada podrán ser llevadas a cabo en el mismo lugar, si se procura que no coincidan en el tiempo (detalle del que me ocuparé más adelante). Por otro lado, las actividades que requieren extensiones de terreno diferenciadas tienden a distribuirse independientemente. Recordemos, al respecto, que en este mismo capítulo tuvimos ocasión de comentar que un hoyo para asar es un elemento auxiliar que ocupa una extensión que oscila entre 17 y 24 m<sup>2</sup>, cuyo uso modifica considerablemente la superficie del terreno (por ejemplo, debido a la acumulación de carbón), hasta el extremo de incapacitarla para ser utilizada en otros menesteres. Por tanto, a una actividad de este tipo se le adjudicará un área propia.



124. Hombre perteneciente a los indios pueblo jemez, del Suroeste de los Estados Unidos, preparando el maíz para ser almacenado posteriormente para el invierno, octubre de 1976. (Foto cedida por el Maxwell Museum of Anthropology, Universidad de Nuevo México.)

#### TIEMPO DE CONSECUCCIÓN

Las variaciones en la duración del tiempo empleado en la consecución de cada actividad es un factor adicional a tener en cuenta, ya que determina, en muchos casos, que algunas tareas se realicen en áreas especiales. Las actividades que monopolizan un espacio durante un largo período de tiempo difícilmente se llevan a cabo en áreas de uso doméstico intensivo, por cuanto en dichos lugares el modelo normal implica la consecución de tareas de corta duración que pueden compaginarse con las actividades diarias de comer y dormir. Muchas tareas de manufactura requieren la producción de una serie de elementos que gradualmente se irán acoplando entre sí a medida que se vayan acabando, de forma que una interrupción en el proceso carece de sentido. Todos nosotros experimentamos, en nuestra infancia, la frustración que representaba el hecho de extender sobre la mesa de la cocina un rompecabezas o un juego y que, acto seguido, nos viéramos obligados a retirarlo porque tenían que preparar la comida. Evidentemente, «el retirar nuestras cosas» significaba deshacer todo cuanto habíamos hecho. Por esta misma razón, aquellas tareas que requieren cierto tiempo se relegan generalmente a áreas que pueden ser monopolizadas, sin que ello implique la interrupción de las actividades que necesitan un tiempo de realización más corto (es decir, aquellas con un «tiempo de consecución» más rápido).<sup>25</sup>



125. Lugar de matanza y descuartizamiento, situado en la vertiente norte del río Anaktivuk, en el Paso de Anaktuvuk, Alaska. (Para su localización exacta, véase la figura 53.) Los restos del descuartizamiento no se recogen en aquellos casos en que no se piensa volver al lugar, pero si se da la circunstancia de que se trata de un emplazamiento al que volverán para realizar las mismas tareas, se procederá a recoger las astas y los huesos grandes y a quemarlos.

#### LOS EFECTOS DE AMONTONAR RESTOS

Todavía queda otra consideración a tener en cuenta al examinar la organización del uso del espacio: nos referimos al volumen de los subproductos que originan las diversas tareas. Al margen del tiempo empleado, toda actividad que genera una gran cantidad de desperdicios requiere espacio, no solamente durante su ejecución sino también una vez ésta ya ha finalizado, porque hasta que los desperdicios no se retiren su presencia impedirá que esta superficie pueda ser utilizada para otros menesteres. Esto es una realidad, no importa la rapidez con que se realice la tarea. Por ejemplo, cuando un indio jemez prepara, en la época de la recolección, el maíz para ser almacenado, produce una gran cantidad de desperdicios (fig. 124). No hace falta tener mucha imaginación para darnos cuenta de que, mientras los restos de la operación de descortezar el maíz no sean retirados, esta área no podrá ser utilizada para otros menesteres.

En los yacimientos ocupados durante un espacio de tiempo reducido, las actividades que originan grandes cantidades de productos de desecho se ubicarán lejos de las áreas de uso intensivo y sus restos se dejarán *in situ*. En cambio, en los yacimientos habitados durante un período de tiempo más largo, las áreas de actividad ubicadas en los límites del yacimiento serán limpiadas, para que queden de nuevo en condiciones de ser utilizadas (para realizar ésta y otras actividades). En un principio, me sorprendió que los nunamiut limpiaran sus yaci-



mientos de primavera y otoño, ubicados muy lejos de su poblado, pero me explicaron que la gran cantidad de huesos y astas abandonados en el suelo y que procedían del descuartizamiento masivo, invadían el camino y podían causar accidentes. Así, una vez finalizada la caza del caribú, recogían los huesos abandonados en los yacimientos y los quemaban.<sup>26</sup> Los yacimientos ocupados únicamente en respuesta a una situación específica (fig. 59), o que no encajaban con las pautas de uso normal de la tierra, no se limpiaban de esta manera. La figura 125 nos muestra un yacimiento que, en el aspecto funcional, se puede equiparar al puesto de caza y al lugar de descuartizamiento del yacimiento del Anavik. Este último se limpiaba con la intención de volver a utilizarlo de nuevo en el futuro, mientras que el primero fue abandonado en el estado que nos muestra la fotografía, ya que consideraron inviable su pronta reutilización. En resumen, los yacimientos que amontonan gran cantidad de restos nos ilustran dos aspectos. En primer lugar, el tamaño del área requerida y la cantidad de restos prevista pueden determinar la elección del espacio donde debe desarrollarse una actividad. En segundo lugar, la probabilidad de que el área sea utilizada de nuevo, junto con el tiempo de permanencia del montón de desperdicios que se ha generado, afecta al grado de limpieza, incluso en las áreas de actividad ubicadas en la periferia.

#### ESTRATEGIAS DE LIMPIEZA

Los yacimientos esquimales de descuartizamiento ponen de relieve otro factor adicional que condiciona la estructura de los yacimientos arqueológicos: nos referimos al *mantenimiento del yacimiento*. Sin duda, estamos en deuda con Michael Schiffer por haber llamado la atención sobre este importante aspecto.<sup>27</sup> En base a mi experiencia como etnógrafo, creo que el mantenimiento de un yacimiento requiere por lo menos dos tipos de procesos: 1.º, *mantenimiento preventivo* (la ubicación de los ítems lejos de los espacios de uso intensivo) y 2.º, *mantenimiento post hoc* (la propia limpieza de las áreas y el transporte de los restos acumulados hacia áreas-vertedero especiales). En general, el mantenimiento preventivo implica un cierto grado de anticipación de la cantidad de basura que se acumulará en el curso de una actividad dada y ello, a su vez, afecta a la ubicación de las actividades (como indican los ejemplos citados anteriormente).

El mantenimiento preventivo, en el caso de aquellas actividades que tienen lugar fuera de una estructura, consiste normalmente en lanzar los restos fuera del área de utilización inmediata, lo cual conlleva la formación de un depósito o *zona toss* en los límites del área de uso intensivo. En el aspecto técnico, estos restos constituyen la *basura primaria* (según el término empleado por Schiffer),<sup>28</sup> puesto que los ítems han sido colocados en el contexto inmediato a su uso. Dentro de una casa, el mantenimiento preventivo suele estar explícitamente relacionado con las estrategias de limpieza. En una vivienda esquimal, por citar un ejemplo, los ítems que de otro modo hubieran acabado en una *zona toss* se colocan en pequeños montones alrededor del hogar,<sup>29</sup> o incluso en una especie de cubo que posteriormente se trasladará a un vertedero exterior. Así-

mismo, los restos «agrupados», que tienen cabida en una olla de cocina, se transportan deliberadamente fuera de la casa, hacia un área-vertedero, mientras que en situaciones más provisionales, o carentes del abrigo formal de una casa, el mismo contenido hubiera sido vaciado directamente junto al hogar (fig. 90). Ambos tipos de vertederos, creados por el mantenimiento preventivo del interior de la casa, son clasificados por Schiffer como *basura secundaria* (es decir, restos depositados de nuevo), aunque contengan exactamente las mismas cosas que las *zonas toss* ubicadas alrededor del hogar y que seguramente Schiffer consideraría como basura primaria. La notable diferencia que se establece entre estas dos situaciones reside en la escala del área que se usa y mantiene de forma intensiva. En el primer caso, dicha área es bastante reducida (destinada a procurar asiento y situada junto a la *zona toss*), mientras que en el segundo se trata de todo el interior de una casa, incluyendo las áreas donde permanecen sentados, realizan el trabajo doméstico y duermen. Por tanto, la comprensión de las relaciones de organización establecidas entre los ítems recuperados en el yacimiento depende de basar los modelos estructurales en los datos observados y no en alguna división convencional, hecha sobre criterios puramente formales, entre basura primaria y secundaria.<sup>30</sup>

Creo que es bastante obvio que, en igualdad de condiciones, la atención prestada al mantenimiento de un área está relacionada con la intensidad de su uso. Las áreas utilizadas intensamente sufren un proceso de mantenimiento exhaustivo y, por tanto, estarán asociadas a áreas de distribución especializada. Hasta qué punto esto es cierto depende, de todos modos, del tiempo que dure este uso intensivo: el mantenimiento de áreas usadas intensivamente sólo es mínimo durante períodos cortos. Ello representa que en estas áreas podemos suponer la existencia de una estrecha relación entre la duración de la ocupación y el esfuerzo invertido en su mantenimiento. Además, cuanto más larga sea la ocupación, mayor será el número de actividades a realizar en dicho lugar. Por tanto, debe existir una correlación entre la duración de la ocupación y el número de áreas en las que se llevan a cabo actividades especializadas y/o la cantidad de áreas a gran escala, situadas en la periferia del área de actividad principal, a las que se les dedica un mantenimiento cuidadoso. Esta última proposición parece coincidir con las observaciones llevadas a cabo por Yellen entre los !Kung<sup>31</sup> y también con mi propia investigación, por lo menos en lo que se refiere a yacimientos de residencia.

#### UNA TEORÍA ACERCA DE LA ESTRUCTURA SITUACIONAL

Creo que ya se ha dicho lo suficiente, cuando menos a título preliminar, para poder captar la dirección seguida en mis intentos por construir una teoría aplicable a la estructura situacional. Sabemos que tanto la luz como la temperatura son factores que, considerados globalmente, varían de forma regular, y por tal razón debemos ser capaces de empezar a sugerir correlaciones entre la estructura situacional y las variaciones geográficas, no sólo en lo que respecta a las temperaturas estacionales y de cada día, sino también a los ciclos de la luz natural. Otras características de los sistemas de asentamientos condicionados por el me-

dio ambiente, tales como la movilidad,<sup>32</sup> pueden también relacionarse con determinadas formas de funcionamiento. Por ejemplo, cuanto menor sea la movilidad de un grupo o más acusado su sedentarismo, mayores serán las probabilidades de conflictos en la escala y duración de las actividades desarrolladas en cualquier lugar. Ya hemos visto que algunas variables de este tipo afectan al grado de separación espacial existente entre actividades diversas o también al modo de utilización —intensivo o extensivo— de los espacios comprendidos en un yacimiento. Igualmente, cuanto mayor sea la complejidad de la tecnología y organización social de un grupo que ocupa un yacimiento, más complejas serán las actividades relacionadas con la manufactura y elaboración de materiales para su uso y consumo, y ello dará como resultado una complejidad todavía mayor en la estructura situacional. Si a esto añadimos las variables del medio ambiente —por ejemplo la lluvia o un sol intenso, elementos ambos que ejercen una gran influencia sobre el uso de algún tipo de refugio—, nos encontramos con que la comprensión de la organización espacial que se deriva del comportamiento humano se convierte en un campo de investigación aún más interesante y motivador.

Creo que he demostrado cómo la investigación de las relaciones funcionales<sup>33</sup> puede ayudarnos a desarrollar métodos para interpretar los modelos observados correctamente en el registro arqueológico. Aceptados ciertos avances en el desarrollo de los métodos interpretativos aplicados a los restos faunísticos y a algunos aspectos de la estructura situacional, considero que ya podemos abordar la interesante tarea de intentar comprender, en términos de la organización interna de los sistemas del pasado, la variabilidad en la composición de los conjuntos que nos ilustra el «problema musteriense». Los ejemplos interpretativos y las generalizaciones resultantes discutidas aquí deben ser vistos como muestras de una estrategia de investigación concreta y creo que también he demostrado la importancia de esta aproximación en el estudio de la estructura situacional. De todos modos, no está de más recordar que queda mucho camino por recorrer antes de que podamos olvidarnos de los artefactos y empezar a reconstruir los contextos dinámicos en los que tales distribuciones tomaron forma.

En esta parte del libro he utilizado la polémica sobre el Musteriense para ilustrar un problema mucho más general, que los arqueólogos simplemente no han afrontado: me refiero al hecho de que los criterios basados en similitudes son insuficientes para señalar los límites de los sistemas culturales del pasado. Recordemos por un momento que los diferentes tipos de yacimientos comentados en el capítulo 6 demuestran repetidamente que un sistema de vida está formado por: a) espacios, b) fuerza de trabajo, y c) una serie de tácticas, esferas, todos ellos internamente diferenciados. Los arqueólogos deben reconocer que los distintos conjuntos arqueológicos son expresión de diferencias funcionales *dentro* de sistemas únicos y no, necesariamente, diferencias *entre* sistemas. El agrupar simplemente las cosas que son similares nos garantiza que nunca veremos un sistema en términos reales. Necesitamos juntar todos los aspectos arqueológicos diferentes de un mismo sistema.

Éstos son los principales desafíos para el método arqueológico. Pero del estudio de la estructura situacional se desprenden otras implicaciones que afectan a la disciplina considerada globalmente. En el capítulo 3 comentaba las dificultades

de los arqueólogos en reconocer la expresión material de ciertos tipos importantes de yacimientos del pasado, tales como los campamentos base. La misma noción de campamento base, por ejemplo, conlleva implicaciones acerca de unos habitantes que comen y duermen juntos en el mismo lugar, sobre la organización de los roles sociales en función de las diferencias de edad y sexo, acerca de compartir responsabilidades entre aquellos que desempeñan roles distintos, y también sobre cómo fue introducida la tecnología adaptativa y cómo se mantuvo, teniendo en cuenta que todas las actividades estaban centradas en «lugares de ocupación» distintos. Un requisito fundamental para llevar a cabo un reconocimiento exacto de éste u otro tipo de yacimiento en el registro arqueológico es comprender las consecuencias espaciales estáticas, de la forma en que estaban integradas a nivel funcional estas diferentes dimensiones de organización dinámica. Esta habilidad en reconocer las características que se supone reflejan importantes transformaciones es crucial, si queremos enfocar el estudio de la evolución del hombre de forma realista. Las convenciones corrientes, por ejemplo, los argumentos sobre la abundancia de los artefactos o sobre la asociación de artefactos y huesos distan mucho de ser atractivos y no presentan suficientes elementos definitorios. Debemos abandonar la idea de que la posibilidad, en sí misma, justifica los significados que otorgamos a las observaciones arqueológicas: se necesitan formas de proceder mejores.

Al enfrentarnos a un modelo reconocible del registro arqueológico, tenemos que empezar a preguntarnos «¿qué significa?», y a partir de aquí seguir una vía *científica* que implicará la investigación de propiedades del mundo exterior con el fin de ampliar nuestros conocimientos. La investigación de las relaciones entre la dinámica (comportamiento humano) y los resultados estáticos (artefactos, estructura situacional, restos faunísticos) debe enfocarse en torno al desarrollo de métodos seguros y exactos que nos permitan inferir «cómo era» en el pasado. En esta sección, espero haber ilustrado el modo en que la investigación debe afrontar estos tres puntos: 1.º, reconocer modelos en el registro arqueológico, 2.º, plantearse la importante pregunta de «¿qué significa?», y 3.º, manejar estudios «actualizados» con el fin de desarrollar los métodos adecuados para realizar inferencias acerca de «cómo era», absolutamente ciertas. Una vez conozcamos algo acerca de la naturaleza del registro arqueológico (respecto a cómo se ha podido formar), estaremos en condiciones de hacer afirmaciones mucho más exactas sobre algunos aspectos de la realidad del pasado.